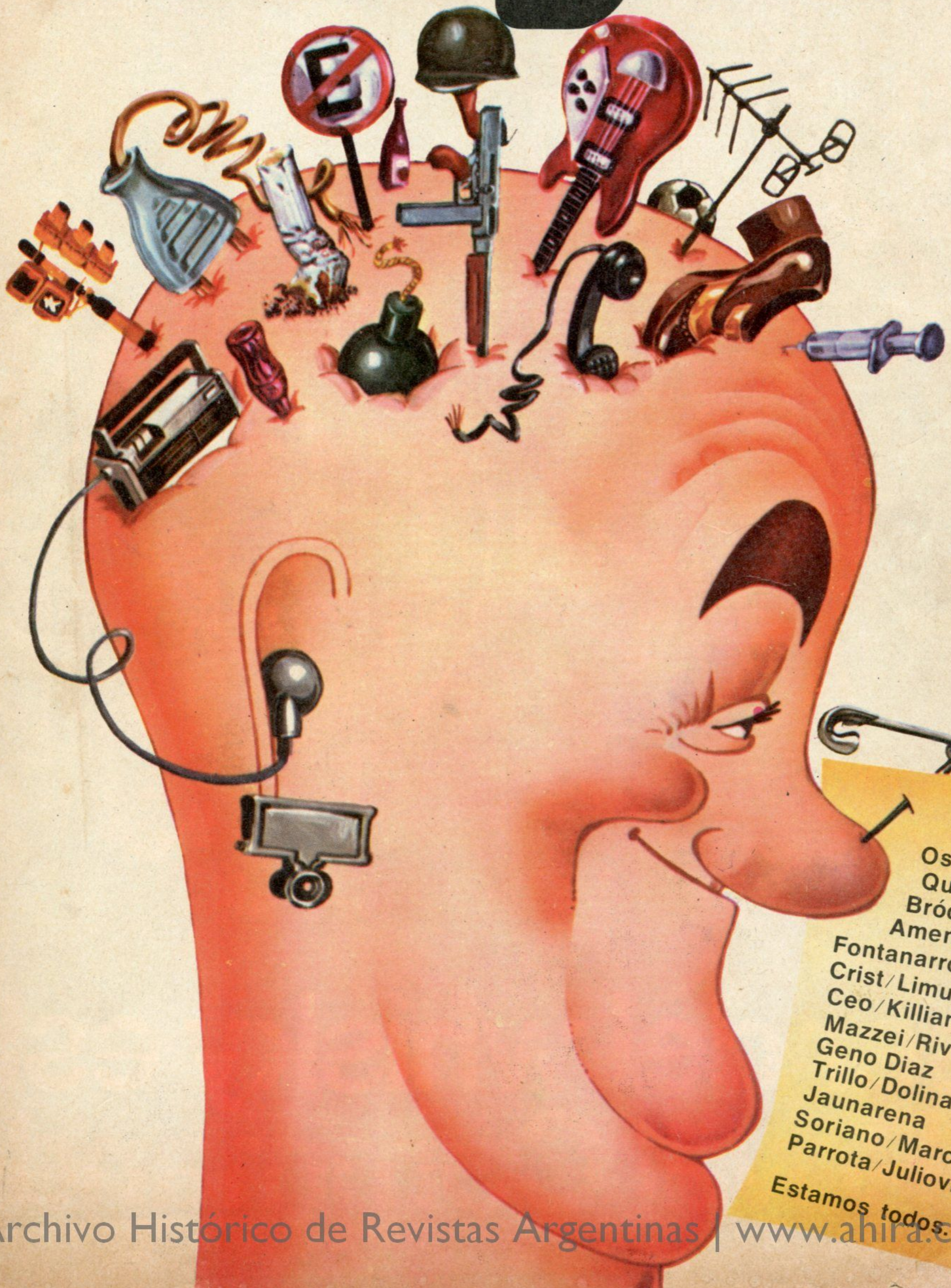
mengano

Nº 1 – Del 2 al 15 de setiembre de 1974 – $ 5 ó m$n. 500

La mejor revista de humor, modestamente.



Oski
Quino
Bróccoli
Amengual
Fontanarrosa
Crist/Limura
Ceo/Killian
Mazzei/Rivero
Geno Diaz
Trillo/Dolina
Jaunarena
Soriano/Marcucci
Parrota/Juliovich

Estamos todos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El sello que está en la botella de Whisky Royal Command, con un caballero escocés del siglo XV, simboliza el ser del whisky.

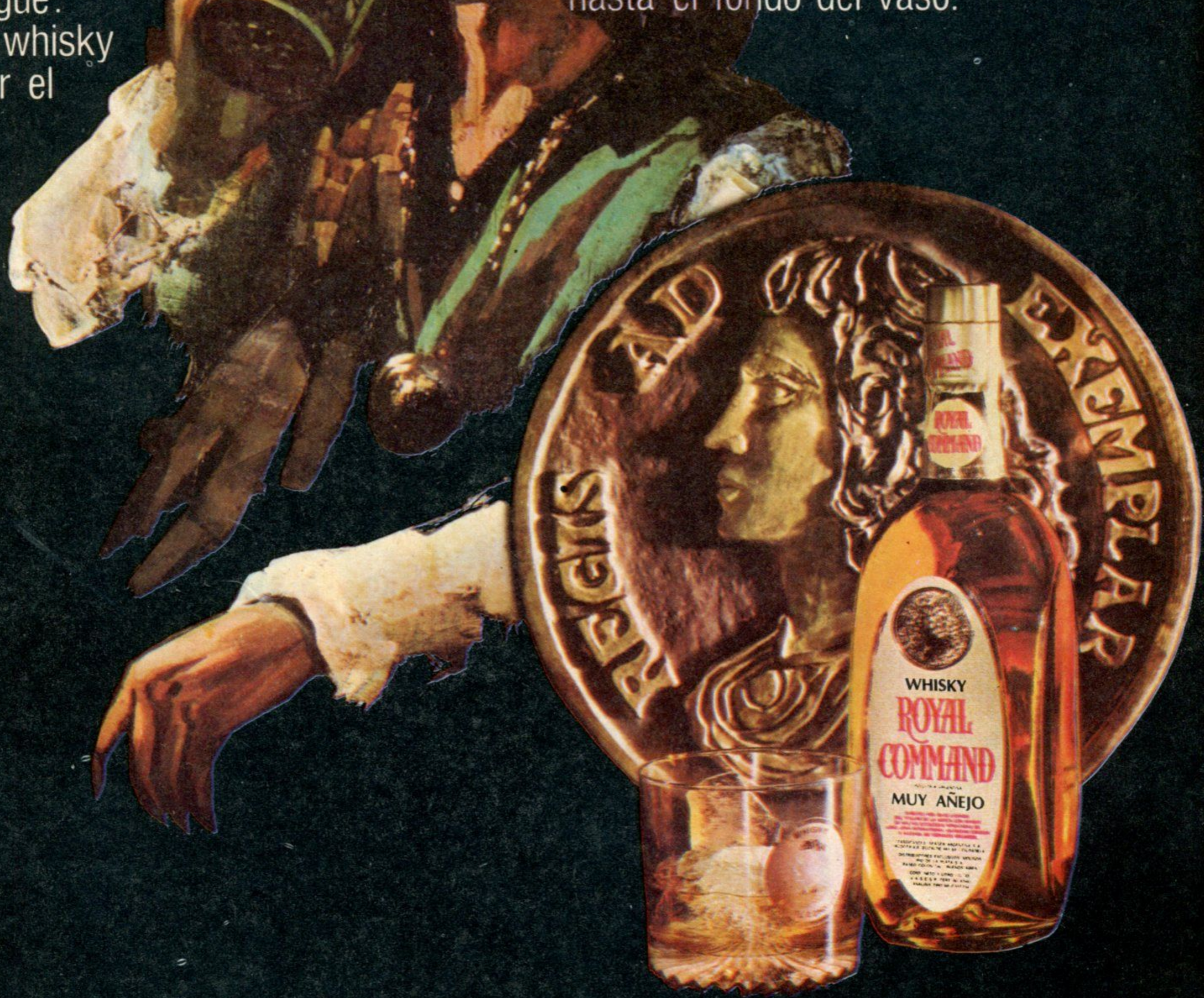
Desde tiempos inmemoriales su tradición vive en el sabor de las buenas maltas escocesas.

Una regla de oro lo distingue: el sabor del whisky tiene que ser el mismo buen sabor desde el primero hasta el último trago.

Hoy, usted se sirve Whisky Royal Command.

Un sorbo... un tiempo... un sorbo... un tiempo y, algo pasa... El ser del whisky está en Royal Command: son sus maltas escocesas y el espíritu del tiempo.

Por eso el ser del Whisky Royal Command llega con su sabor hasta el fondo del vaso.



El ser del whisky está en Royal Command

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mengano

Año 1 – Número 1 2 de setiembre 1974
Aparece el primer y tercer lunes de cada mes.

EDITORIAL JULIO KORN S.A.C.I.F.

Dirección, publicidad y administración:
Avenida Belgrano 624 - Tel. 30-7891/99
Redacción:
San Martín 977, 4º G - Tel. 32-9201

Tenemos un equipo que es una maravilla, escribe la revista sentado en una silla.

Consejo de dirección:
Lorenzo Amengual
Alberto Bróccoli
Carlos Trillo

Equipo creativo:
Alejandro Dolina
José María Jaunarena
Carlos Killian
Jorge Limura
Serguei
Osvaldo Soriano

Coordinador ejecutivo:
Carlos Marcucci

Diseño gráfico:
Martín Mazzei

Colaboradores:
Silvia Arnone
Ceo
Crist
Geno Díaz
Omar Donizetti
Fontanarrosa
Juliovich
Oski
Ricardo Parrota
Quino
Aldo Rivero
Silvia Taquini

Corrección:
Silvia Centeno

Producción:
Eduardo Alterini

Fotocomposición:
Miguel Pilato S.A.

Gerente Comercial:
Eduardo Alonso

Gerente de Publicidad:
Gerardo Cerolini

Franqueo a pagar – Cuenta Nº 372
Tarifa reducida – Conc. en trámite
Central B

Registro de la propiedad intelectual en trámite. Distribuidor en interior: Bertrán S.A.C., Santa Magdalena 541, Capital Federal. Distribuidor en Capital: Priccolo S.A., Belgrano 624, piso 10º, Capital Federal.
Impreso en Compañía General Fabril Financiera S.A. Setiembre 1974.
Industria Argentina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INODORO PEREYRA 1

"EL RENEGAU"

poema telúrico de fontanarrosa

Huela Mendieta... por acá ha pasau el barroso overo que se le hizo perdiz al Serapio Pintos

Perdone don Inodoro pero ando amoquiyau y el resfrío no es moco e' pavo

Humm... va agusanau el animal

¿Sí?

acá está la güeya del barroso overo y ésta más liviana es la del gusano. Tuerto es el gusano. Se sale tupido del camino

Si te metes en los campos no te apartes del camino que puedes pisar la sombra de los agüelos dormidos...

Se me afigura quel gusano es de seda...

¿encontró algún pañuelo Inodoro?

¡Asofrénese Mendieta!

Adelante... ¡un indio bombero! ¿Cómo lo riconoce?

Y... por la manguera no ha de ser Mendieta

Veálo. Parau sobre el pingo bichando pa ver si viene Rauch

estos indios, a diez leguas son capaces de decirle de que pata renguea un ciempié

que lo parió

en una desas lo vio pasar al barroso overo ¿Por qué no le prigunta?

güena idea Mendieta

dígame amigo... ¿no vio pasar un flete barroso overo con un gusano de tiro?

Minga minga indiochén porquiranga comiendo culén pochí toro

No es un indio bombero. Parece que comió ají quitucho y aura las almorranas lo están matando

la pucha con el quitucho...

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INODORO PEREYRA 2

"EL RENEGAU"

poema telúrico de fontanarrosa

De pie sobre la pampa horizontal y tozuda, Inodoro era un almácigo vivo de tradición una mandioca preñada de acervo nativo

Viene entoldau pal sur. Humm... pa Enero del año que viene ahí por el 25, a eso de la tardecita va caír un chaparrón

señor, señor...

¿este campo es suyo?

mío?

la pampa es ancha y ajena, gurí.

queria pedirle permiso pa cazar cardenales

No encerrés los pajaritos gurí!. Dejá nomás que la calandria cante como la pulpera de Santa Lucía

y que anden por el viento entreverados como carne e' chorizo...

y no me andés jorobando los cardenales que no quiero tener cuestiones con el Vaticano

ayer pisé sin querer una víbora de la Cruz y a gatas no me excomulgan

...y vos... cuántos años tenés, ande vivís?

Tengo ocho años y vivo aca, entre las cortaderas

¿Entre las cortaderas? Y dormís al sereno, como los perros?

Ajá. Porque yo de día soy gurí pero de noche soy perro

un gurí a los ocho años puede hablar macanas Pero un perro a los ocho años ya está grandecito pa decir esos bolazos...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El que no se calla es un gorilón

Por Max Ferrarotti

La Campaña de Silencio prendió rápidamente en los porteños. Tristes, melancólicos, amigos de la soledad, los habitantes de Buenos Aires han acatado con fervor la enérgica campaña iniciada por la Municipalidad hace cinco años.

Eso de prohibir también el cine sonoro dejó a varios buenos actores sin trabajo. Es que no todos se adaptaron al nuevo sistema mudo. Claro. En un primer momento hubo que reprisar aquellas películas de los años veinte, pero así el gobierno mató dos pájaros de un tiro. Todos podemos ver en las pantallas del Metro, el Opera o el Rex a Buster Keaton, Chaplin o Lon Chaney, y de paso entrar con todo en la onda de la nostalgia sin necesidad de gastar plata en pavadas como **El gran Gatsby, Aquellos años felices** o **Cabaret** (que hacían tanto ruido).

El sábado pasado fui a la trasnoche de **El sheik,** que me gustó mucho. Sobre todo el actor ese con nombre de tano por el que las mujeres estuvieron a los gritos todo el tiempo.

A la salida quise ir caminando hasta mi casa. Dejé la bicicleta en la playa de estacionamiento y caminé por Corrientes. Silbaba aquella antigua canción de Palito Ortega, **Yo tengo fe.**

Cuando llegué a Talcahuano se me acercó un policía y me susurró al oído:

–Qué hacés, jetón. ¿No sabés que está prohibido silbar?

–Son las tres de la mañana, agente –me defendí.

–Bajá la voz –me dijo al oído–. Me vas a tener que acompañar.

Hizo una seña al patrullero y éste se acercó. Subí en el asiento del medio, donde no hay obligación de pedalear.

Me llevaron a la tercera. Cuando entramos, un policía bajito –uno de esos que antes pertenecían a la Sociedad de Protección al Sordomudo– cerró la puerta con suavidad. El oficial, que tenía medio kilo de algodón en los oídos, me dijo con voz apagada:

–Son cincuenta mil pesos de multa y dos días de arresto.

–No puede ser –susurré–. Soy amigo del general Embrioni. El sabe que soy un tipo silencioso.

–Con esto del silencio el general no tiene amigos –me dijo el cana–; paga o se queda seis meses.

–Llámelo por teléfono –sugerí.

–¿Teléfono? El general tiene terminación impar. No se puede llamar a su número los sábados.

–Mándele un mensajero.

–Es muy tarde; el Intendente debe estar durmiendo. La otra noche lo fuimos a despertar. El agente lo sorprendió roncando y lo trajo detenido. Casi me quedo sin trabajo.

–Bueno –argumenté–, este asunto del silencio me ha llevado a la ruina. Desde que prohibieron los autos tuve que dedicarme a arreglar relojes. No gano tanto como para pagar la multa.

–Hable más bajo –amonestó el policía–. Si no tiene plata pagará trabajando los seis meses. ¿Sabe arreglar silenciadores de ametralladora?

–Me doy maña.

–¡Por fin uno! –se alborozó–. Al otro tonto que trajeron hoy –un tal Amengual– lo pusimos a dibujar enfermeras con el dedo en los labios.

–¿Hubo más?

–Sí. Un tal Rivero. Estaba cantando en un boliche de San Telmo. Ahora enseña a escuchar tangos en sistema Braille.

–¡Mierda! –grité (y un agente me dio con la rodilla en la espalda). Hay peores que yo...

–Desgraciadamente –dijo el oficial, apoyando una mano sobre la pared revestida contra ruidos–. Desde que se prohibió la asistencia de espectadores al fútbol, muchos irresponsables han empezado a gritar los goles frente al televisor mudo. Tuvimos que mandarlos a las Malvinas. Dicen que no paran de gritar ni cuando los ingleses los azotan.

–Una sociedad corrupta –filosofé–. ¿Y qué de los oradores políticos?

–No tienen mucho que decir –contestó sonándose la nariz para adentro–, pero por las dudas todos reciben gratis un pizarrón y una caja de tiza.

–Comprendo. Hay que reconstruir el país. Sé que los militares y los policías dan las órdenes a sus subordinados con tarjetas en colores. Dicen que así la conscripción es más agradable.

–Cierto –sonrió el policía–. Todos somos más dulces, sensatos y comprensivos ahora.

–Lástima las tormentas eléctricas –comenté con voz débil y acongojada.

–Sí –dijo el oficial–. No controlamos eso. El arzobispo dice que eso prueba nuestra fortaleza, nuestra pequeñez ante Dios. El único que tiene derecho a hacer ruido es El.

–Es lógico –agregué–. Más ahora que las misas se rezan por correo.

En ese momento entraron dos vigilantes sujetando a un hombre flaco, bajo, compungido. Vestía un traje gris.

–¿Qué hizo? –bramó el oficial con voz queda.

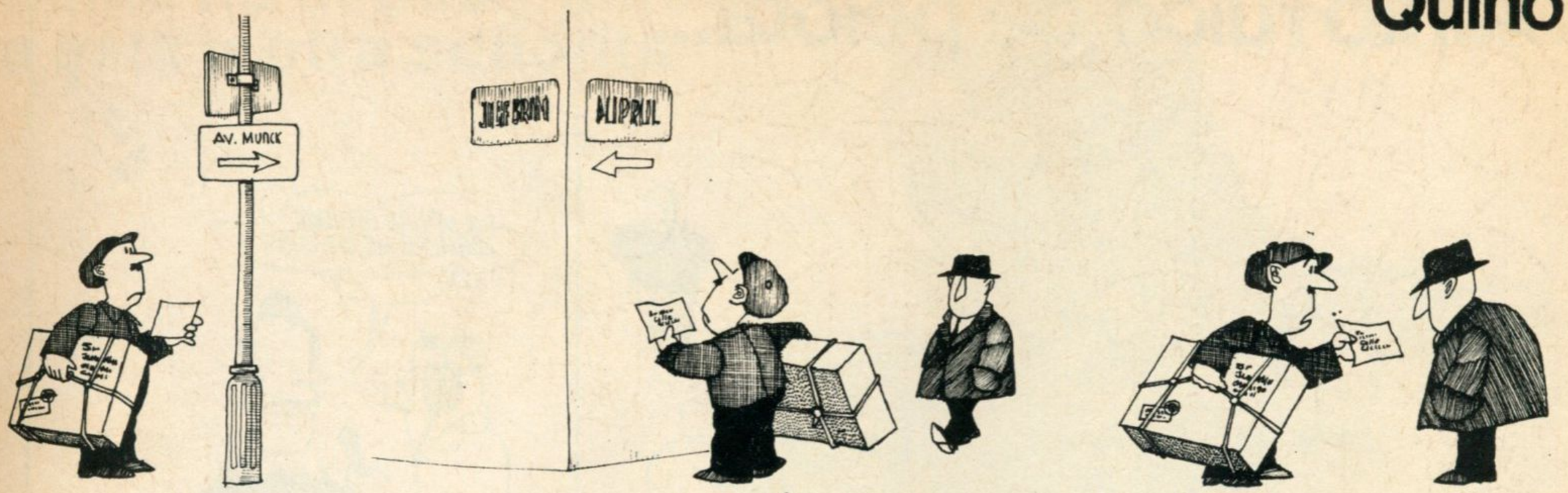
–Eructó en el Bar Baró –dijo un agente.

–¡Dios! –susurró el oficial, tomándose la cabeza–. ¡No respetan nada!

Luego me miró y con un gesto ordenó que me sacaran de allí. Yo le daba asco.

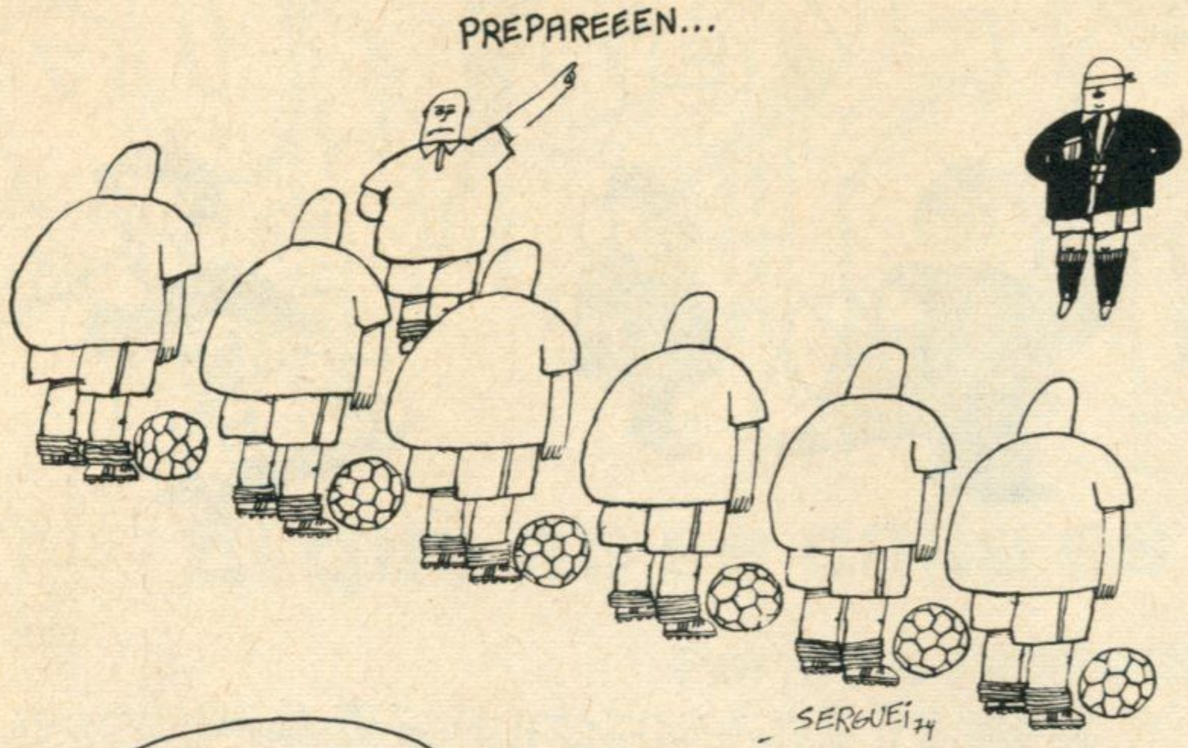
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

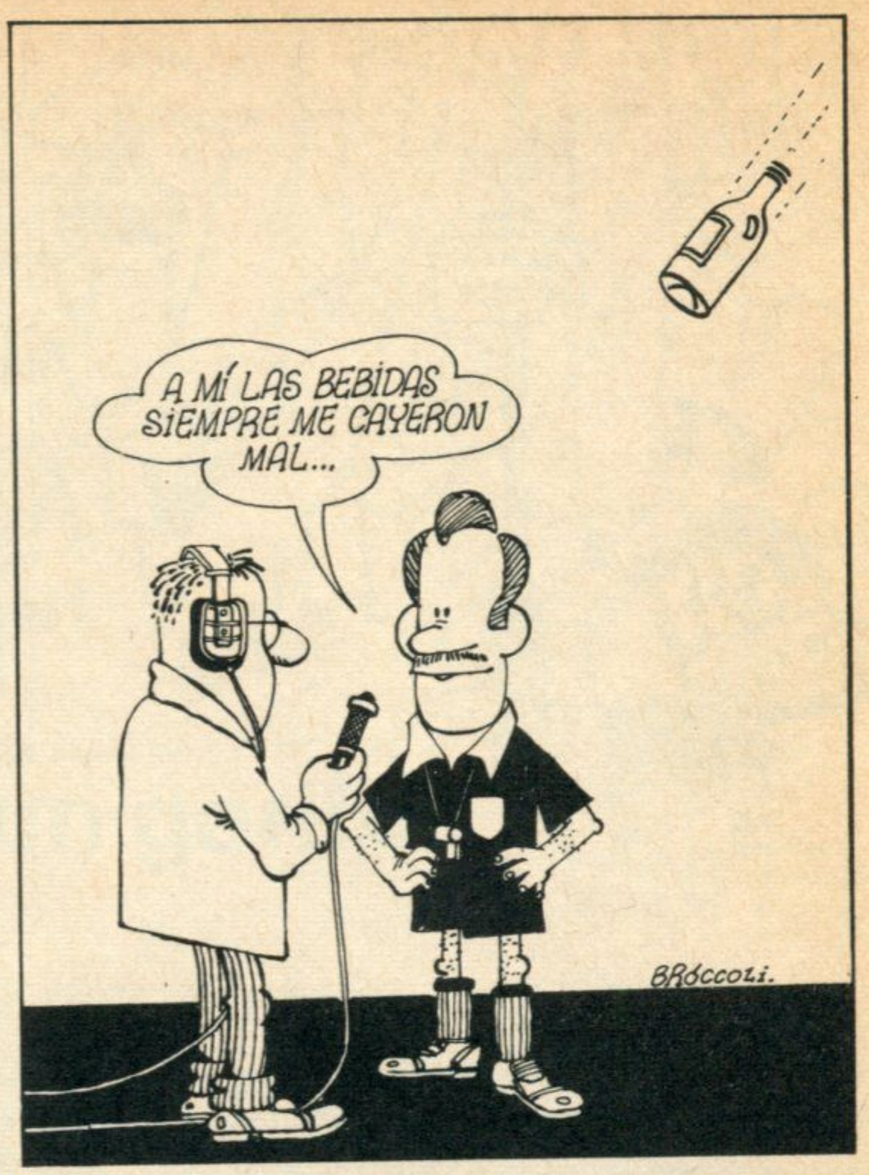
Quino

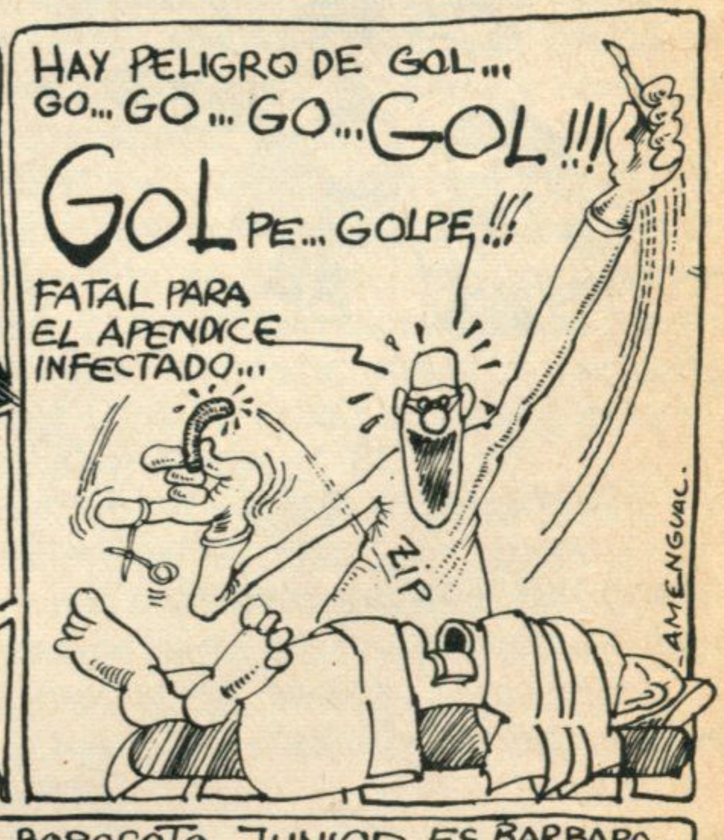


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

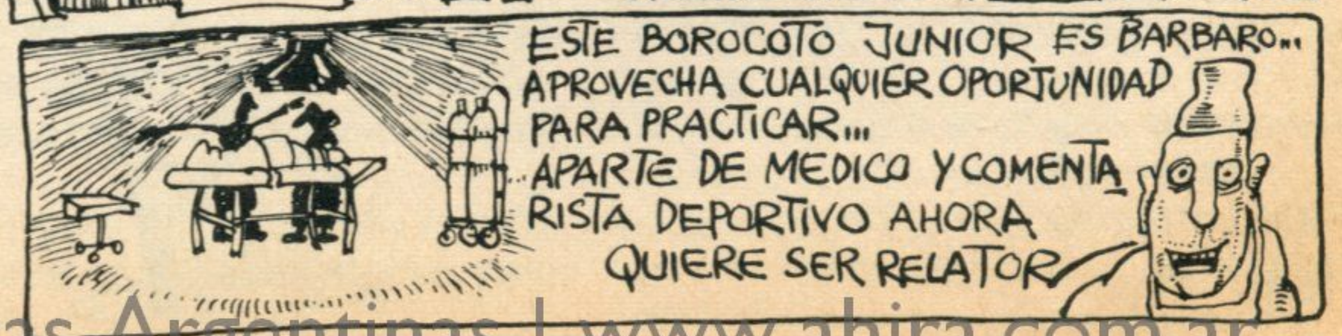
Siento ruido de pelota...







BUENO, MUCHACHOS, QUE GANE EL MEJOR...
...Y RECUERDE, PÉREZ, QUE LOS MEJORES SON USTEDES...



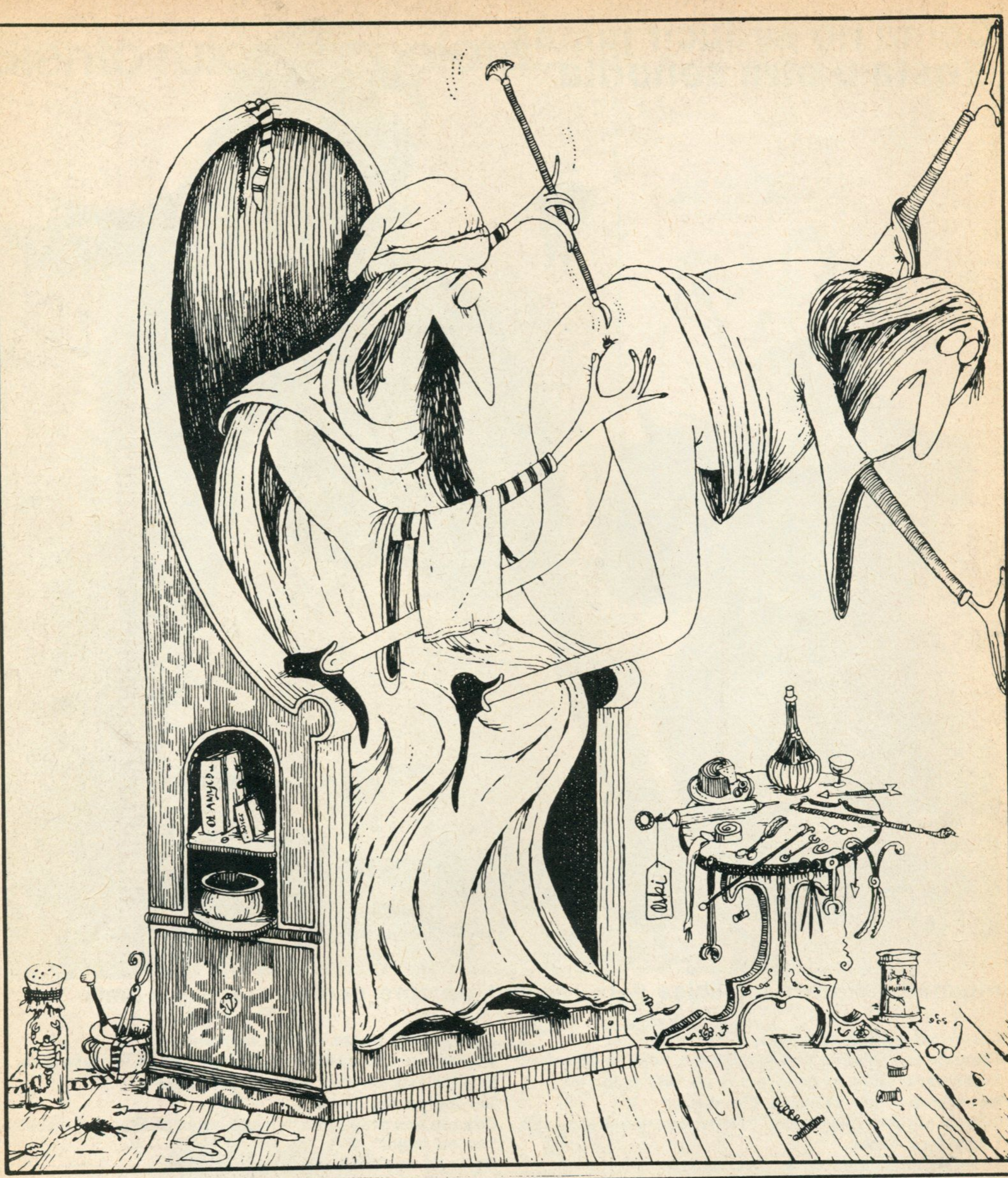
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cómo no seducir jamás a esta u otra señorita

Algunas actitudes infalibles para resultar siempre perdedor en el levante

Tener mal aliento de origen bucal.
Llamarla por la calle con chistidos o ruiditos extraños.
Preguntarle si no la conocemos de otro lado.
Mentirle que uno se llama Claudio.
Decirle piropos tales como "Nena, qué gambardelas".
Tratarla de usted.
Contarle anécdotas de la colimba.
Hablar de futbol.
Decirle, cuando la señorita tiene busto prominente:"Qué te tardarse en venir!"
Cantarle boleros.
Molestarla en el colectivo.
Hacerse amigo.
Contarle que uno tiene almorranas.
Al darle la mano, rascarle la palma con el dedo índice.
Chamuyarla desde un camión.
Rascarse el traste a cada momento.
Seguirla por la calle mascullando cosas ininteligibles.
Eructar cuando uno le dice "te quiero".
Ser amigo del padre.
Cuando nos preguntan "en qué estás pensando", decirle "en mi mujer".
Contarle nuestras últimas conquistas.
Meterse los dedos en la nariz.
Susurrarle en el oído esta frase: "Si tu mirada fuera alpargata, todos andaríamos en pata".
Preguntarle cuál es su gracia.
Rascarse con la mano en el bolsillo.
Pedirle permiso para ir al fondo.
Juntar los dedos índices y pulgar de la mano izquierda y hacer pasar entre ambos el índice de la derecha, mientras se levanta la ceja.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Ya el bisturí del cirujano en mano
y en el cenit perfecto del trasero
inscribe Oski un pustuloso grano:
no es un grano cualquiera, ¿es de Durero?

Como el anzuelo muerde el pobre atún,
al metal morderá sin disimulo.
Así será la muerte del forún-
culo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En este lugar sagrado...

una aproximación a la poesía popular sacudida por José María Jaunarena.

Ernesto Sábato –gran hurguete de las peculiaridades nacionales– dice que el cuarto de baño es uno de los pocos sitios filosóficos que van quedando al estado puro. Es rigurosamente cierto. La filosofía resultante de ese solitario y largo forcejeo del homo (y la mujer) sapiens con sus intestinos y riñones, de ese dilatado y creador connubio psicosomático, tiene su genuina expresión literaria en el **grafitti.** Norman Mailer afirma que en las paredes de los baños se halla la mejor prosa estadounidense. Es algo exagerado, desde luego, a menos que uno admitiera la improbable posibilidad de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que Hemingway y Osborne, Capote y el mismo Mailer sólo mearan fuera de su casa. Pero de todas maneras no hay dudas de que el íntimo clima de los mingitorios incentiva la libre expresión del ingenio, la picardía y el talento. Claro que entre el **grafitti** clasificado, destinado a proclamar las urgencias de un suave en cuanto a sus apetencias de longitud y grosor, y la divertida advertencia: **"Mientras usted lee esto está orinando sobre su zapato izquierdo"**, median insalvables distancias. La misma que separa al bobo sin imaginación que escribe **"Viva yo"** del ingenioso que intriga: **"Doy hora por telefono: llamar al 113".**

Como todos los géneros literarios, estas cacografías admiten una gran variedad de estilos y sub-géneros. Están aquellos alentados por una intención codificadora y normativa, como el que establece la cantidad máxima de sacudidas que separa la higiene del autoerotismo. O los otros de índole casi municipal: **"Acérquese: lo tiene más corto de lo que cree".** Están aquellos que citan alguna idea filosófica. Como ése que escribió: **"Dios ha muerto. Firmado: Nietzsche".** Al que algún ingenioso teólogo en tren de diuresis agregó: **"Nietzsche ha muerto. Firmado: Dios".** También está el grafitti que funciona como Poste Restante, donde una legión de homosexuales intercambia teléfonos y lugares de cita, a menudo con oportunas aclaraciones: **"Hombre joven con cuerpo hermoso está dispuesto a todo. Lucho, si leés esto no te molestés en llamar. Soy Lulo".**

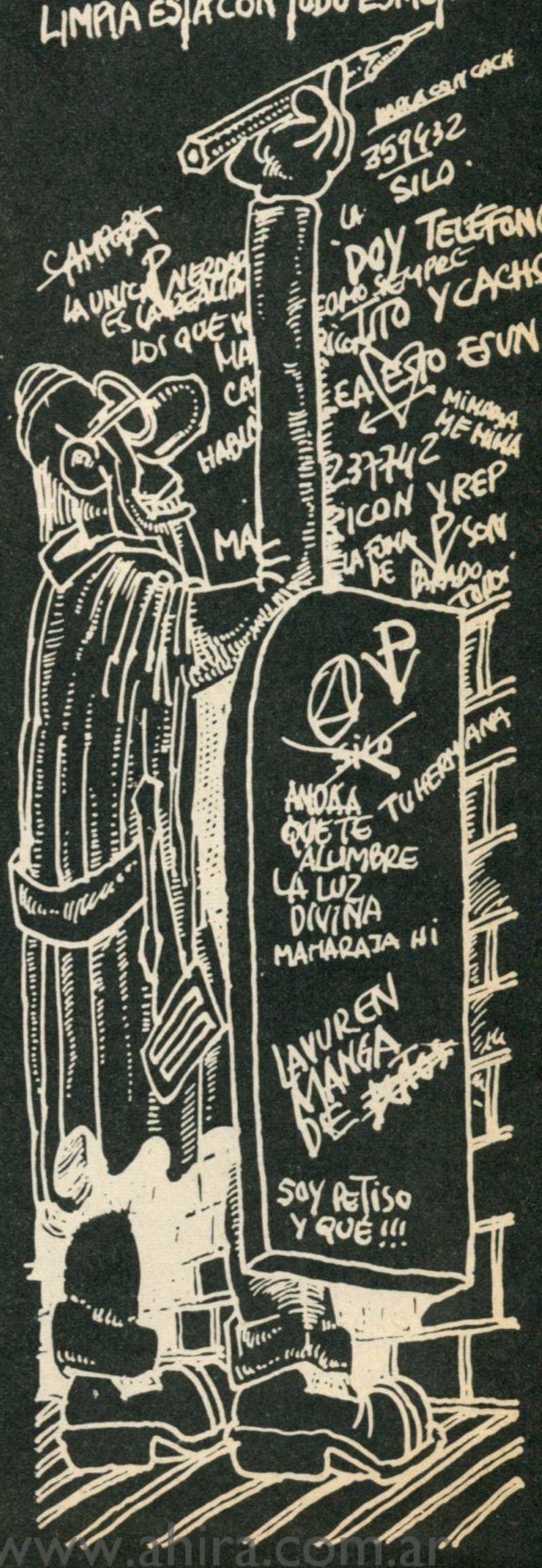
Está también el grafitti esencialmente político; pero en los baños todo se transforma, y se describen minuciosamente las desmesuradas características genitales del hombre público que le permitirán sodomizar sin mayores sofocones al líder de la oposición. Y alguna infrainscripción dará cuenta de las hasta ahora desconocidas posibilidades del jefe de la oposición en el arte de devolver favores. Cada uno que llega hace su aporte, y el grafitti original ha crecido –como dice Sábato en el **Informe sobre ciegos**– en forma de pagoda, con los vivas y los mueras. Y agrega: "Frases y expresiones de deseos que a su vez eran tachadas parcial o totalmente, obliteradas, tergiversadas o enriquecidas por la inclusión de un adverbio perverso o celebratorio, incrementadas o atenuadas por la inclusión de un adjetivo, con lápices y tizas de diversos colores, con dibujos ilustrativos que parecían haber sido ejecutados por un profesor Testut borracho y baboso." Y en diferentes lugares libres: abajo o al costado; a veces (como en el caso de los avisos importantes de los diarios) con marcos orlados, con diversos tipos de letra (ansioso o lánguido, esperanzado o cínico, empecinado o frívolo, caligráfico o grotesco). Pedidos y ofrecimientos de teléfonos para hombres que tengan tales y cuales atributos, que estén dispuestos a realizar tales o cuales combinaciones o hazañas, artificios o fantasías, atrocidades masoquísticas o sádicas. Ofrecimientos y pedidos que a su vez eran modificados por elucubraciones irónicas o insultantes, agresivas o humorísticas, de terceras personas que por algún (?) motivo no estaban dispuestas a intervenir en la combinación precisa. Pero que, en algún sentido –y sus comentarios así lo probaban– también deseaban participar (y participaban) de aquella magia lasciva y alucinante. Y en medio de aquel caos, con flechas indicadoras, la respuesta anhelante y esperanzada de alguien que indicaba cómo y cuándo esperaría al Príncipe Cacográfico y Anal. A veces con una acotación tierna y al parecer inadecuada para aquel noticioso de excusado: **"Estaré con una flor en la mano".**

"Como en las páginas policiales –reflexiona el agudo y corrosivo personaje de Sábato– ahí parecía revelarse la verdad última de la raza: el amor y los excrementos".

Una teoría adecuadamente feminista suele postular que los grafitti de los baños de damas (es curioso que las palabras damas y caballeros sólo se usen para designar los lugares donde menos lo son) están escritos por hombres (los que limpian, dicen) que practicarían así una suerte de exhibicionismo grafológico digno de una junta de psiquiatras. Según el Informe Kinsey –esa suerte de Guía Peuser del sexo que se inventaron los norteamericanos– hay escasas inscripciones hechas por mujeres, y muy pocas referidas al sexo, y las que lo son no estimulan eróticamente ni a la autora ni a la lectora.

En los Estados Unidos, cierta vez colocaron una cámara oculta y una grabadora para individualizar a un escriba que embadurnaba el baño de la empresa de teléfono ATT, en Nueva York. El sindicato lo denunció como una intrusión en la vida privada, y amenazaron con ir a la huelga si no se quitaban los instrumentos de espionaje. Como se ve, los grafitti tienen su propio y exclusivo Caso Watergate. Que debería llamarse Caso Watercloset.

Según algunos investigadores, ya se encontraban inscripciones en los baños públicos romanos antes del año 79 de nuestra era. Y sería lindo imaginar –luego de los vómitos subsiguientes a una orgía romana– el encuentro con un grafitti que dijera: **"César: te van a matar por Bruto".** O **"Marco Antonio: Cleopatra te engaña con Richard Burton".**



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El chamuyante

Por Bróccoli

Todos conocemos a alguno y muchas veces nos desempeñamos como tal. Es el señor desocupado y feliz que acompaña con su charla las horas de la gente que trabaja.

Está al lado del canillita en las frías mañanas de julio y ameniza las tardes del bañero bajo el ardiente sol del verano.
Cuando se va uno respira aliviado, cuando no viene uno lo extraña. Es el que siempre da una manito sin que nadie se lo pida, el que cuida el negocio cuando el dueño va hasta aquí nomás.
Está en las boleterías de los cines, en las playas de estacionamiento y en los garages nocturnos. Es el que cuando le toca el turno a él en la panadería le dice al vendedor: –"No, atendé, atendé al señor nomás..."

Chamuyante de almacenero

Ceba riquísimos mates. Está absolutamente al día en todo lo relacionado con el fútbol y el box. Sabe cortar el fiambre y despachar galletitas. Su mayor dificultad consiste en aprender de memoria los precios de los artículos. Generalmente es hincha de San Lorenzo.

Chamuyante de agente de consigna

Jubilado. Es uno de los vecinos más antiguos del barrio. Se sabe la vida y obra de todos los habitantes de la manzana y recuerda con exactitud la fecha y lugar de los acontecimientos importantes de la zona. Le encanta hablar de su salud.

Chamuyante de colectivero

También colectivero, en la mayoría de los casos. Critica a todos los colegas de su línea y ayuda al que maneja, a veces cobrando los boletos y otras insultando a los taxistas. Tiene especial habilidad en mirar las piernas de las señoritas por el espejo retrovisor. Cuando se cuenta algún levante descomunal baja la voz, pero no mucho.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Chamuyante de dibujante o pintor

Merodea las agencias de publicidad, editoriales, plazas y paseos públicos. Visita cuanta exposición se inaugura en Buenos Aires y sus alrededores y se ufana de ser amigo de Quinquela Martín. Habla siempre de un confuso pasado en el que debió optar entre el dibujo y el dinero. Los fines de semana frecuenta la Boca.

Chamuyante de vendedor de artículos para caballero

Opina sobre el gusto de la corbata que vamos a comprar y sobre la calidad de la tela del pantalón que tenemos puesto. Ataca sin complejos los colores de las medias que nos regaló nuestra mujer. Suele ser un incondicional aliado del vendedor, pero en algunos casos refuerza con sutileza nuestros argumentos.

Chamuyante de encargado de edificio

Generalmente vive en el mismo edificio. No falta a ninguna reunión de consorcio y es el único que se lleva bien con el encargado. Estoico madrugador. Bien informado en política y en sucesos de la cuadra.

Chamuyante de librero

Tiene una envidiable colección de libros autografiados por los autores y se sabe de memoria la lista de best sellers del Clarín de los jueves. Siempre recuerda con lujo de detalles el día que visitó a Borges en la Biblioteca Nacional y la tarde de lluvia en que Sábato le dio la mano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ideas para reparar el Universo

por Carlos Trillo y Alejandro Dolina
(los filósofos desta cuadra)

Que el Universo fue y será una porquería es un hecho que no escapa a la percepción de ninguna persona decente. Basta con observar la realidad cotidiana, evaluar el propio destino, mensurar el estado de la condición humana o escuchar las canciones de Gian Franco Pagliaro para darse cuenta de que esto así no va.

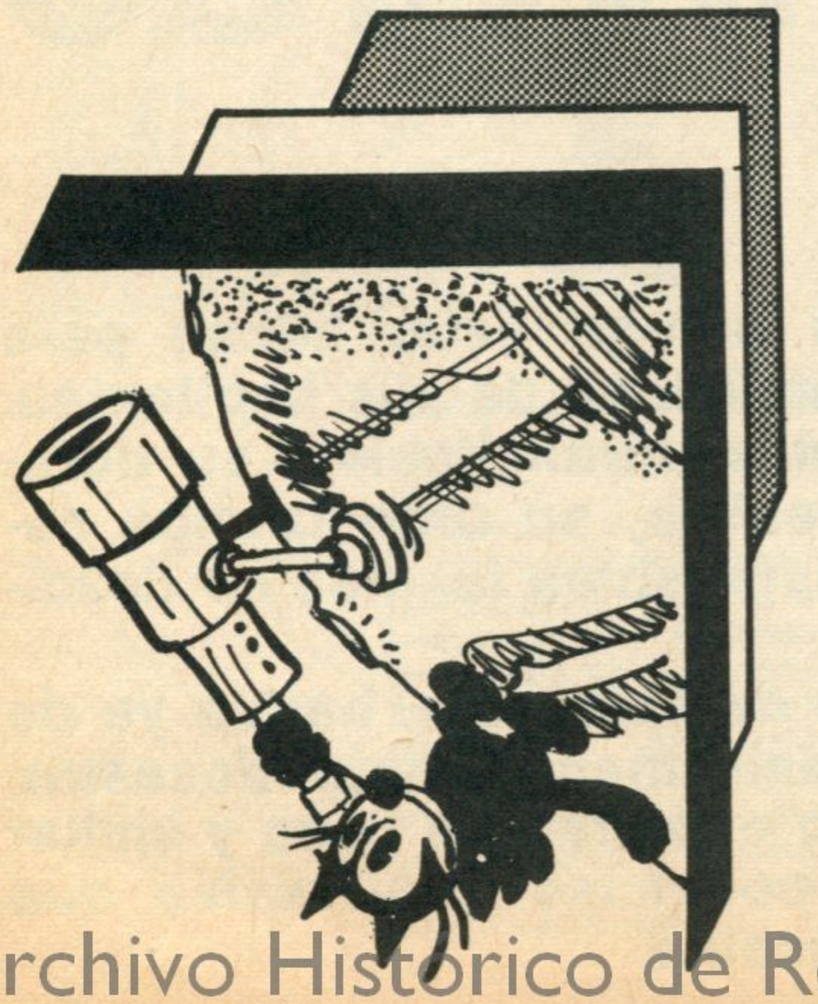
El Universo parece estar hecho para causar la infelicidad de sus habitantes. Sus distancias intransitables, su duración inconcebible, su organización secreta son inagotables fuentes de desdichas.

Los autores de esta nota, hartos ya de observar pasivamente tanto desastre, han resuelto enojarse un poco y chillar contra las potencias universales que cortan el bacalao.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las cosas que me molestan de ti, vida mía.

La realidad del Universo debe ser una mala noticia porque a uno se la dan de a poco.
Tan absurdos son los datos que constituyen nuestra instrucción, que para que un niño los crea es necesario adornarlos con mentiras que les confieran cierta verosimilitud.
Cuando usted le dice a un pibe –su sobrino, sin ir más lejos– que las estrellas son lucecitas que están colgadas del cielo, el tipo se queda lo más chulo y hasta es capaz de repetirlo ante sus amiguitos. Pero usted dígale al mismo chico que las estrellas son masas incandescentes, millones de veces más grandes que la tierra, que la luz tarda miles de años en llegar hasta nosotros, y que el sol es una estrella que está más cerca, y el pequeñuelo dirá: –¡Este tipo está loco!



Después uno crece y con el pretexto de la cultura empieza a echar al coleto una colección de datos a cuál más alarmante.
Se entera de que el Universo tiene un radio aproximado de diez millones de años luz, uno que vive en un departamento de un ambiente.
Aprende que la tierra tiene una edad de tres mil millones de años, uno que encuentra vieja a Elizabeth Taylor.
Le dicen que la luz tiene una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, a uno que se sofoca cuando corre el colectivo.
Se anoticia de que la temperatura del sol es de varios millones de grados, uno que alardea de morocho.
Toda esta información no hace más que revelar a los espíritus sensibles la primera gran calamidad del Cosmos: que no está hecho a la medida de uno.
Esto produce inmediatamente la desagradable sensación de no sentirse protagonista de la Comedia Universal.
Y como si esta humillación no fuera bastante, nos dicen enseguida que la tierra es una especie de poroto miserable enclavado en los arrabales del Universo.
A esta altura uno ya está hecho un trapo.
Pero todavía lo van a seguir basureando al pobre cristiano, como enseguida se verá.

Que veinte años no es nada.

Poco envidioso tiene que ser un hombre para no sentir que algo le pica ante la desmesurada duración del Universo.
Algunos dicen que es eterno, otros que es cíclico, otros inventan guarismos enormes.
De cualquier modo esto no va para largo y pasarán más de mil años, muchos más. No quedará ni un mísero recuerdo de nosotros ni de la mujer que nos quita el sueño, y el Cosmos seguirá imperturbable con lo suyo, sea lo que fuere.
Algunos malvados se solazan con la exposición de estas cifras perversas. Con una soltura rayana en la inconsciencia se presentan en los programas de preguntas y respuestas y, sin derramar una lágrima, nos cuentan de la existencia de lugares adonde nunca iremos, de tiempos que no nos conocerán, de teorías que no contemplan nuestra existencia, y todo por cinco millones de pesos.

Dicen que la distancia es el olvido.

Los jailaifes que manejan la ciencia compadrean ante los legos, mostrán-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

doles un Universo inhóspito e implacable, lleno de rayos incomprensibles, de estrellas que revientan, de cometas nómades y de regiones donde el tiempo se pianta de otra manera.
Todo esto configura un cuadro mucho más horroroso que los marcianos de la televisión, los monstruos como Drácula y los espantos de Narciso Ibáñez Menta.

Porque el peor de los terrores es el terror cósmico, el que siente uno cuando sospecha que el Universo todo se rige por leyes perversas, concebidas por un espíritu maligno que ni siquiera tiene la decencia de existir.
Estos tipos de la ciencia pretenden asustarnos. Y lo hacen con un malsano orgullo, como si al Universo lo hubieran hecho ellos.
Pero el cristiano macho debe resistirse a esta tentación satánica de fruncirse todo ante estas fanfarronadas astronómicas.
Un buen criollo debe comprender que la grandeza del hombre reside, justamente, en su insignificante dimensión.
En aguantarse la situación injusta a que lo somete el Universo, esperando una justicia final que a lo mejor sólo existe en su corazón.

Adentro, mi alma!

A los efectos de esta nota, el Universo puede dividirse en dos partes: la de afuera y la de adentro.
La de afuera es la que hemos descripto hasta aquí sin creérnosla demasiado.
La de adentro es uno. Y la primera idea para reparar el Universo es empezar por la parte de adentro. Empezar a convencerse de que si uno tiene bien puesto lo de adentro, será capaz de bancarse cualquier calamidad exterior.
El alarmista de Louis Pauwells se complace en hacer el siguiente razonamiento: ante el maravilloso espectáculo de soles que estallan, planetas que mueren y mundos que nacen, la vieja historia de **A ama a B, pero B ama a C** resulta una tontería.

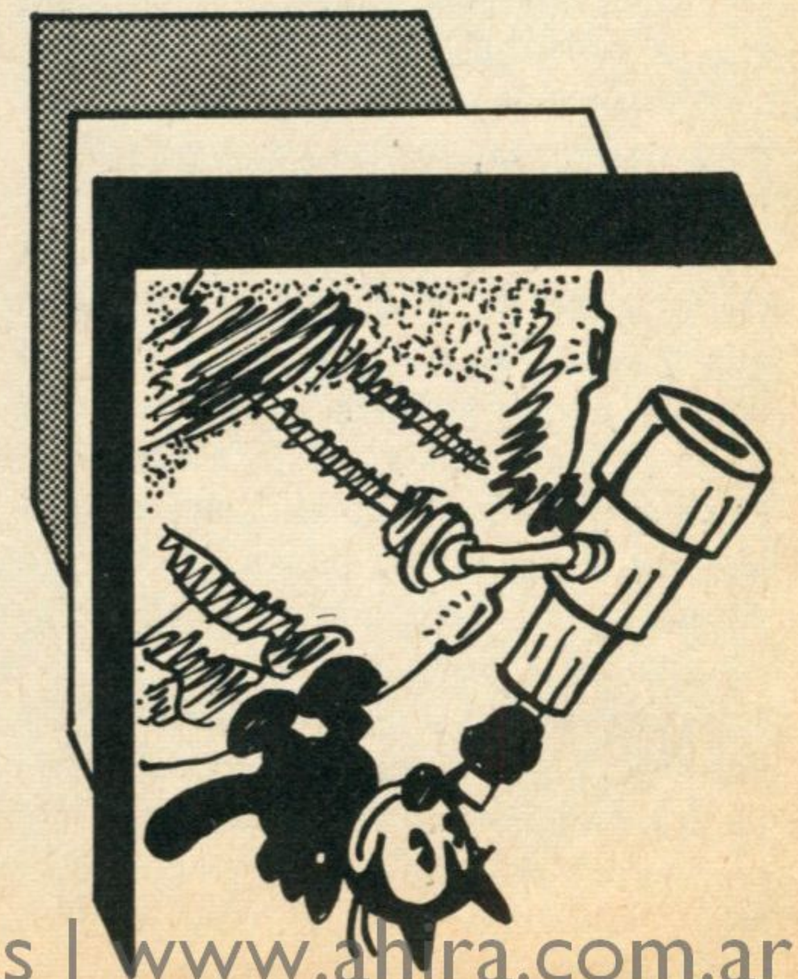
Momentito, Powells. Póngase en el lugar de **A** y después dígame si tiene ganas de ver espectáculos que en realidad no se ven, sino que se calculan.
La segunda idea para reparar el Universo es valorar nuevamente las cosas pequeñas y cercanas, y anteponerlas a las cifras llenas de ceros.

Entre dos trillones y el número cincuenta y nueve, me quedo con el cincuenta y nueve, que hasta jugarlo a la quiniela se puede.

Dónde te fuiste, tango, que te busco siempre
y no te puedo hallar

La verdad del Universo hay que seguir buscándola. Pero no solamente en las cifras. Debe haber otra cosa más allá de los cálculos matemáticos. Buscar la verdad es la tarea más noble que puede emprender un paisano de ley.
Después de todo, el cosmos tal vez no sea tan malo como parece. Quizá en algún lugar de su inmensurable extensión exista algo que justifique la existencia de todo lo demás.
Y si nunca encontramos ese algo, paciencia. En una de esas, la verdad es la búsqueda misma.

Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cómo volverse prócer en los ratos libres.

¡Ya es hora de que usted se decida a abandonar la anónima legión de los ganapanes pusilánimes!. El futuro necesita próceres amasados con la sangre, el sudor y las lágrimas de hoy. Si otros ya son próceres, o van en camino de serlo, ¿POR QUE NO HA DE SER USTED UNO DE ESOS PROCERES QUE EL FUTURO RECLAMA?. Anímese, irrisorio y miserable nabo de oyurduí, y aproveche sus ratos libres para convertirse en un auténtico *hombre que va para estatua*.

Para *llegar* a prócer es menester *sentirse* prócer. Comience, pues, adiestrándose en lo que algunas técnicas teatrales llaman ''componer el muñeco interior''. Esto quiere decir que usted debe imaginarse a sí mismo, en todo momento, como prócer. Sobre un pedestal, con pechera de valencianas y un gran libro en la mano. El gesto patricio viene de suyo.

La estatura y el tono de voz, son fundamentales. Si su estatura es de un metro con ochenta (o más), y posee una voz grave y sonora, no se detenga en el miserable estadio del ejecutivaje. ¡El procerato está al alcance de su mano!. Y aunque su voz sea del tipo ''Manrique afectado de colitis'', su imagen se salvará si usted es alto como Tony Carrizo, por ejemplo.

Si en lugar de ello usted debe pararse en puntas de pie para pasarle el plumero por el gorro al enano del jardín, la compensación vendrá si posee uno de esos vozarrones machazos, tipo jefe.

Pero si su tipo es el ''petisón con voz aflautada'', para acceder a la lucha por el procerato no le queda más remedio que poseer talento. O resignarse, en cambio, a vivir arrebañado, obedeciendo a los mejor dotados por la naturaleza.

Dejando de lado las condiciones naturales para el procerato, vamos a la técnica accesoria, en cuyo dominio debe concentrar usted todos sus esfuerzos.

Prioridad uno: *uso del mentón*. De la posición de su mentón depende gran parte de su posibilidad de acceso a los niveles del procerato. En sitios públicos, eleve su mentón lo más alto posible, apuntando a los ojos de los demás. Frente a un interlocutor, en cambio, sobre todo si él es de un nivel social –o de escalafón– más bajo que el suyo, recoja el mentón sobre el cuello, formando una pequeña papada, que siempre aparenta respetabilidad. Idéntica actitud es la que corresponde en cualquier tipo de reunión, sobre todo entre personas de igual o inferior nivel.

El uso del mentón debe ir acompañado de la mirada apropiada. La mirada del que va para prócer no debe expresar, en ningún momento, absolutamente nada, pero debe mostrarse siempre atenta y concentrada.

Entrénese para no sonreir jamás. Transforme en piedra su Risorio de Santorini. Si desea parecer simpático, todo lo más que puede permitirse en materia de risa es dejar escapar un corto suspiro, moviendo levemente ambas comisuras de sus labios, y cerrando por un breve lapso los ojos. Si está de pie (y se supone que con los dedos entrecruzados a la altura del vientre), podrá ayudarse con una sutilísima –casi nada– reverencia. Con ello sugerirá una especie de cordial complicidad. Pero no permitirá ningun otro acercamiento. No olvide nunca que los inferiores son maestros en sugerir falsas intimidades. Hable siempre muy poco. Pero dando la sensación de que, si se lo propusiera, diría siempre cosas importantísimas. En caso de verse obligado a hacer uso –con perdón– de la palabra, ejerza la vacuidad, que es el estilo de los candidatos a la estatua. Mezcle el lenguaje de editorial de *La Nación*, con el estilo barroco de las críticas cinematográficas de Héctor Grossi. Al hablar, siéntase interiormente elevado en su bien ganado pedestal y, ejerciendo adecuadamente la pomposa vacuidad, logrará ser convincente.

No olvide que los próceres son siempre personas serias. Por lo menos en los retratos, que es lo que importa.

Aprenda el correcto empleo de términos como budget, marketing, approach, brianstorming session, concientización, transferencia, vocación de servicio, etc. No viene mal, asimismo, dominar algunas locuciones latinas. El Pequeño Larousse Ilustrado contiene muchas con sus correspondientes significados. De tal suerte, cuando un compañero de tareas le pregunte si le gustó el último capítulo de ''Kung Fu'', usted podrá responderle: ''aquila non capit muscas'', que hace de lo más fino.

No le saque nunca el cuerpo a la jeringa, con tal de profitar (palabra modélica para el candidato a prócer). Si es invitado a un panel de televisión, a un programa de radio, o cualquier otro tipo de reunión ociosa, y allí se habla de los métodos anticonceptivos de los papúes, de los blancos en la pintura de Utrillo, o de las virtudes del metilparabeno, emita siempre, sin hesitar, su propia conjetura. El estilo que lleva al procerato *no se basa en el saber, sino en el saber conjeturar*. Para su tranquilidad, tenga la completa certidumbre de que el resto de los ''panelistas'' sabe tanto como usted del tema tratado. Pero su gesto al hablar debe indicar todo lo contrario. Por último, recuerde que el camino del procerato casi siempre transita por las sendas del RIGUROSO TURNO DE ESCALAFON. Por lo tanto, y en ninguna circunstancia, debe usted olvidar ser HUMILDE CON LOS SOBERBIOS, Y SOBERBIO CON LOS HUMILDES. Los que otorgan el certificado de prócer saben reconocer agradecidamente esta actitud. Sin otro particular, al trabajo, y buena suerte.

Geno Díaz.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CANÍBAL

...ME CONVENCIERON!!! SIR JONAS... BASTA DE BARBARIE... NOS VAMOS A LA CIUDAD...

OKEY... QUE QUIERE DECIR OKEY..

PETETE CIVILIZACION Y BARBARIE

♪ CANÍBAL SOOOY... POR EL MUNDO NO SEE DÓNDE VOY... ♪

♪ ...CANÍBAL SOOY... LO QUE TENGO LO GASTO O LO DOY... ♪

...NO TENGO NORTE NO TENGO GUIA... PAARA MÍ TODO ES IGUAL...

...SILENCE IS HEALTH ... QUE QUIERE DECIR EL SILENCIO ES SALUD...

ZZZZ

¡¡¡ AGUA OSCURA !!! SEGURO QUE AQUÍ EL RÍO ES MUY PROFUNDO...

HUY... NO!!! ES PETRÓLEO

...NIEBLA... CLARO!!! LA CERCANÍA DEL MAR

...HUY... NO!!! ES HUMO!!!

...OLOR!!! POR LOS PECES Y LAS ALGAS...

...HUY NO!!! ES BASURA!!!

AGUA PODRIDA... PETRÓLEO... HUMO... BASURA... ...ENTONCES...

SIR JONAS,..., SIN TEMOR A EQUIVOCARNOS, PODEMOS DECIR: ..HEMOS LLEGADO! Y GRITAR:

AL FIN! CIVILIZACION!!!

YES! QUE QUIERE DECIR: SÍ

AMENGUAL 74

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Naftalina

Jingles eran los de antes

El tiempo mejora todo. A través de una óptica nostálgica, se puede observar que todo aquello que alguna vez nos pareció detestable adquiere, por esas cosas del recuerdo, un tufillo entrañable que lo ennoblece.
La conscripción, el colegio, las novias perdidas, el Vick Vaporub, el pernod y los tranvías se adornan con virtudes que nunca tuvieron solamente porque ya no están.
Los jingles, un subproducto que cualquier persona decente deplora, también son susceptibles de este embellecimiento melancólico. Porque, digámoslo de una vez, caballeros: los jingles no son cosa de ahora. Ya en el año veintitantos Gardel grababa a regañadientes un tango de Sciamarella, **Che Bartolo,** que había sido compuesto para promover el aceite Bocanegra.

Bocanegra,
hay que ver cuál es la suegra
que a vos te podrá aguantar.

Lo mismo hizo el Morocho con otro tango del mismo autor, **Yunta Brava,** que insertaba por ahí un párrafo donde se exaltaban las virtudes de una pomada para zapatos:

No han junado un par de tarros
al pegarle una lustrada...

El nombre del producto no se mencionaba, pero Gardel cantaba este tema en un programa radial que auspiciaba el pomadero de marras.
Después vienen los jingles propiamente dichos.
El primero que nos viene a la memoria fue compuesto también por un cantor de tangos, Carlitos Roldán, y decía:

Venga del aire o del sol,
del vino o de la cerveza,
cualquier dolor de cabeza
se quita con un Geniol.

Todavía no existía la televisión, y estas tonadillas no contaban con el apoyo de la imagen, los dibujos animados y las modelos exhuberantes.
De esa misma época es este memorable tema:

Primero papá, después mamá,
y ahora nosotros dos,
tomamos el Pulmosán
y adiós, adiós,
catarros y tos.

Nótese cómo, intuitivamente, sin necesidad de complicados racionales, el autor establece una empatía entre el producto y la familia sin olvidar las jerarquías y el orden en que deben ingerirse los específicos, porque antes había otro respeto, no como ahora.
La música tropical que tuvo su cuarto de hora en Buenos Aires influyó también en los engendros publicitarios. Rescatamos del olvido esta especie de **cha cha cha** digestivo:

Refrescante, mi bien, refrescante.
Rebosante, mi amor, rebosante.
Ves cómo sube? Qué estimulante!
Qué suavecita, qué refrescante,
es la copá de Uvasal
¡tesoro!
el digestivo ideal
¡mi vida!
Uuuvaaasaal.

El Mejoral también tenía lo suyo, y sus creativos dieron a luz una cancioncilla que hacía las delicias de los niños de la época, siempre proclives a reemplazar las palabras terminadas en **ulo, udo, ota** y **ones** por zafadurías irreproducibles.

Si un dolor lo tiene mal
y empieza a los estornudos
tomesé su Mejoral
y verá qué macanudo.

Todos recuerdan el **Radioteatro Palmolive del Aire,** un ciclo que todavía perdura en la televisión. La presentación es una melodía asolada por los violines, que supo tener letra en sus buenos tiempos. Observen qué poesía:

Mañana, tarde y noche,
la fragancia de todas las horas,
loción colonia Palmolive,
que distingue y enamora.
Brinda a la dama sugestivo encanto,
al caballero distinción le da

(continúa orquesta)

En las canchas de fútbol, **La Voz del Estadio,** confundiéndose entre el murmullo de la multitud, dejaba oir bellezas como ésta.

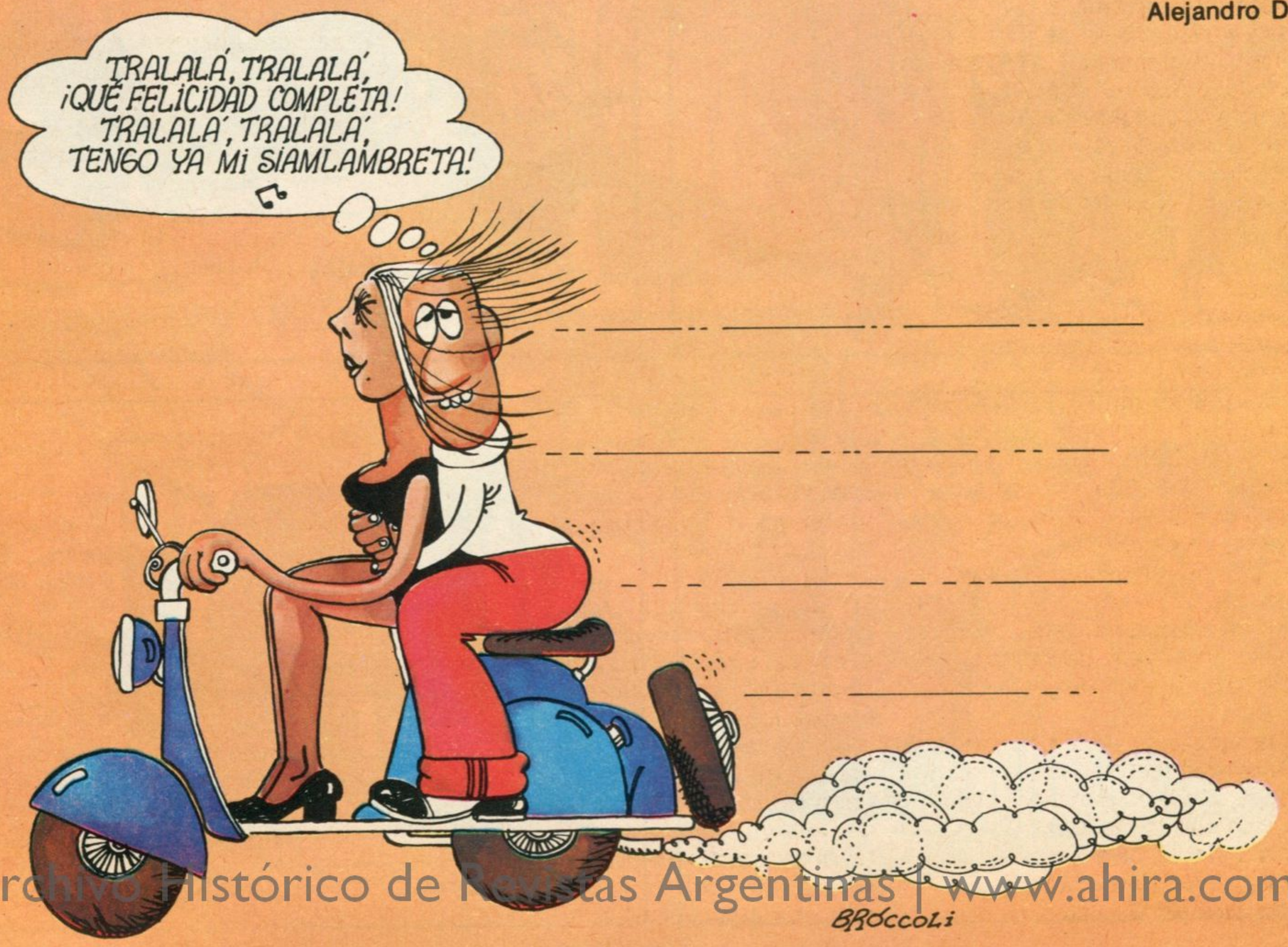
Vengo de España y aquí me quedaré.
Vengo de España y aquí me quedaré.
España mía, jamás te olvidaré,
brindo por tí con el coñac Pedro Domecq.

O como esta otra, para los amantes del queso:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A quién no le gusta el queso,
el queso roquefort!
Sí señora, sí señor:
la Bavaria lo mejor!
Había inocencia. Ingenuidad había. Cuando uno escucha los jingles presuntuosos de hoy en día, orquestados como pa' un concierto, llenos de acordes complicados y con letras modernistas, siente como que le están tomando el pelo.
Los jingles de antes tenían humildad. Decían lo que había que decir y se acabó. No se metían con tus ojos, con los hijos que en tu vida habrá, ni con cambiar el ayer por el hoy:
El hígado, el hígado,
y la digestión también,
se alivian, se ayudan
con Metiogén,
con las grageas de Metiogén.
Va a comparar! Nada de agua de lluvia, ni chispas de la vida.
Cosas de gringos, si nos perdonan.
Un día aparece la televisión.
Y la televisión incorpora la imagen, la anécdota, el dibujo animado.
Se acuerdan del muñequito de Brilcrim?
Brilcrim perfuma su cabello,
Brilcrim, peinado natural,
Brilcrim a las chicas enamora
y da efecto distinguido y señorial.
Algún día los hombres se cansarán del absurdo, se hartarán del arte caótico, se aburrirán de las vanguardias, se inmunizarán contra las audacias gratuitas. Entonces, como decía Marechal, la historia lineal de Caperucita Roja volverá a emocionarlos dramática, profunda, desgarradoramente.
Volverán, tal vez, historietas como ésta:
Una niñita:
Mamita se va de visita,
y yo le robo, ji ji,
el rico dulce Las Islas
que tanto me gusta a mí.
O como esta otra, ya completamente olvidada, a pesar de ser la mejorcita del pelotón:
Llega un tipo a la sastrería, y el sastre le advierte:
Si usted quiere hacerse un traje
y precisa un casimir
váyase a elegir el suyo
donde le voy a decir.
El cliente se amosca y responde (siempre cantando una rancherita):
No preciso su consejo
con respecto al casimir,
pues yo tengo propio gusto
en cuestiones de vestir.
Al sastre le agarra un ataque de indignación y echa al cliente mientras canta:
Váyase usted de aquí
y cómprelo dónde quiera!
El cliente se va y aparece frente a **Rocha Casimires,** siempre cantando:
Yo iré a Rocha Casimires
a mirar sus diez vidrieras.
En el último instante, el inteligente señor se encuentra con el sastre quisquilloso, que tanbién adquiría los casimires en el mismo comercio.
Ambos se abrazan y entran juntos en busca de la tela deseada.
Podríamos seguir con esta reseña hasta el infinito, pero uno no es de madera.
Podríamos resaltar la ubicuidad geográfica de **Casa Gold, Casa Gold, Florida y Diagonal;** o la rebelión contra el destino de aquél que decía: **Llueve, llueve, llueve, esto parece un infierno, no puedo pintar mi casa, maldito sea el invierno!;** podríamos también destacar el carácter entre cultural e informativo de **La vaca nos da la leche, yo quiero darme un festín;** o el grito de satisfacción de **Ah, que refrescante sensación de bienestar, la espuma bienhechora de Kolynos.**
La lista es interminable. Séquese las lágrimas, señor, no sea flojo. Mire hacia adelante. Encienda el televisor y aguántese lo que le dan. El calavera no chilla y el piola se las aguanta.

Carlos Trillo
Alejandro Dolina



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ud. me tiene podrido, doctor Watson!

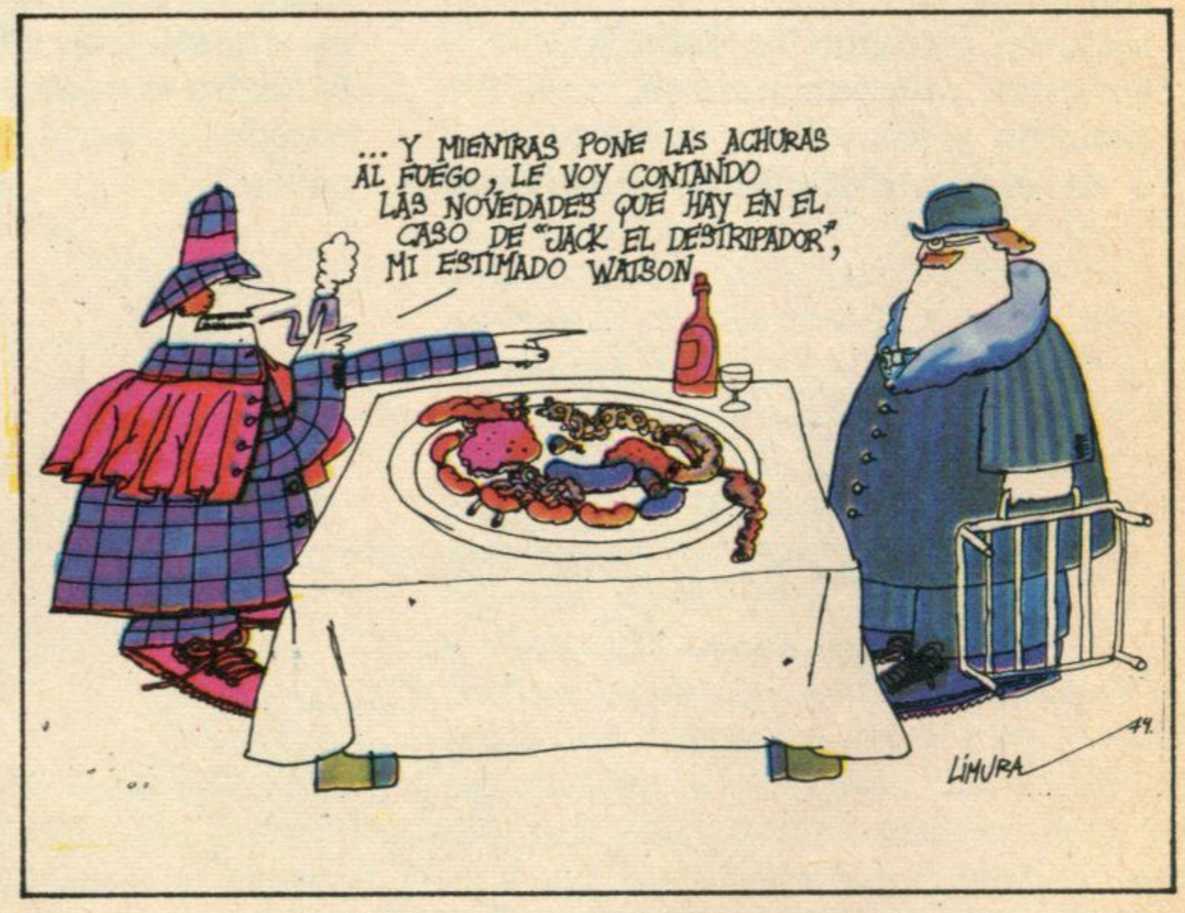
por Limura.

... porque usted me ha hecho pasar por presuntuoso con el sencillo expediente de ser imbécil.

Porque usted ha complicado mis sencillas deducciones con el pretexto de que no las entendía.

Porque su discreción me ha dado una cierta fama de raro en todo el barrio. Muérase de una vez, doctor Watson.

Sherlock Holmes



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"MI PERSONAJE INOLVIDABLE"

FUE UN 28 DE DICIEMBRE (DÍA DE LOS INOCENTES) QUE ALADINO ANONIMETTI, EGRESÓ, BRILLANTEMENTE RECIBIDO, DE UN CENTRO PRIVADO DE ALTOS ESTUDIOS. (QUE NO ES EL CASO MENCIONAR PARA NO HACER PUBLICIDAD)

ALADINO Y LA PELEA MARAVILLOSA

College Dale Carnegile

POR CEO

ABANDONÓ REUTEMANN

SOIFER, ¡GO HOME!

RAUDAMENTE, ALADINO DEVORA LOS METROS QUE LO SEPARAN DE SU CASA. ES EL FIERRO DE LA GLORIA.

¡JE, AHORA SI QUE PAPÁ ALADINO VA A ENTRAR A TALLAR COMO UN DUQUE !!...

¡EPA! QUÉ BELLA ES!

CARP

ALFONSÍN

¡UNA FROTADITA Y A ESTRENARSE COMO GANADOR... MINAS, GUITA Y FAMA..!!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MANDA MI AMO

SNIF SNIF

¡QUIERO LAS **CLAVES** DEL **ÉXITO**... COMO TRIUNFAR EN EL LEVANTE, COMO TENER MAGNETISMO PERSONAL, EL ARTE DE INFLUIR EN LOS DEMAS...

¡AFEITATE TODOS LOS DÍAS CON HOJAS "PLOTINON-PUS", EL QUE LA USA UNA VEZ JAMÁS LA PUEDE DEJAR..! ¡EL SWING DEL VERANO EN TUS TRIPAS, MUCHACHOOO..!! TOMÁ Coca Cola QUE REFRESCA MEJOR...! ¡SI QUIERES QUE ELLA TE QUIERA USA **BOSTESS**... LA COLONIA QUE MATAAA..!!

¡UY DIÓ, COMO ME HINCHÉ! ESTOY LLENO DE GASES!!

¡UPCH! ¡UPCH!

PFF..!!

RIIINGG!!

"...Y EN VISTA DE QUE USTED AUN NO HA ABONADO LA ULTIMA CUOTA ARANCELARIA, LA DIRECCION DE ESTE COLEGIO SE VE EN LA OBLIGACION DE COBRARLA POR OTROS CONDUCTOS"

OFICIAL DE JUSTICIA — EMBARGOS

¡HUMM... A ESTO LE SIENTO MAL OLOR!

¡ADELANTE NOMÁS!

SELECCIONES

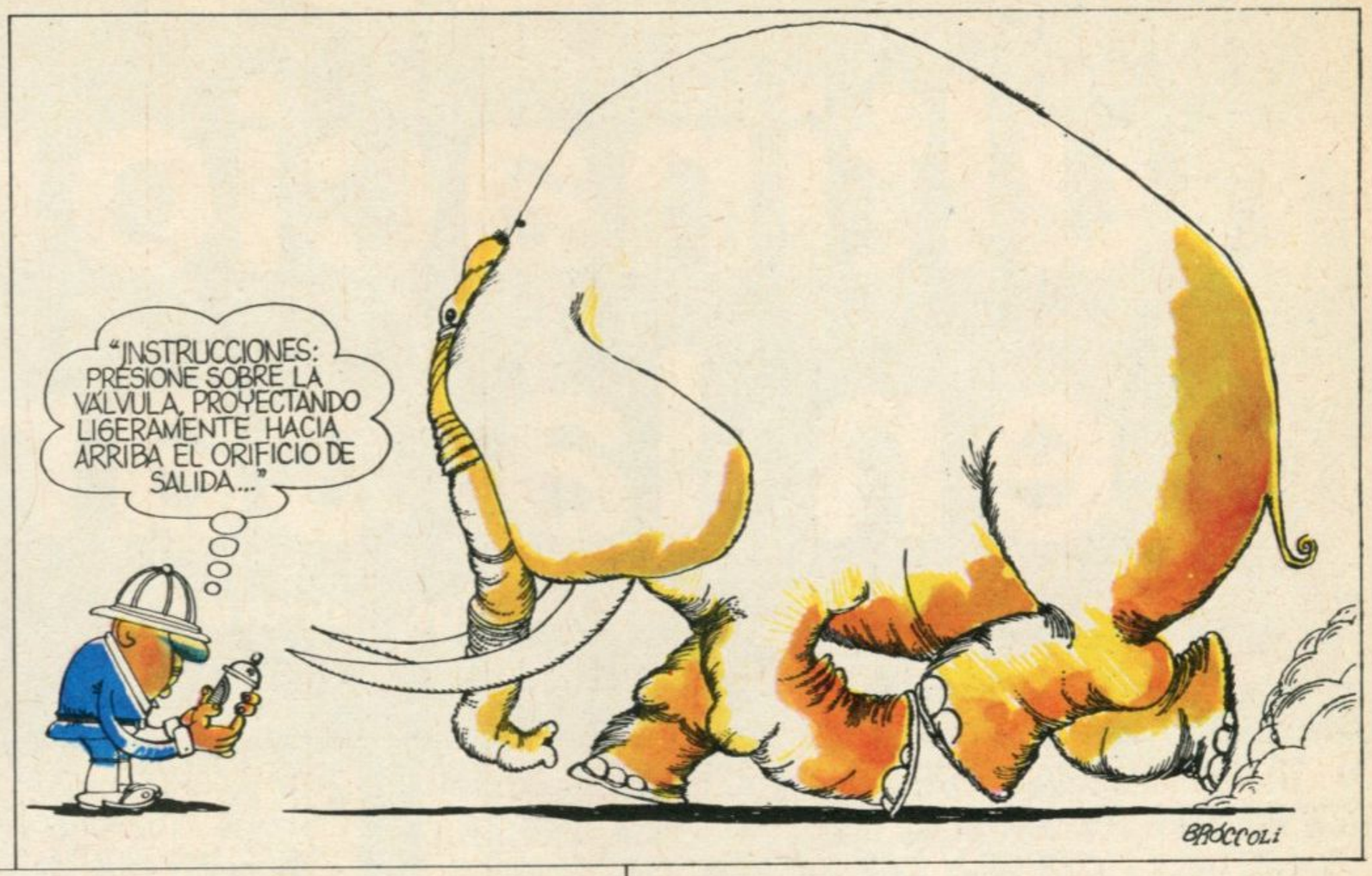
BUENO, ME VOY... TENGO QUE ABRIR EL KIOSCO

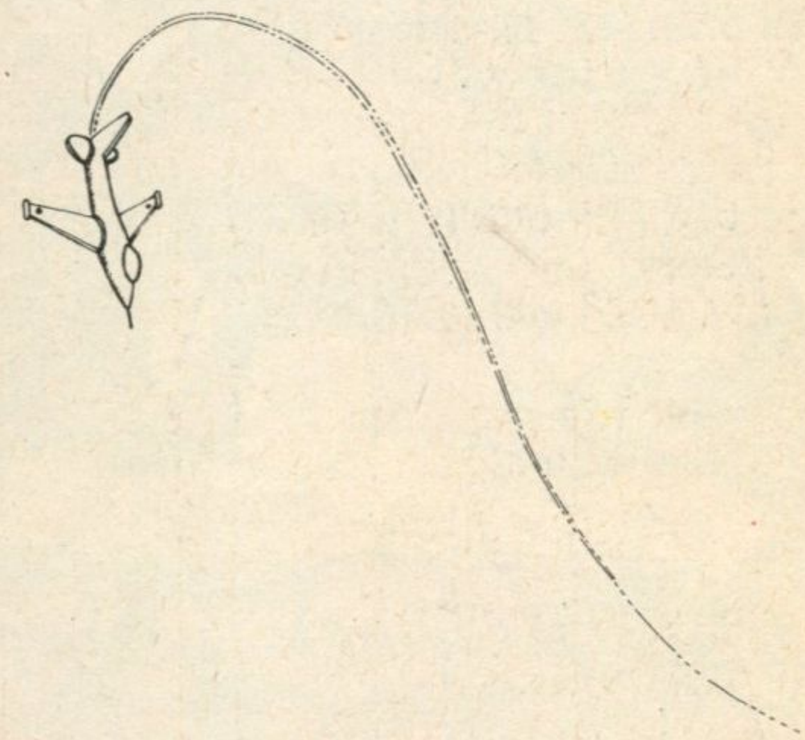
NO HAY MONEDAS

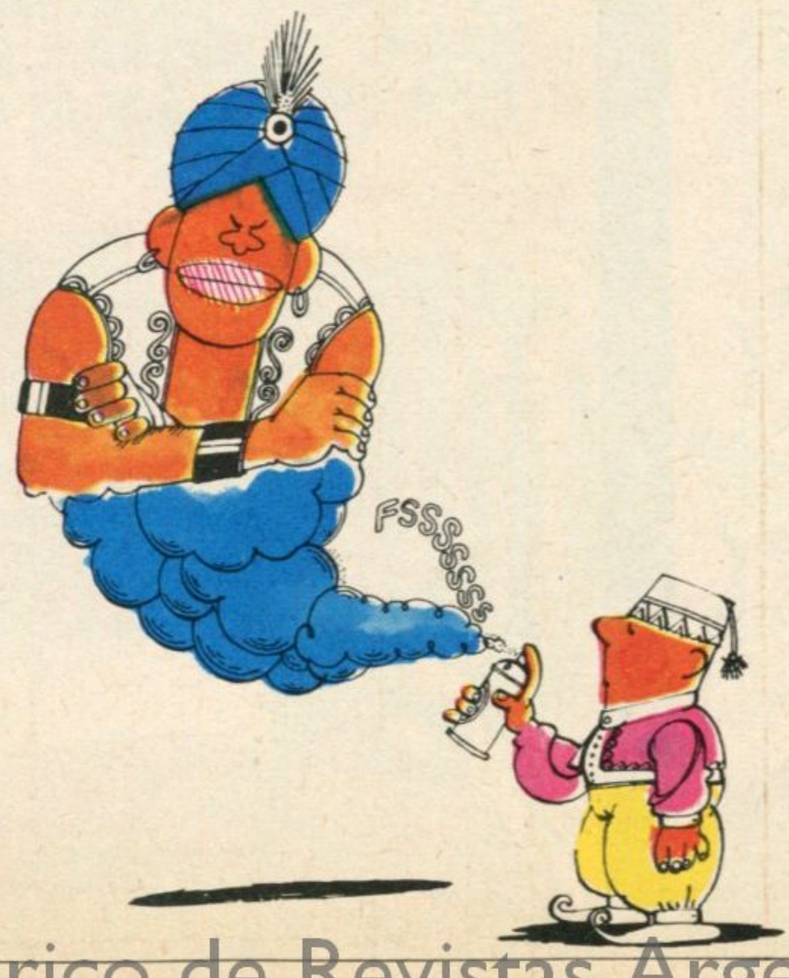
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

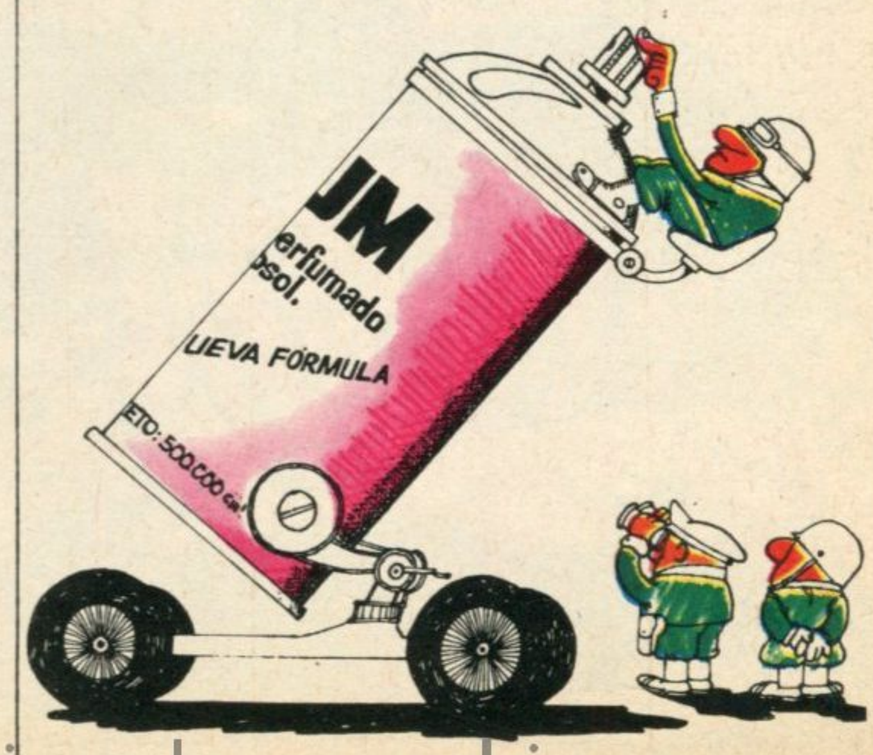
El aerosol sale para todos

por Bróccoli





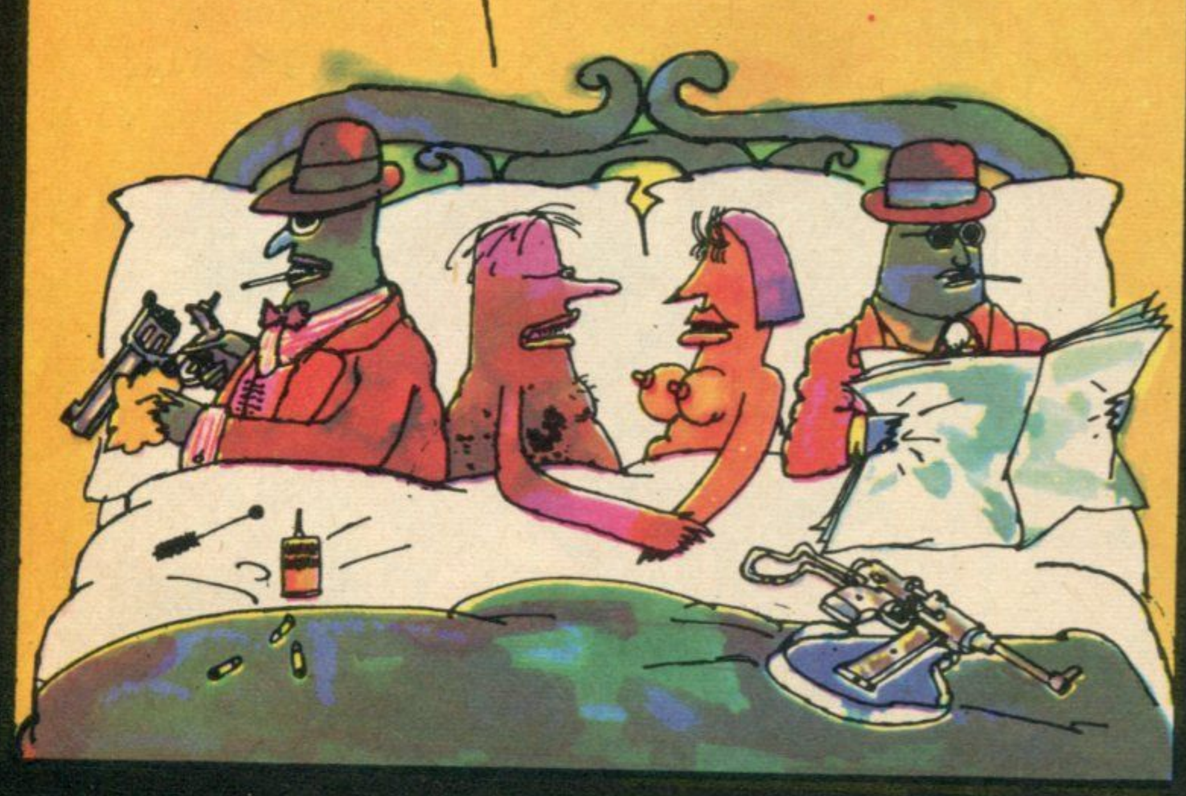


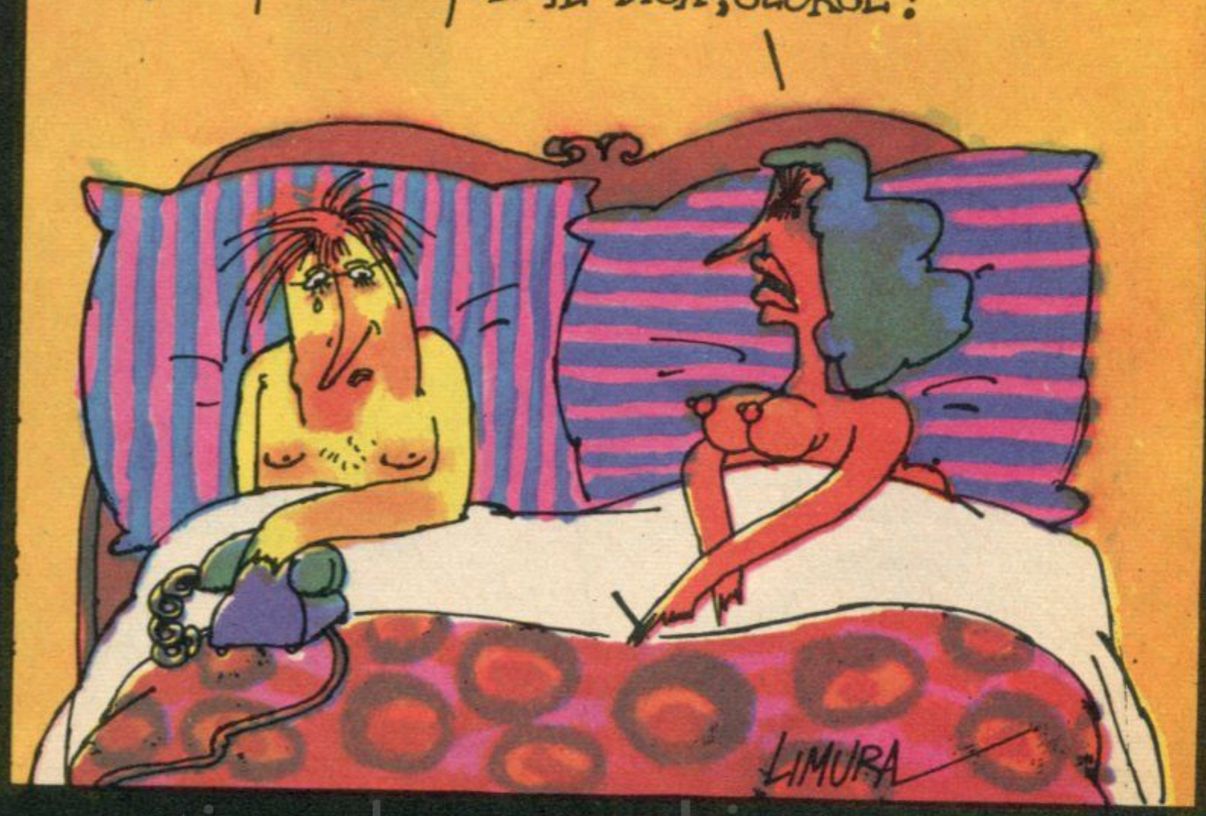


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las multinacionales en la cama.

By George Limura Co.





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MIRE SEÑORITA, ESO DE "REY DE LA BANANA" ES UN APODO QUE ME PUSIERON CUANDO ERA FUNCIONARIO DE LA "UNITED FRUIT"... PERO NO NOS ENGAÑEMOS...

EN SERIO, MISTER, APENAS LO VI ME DIJE: "ESTE ALGO TIENE QUE VER CON LA I.T.T."

...A MI NO ME IMPORTA NADA, INGENIERO, SE ME TOMA UN AVION -¡YA!- PARA VENEZUELA, SE ME VA HASTA EL POZO 10 DEL CAMPO "B", ME SACA EL DIAMANTE GRANDE DEL BARRENO NUEVO, Y SE ME VIENE DE RAJE A TEXAS. ¿DE ACUERDO?

REPITA CONMIGO, ENTONCES, BRIGITTE: "DE TODOS LOS DIRECTORES DE AREA, EL SR. GREARSON ES EL QUE MEJOR ESTA, EL MAS VITAL, EL MAS LUCIDO. UN TIGRE HACIENDO EL AMOR; PARA MI, ES EL INDICADO PARA LA PRESIDENCIA DE LA CORPORACION"

...MEDIOS DE COMUNICACION MASIVOS Y FABRICAS DE FIDEOS: ESE ES EL SECRETO ¿ENTENDES? UN RUMORCITO Y ENTRAN A SALIR MOÑITOS, DEDALITOS Y ENTREFINOS A ROLETE

LO SIENTO, LULU, PERO ES UNA ORDEN DE NUESTRA GERENCIA EN NEW YORK, QUE TODOS ESTOS SERVICIOS SE ABONEN EN "TICKETS" CANJEABLES EN NUESTRA CADENA DE "SUPERMARKETS"... BIEN, SON ENTONCES DOS LATAS DE SARDINAS... UNA BOTELLA DE ACEITE DE MANI... ¼ Kg DE QUESO SARDO... UN PAQUETE DE CELUSAL...

LIMURA 74.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CACA!

¿Y CON LETRA CURSIVA INGLESA NO HUBIERA QUEDADO MEJOR?...

BRÓCCOLI. 74

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La publicidad y su modo de ser

Por
José María Jaunarena
(El resultado de una tarea bien hecha)

Durante muchos años la publicidad fue sexo: ondulantes modelos de sugestiva voz exhortaban a desodorizarse las axilas, invertir el dinero a plazo fijo o probar un nuevo caldito concentrado. Desde la turbadora perspectiva de unos muslos bien torneados se sugería abrir una cuenta de ahorro en el Nuevo Banco Indonesio o probar el nuevo dentífrico con permanganato en las rayas rojas y X-69 en las azules. De pronto, el erotismo comenzó a batirse en retirada para dejar paso a los niñitos: una alegre ronda catonga de inocentes criaturas que ingieren hectolitros de gaseosas, aconsejan sobre autos, asesoran sobre inversiones, mayonesa, propiedad horizontal, desodorantes íntimos y, en algunos casos, hasta muestran una precoz inclinación por la usura, como ese parvulito que canta: "Si me mandan al banco voy contento a cobrar mi 24 por ciento".

La publicidad imitó a la naturaleza; después de tanto sexo vinieron, naturalmente, los niños, en un alegre **kindergarten** promocional. Sólo un artículo no pueden publicitar los chicos: los anticonceptivos, por la misma razón que un ahorcado no puede hacer un aviso de sogas. (Cierta vez, un creativo de la agencia de publicidad **Herodes** ideó el siguiente slogan para las pastillas anti-bebé: "Mami, mami... ¿Vos no tomás la pildorita, no?". La señora responde: "No, querido, ¿por?". "Por nada... por nada...". Fue acusado de plagio y despedido de la agencia por edípico)

El bello caso de los 74 metros

Casi tan insoluble como la promoción de los anticonceptivos resultó para los publicitarios la difusión de las excelencias del papel higiénico, un tema asaz resbaladizo, cuyas obvias connotaciones sanitarias lo excluyen de la vecindad de las mayonesas y las tortas instantáneas. En efecto ¿qué cualidades, aparte de la inexcusable suavidad y absorción, podrían exaltarse en esta mercadería tan peculiar, prescindiendo, claro, de la posibilidad de mostrarla en acción?

Entonces, surgió la idea salvadora: para deshacerse de desleales competidores, de los furtivos fabricantes de rollos de imprevisible longitud, cuya brevedad puede dejar el trasero higienizado a medias, se recomendó confiar esta delicada tarea sólo a aquellos que midieran 74 metros. Y no a otros. Lo cual otorga al usuario una seráfica y glútea paz, sin contar, claro, el novedoso deporte de verificar –en esos momentos de filosófica soledad– la longitud del rollo tan inteligentemente publicitada.

Ni hablar de los esfuerzos que exige la creación publicitaria: si se piensa que todo creativo debe conocer exhaustivamente las excelencias del producto que promocionará (hay que beber los vinos y usar los jabones), es dable imaginar la cantidad de metros que se habrán consumido en la silenciosa creatividad de las agencias; las innumerables y esforzadas deposiciones experimentales realizadas con el objeto de conocer al dedillo (es un decir) los placeres proporcionados por el suave rollo de 74 metros.

Grandeza y decadencia del sobaco

Tal ardua como la promoción del papel higiénico resultó para los publicitarios la tarea de exaltar las ventajas de los desodorantes axilares. Tras una primera etapa de publicidad directa y levemente puerca, consistente en mostrar a una señorita que levantaba el brazo y a un hombre que fruncía la nariz, los creativos aguzaron el ingenio. Entonces se exhibieron imágenes de damiselas sometidas a toda clase de trajines físicos, trotando por escaleras, remando como si estuvieran condenadas a galeras, jugando tenis, sin que sus vecinos diesen muestras de percibir el más mínimo atisbo de hedor axilar.

Se mostró a una chica desde la mañana (trabajando como maestra) hasta la noche (bailando como una descosida) con los sobacos fabulosamente secos gracias a ese toquecito que garantiza durante veinticuatro horas la trasmutación del olor a cebolla en un fragante campo de lavanda.

–Martín Mazzei, peinado aplastado...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hubo, eso así, algunas frases ambiguas. Como esa que, con una cierta connotación promíscua, advierte que "siempre hay lugar para uno más". Otras acarrean una tristeza casi existencial. Como la que expresa que un desodorante viene "con perfume de mujer bonita". Que es una manera de insinuar la terrena y desconsoladora conclusión de que las bellas y sofisticadas diosas sudan como cualquier lavandera. Lindo, en cambio, fue el recurso casi didáctico de mostrar la versatilidad de ciertos jabones, aptos para desodorizar no sólo la axila; unas flechitas móviles se internaban en recónditas intimidades anatómicas de la modelo, también suceptibles de herir la pituitaria de no mediar esas mágicas abluciones.

El apogeo de los enólogos

Difícilmente haya existido una profesión menos tentadora de ser publicitada que la de los ingenieros. Pero he aquí que cuando los creativos se hartaron de meter elefantes dentro de las heladeras (sin que, curiosamente, se rompiera ninguno de los 24 huevos que albergan y el congelador horizontal gigante siguiera lo más pancho) sólo les quedó la posibilidad de promover el producto a través de los ingenieros industriales. Entonces, en medio de la planta fabril un tipo le dice a otro (que tiene una cara de ingeniero que mata): "Te felicito, Ricardo". Y en otro aviso, el tal Ricardo, contestando a una pregunta de su hijo, identifica la tarea de fabricar heladeras con la formación de un seleccionado (Esperemos que dichos artefactos no se hayan armado con la misma técnica empleada por Vladislao Cap: de lo contrario, la heladera solo servirá para guardar pepinos).

De cualquier manera, la actividad de los ingenieros ("Mi viejo es ingeniero de la Universidad de Columbia") obtuvo un impensado prestigio popular. Con la misma técnica se favoreció una pléyade de expertos, enólogos, viñateros y demás artífices del alcoholismo. Cabe, tal vez, la nostalgia de pensar en la inmensa cantidad de curdas, borrachines, temulentos y dipsómanos qu habrán muerto –con el hígado deshe cho por la cirrosis– sin tener el con suelo de saber qué diablos es un enó logo. Ahora, en cambio, los curda están informados: "Mientras más sep usted de vinos, mejor", advierte u aviso. Pero cuando uno se manda a l bodega un tintillo no puede evitar l inquietante sensación de que, desd el fondo mismo del vaso, lo vigila un inmensa legión de expertos.

Es dable suponer también que d proseguir esta incitación al consum vitivinícola, los argentinos adquirire mos por fin ese modo de ser qu postula la publicidad. Un modo de se curda, claro.

Frases para promocionar personajes famosos

Para Julio Cortázar: Nacional, pero con gusto a importado.

Para la vaca Aurora: Aurora adelanta el futuro (Da leche con factura).

Para Lázaro Costa: Contagiate mi alegría.

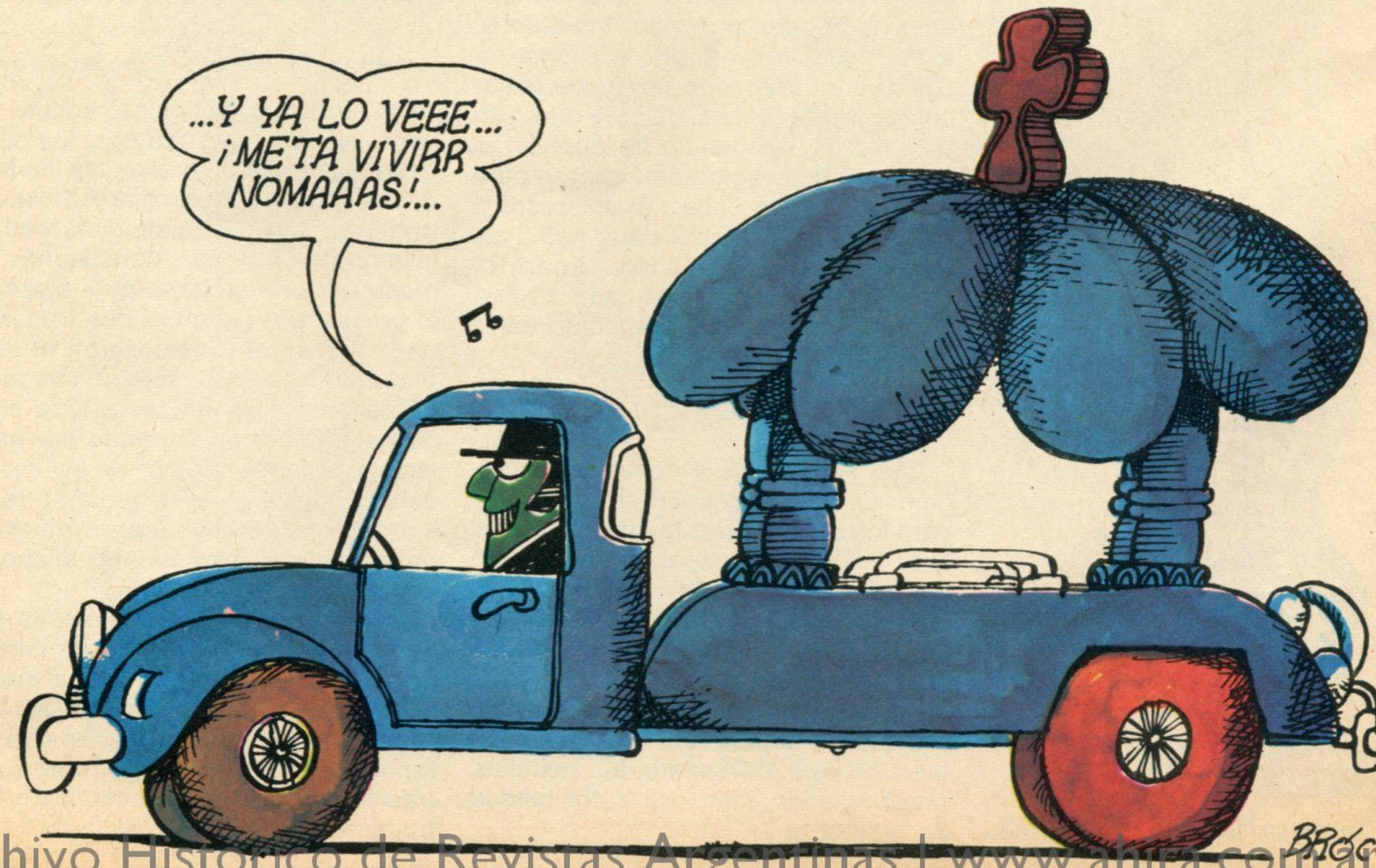
Para el doctor Scholl: Las señas, al pié.

Para Sigmund Freud: Para regalarle a papá pensando en mamá'.

Al clan Kennedy: Pasan cosas lindas en una familia...

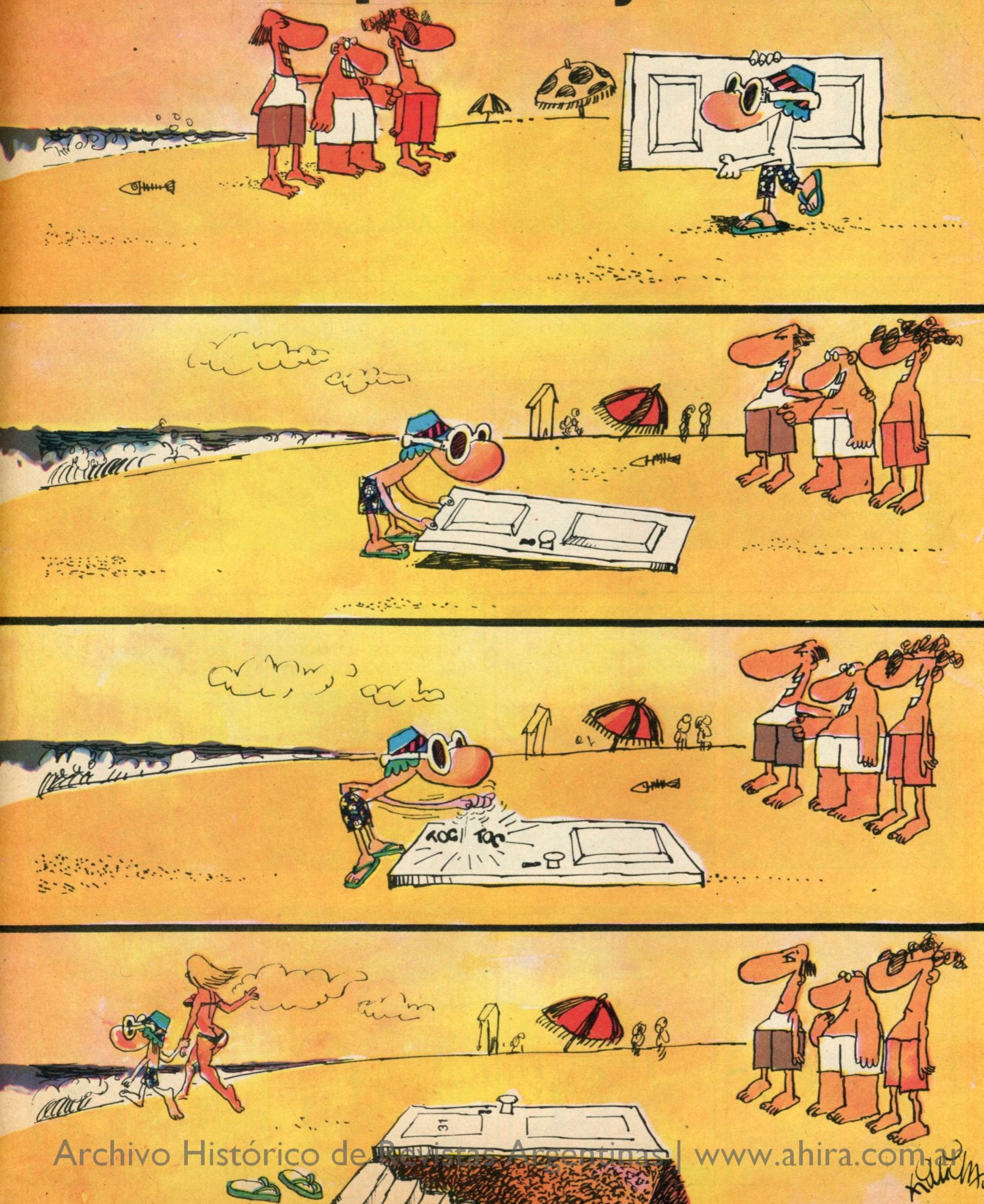
Para Mao Tse Tung: Su color ámbar pálido garantiza su vejez.

Para el filme La Patagonia Rebelde: Si es de Bayer, es bueno.



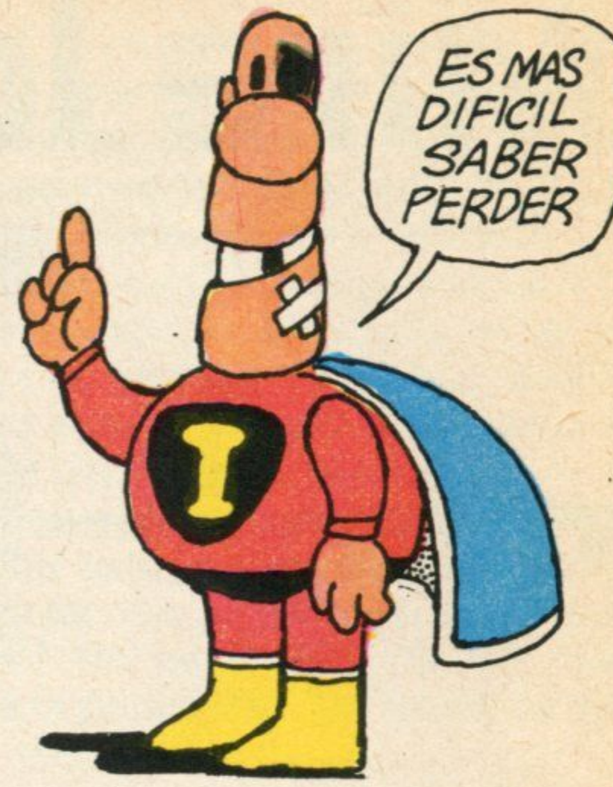
Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mire lo que trajo Killian

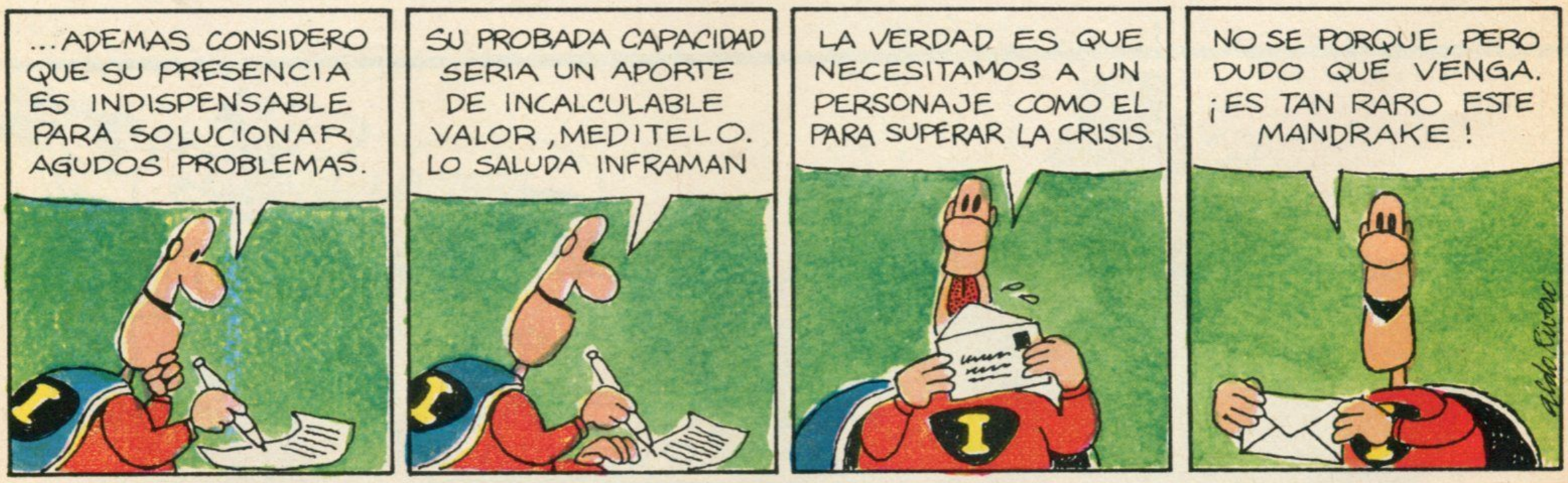


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INFRAMAN



por Aldo Rivero



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡OH! DOS SEMEJANTES PELEANDO...

¡ADMINISTRARE JUSTICIA!

¡PAF! AY

NO ES POR NADA, PERO QUISIERA HACER APORTES JUBILATORIOS A LA CAJA DE HEROES

Aldo Rivero

COMO SE VE QUE ESTE VIVE EN LA FICCION...

CUANDO NO LA GANA LA EMPATA

PENSAR QUE ERA MI IDOLO... Y YO QUERIA IMITARLO. MAS BIEN QUE NO

CADA VEZ ESTA MAS INIMITABLE...

SUPERMAN

Aldo Rivero

YO RESPETO A TODAS LAS RELIGIONES

PERO EXIJO IGUAL RESPETO POR MI PERSONA

SI NECESITO ALGO YO NO REZO, CHUPO LAS MEDIAS

¿O ES QUE NO HAY LIBERTAD DE CULTO?

Aldo Rivero

YO TENGO FE QUE VAMOS A GANAR...

SI NO ME EQUIVOCO ESA CANCION ES DE DISCEPOLO

SI CREO QUE ES DE DISCEPOLO

Y PENSAR QUE ALGUNOS DICEN QUE ERA UN AMARGADO

Aldo Rivero

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Muñeca Mala

Tango-canción cadente y sensual
Letra:
Gelly Walker y Lorenzo Amengual

Recitado:

Estrilando en la catrera, regresivo
ante el cuerpo desinflado de griseta
sin terapia, calzoncillo y camiseta
aquel taita cuchillero así cantó:

Canto:

Te cruzaste en mi vida de bohemia
muñequita silenciosa y extranjera
ahí estaba tu figura en la vidriera
y entreviendo tu cuerpito me perdí.

Al rozar tu piel brillante y fría
con la marca de tu sino en el orillo
el lengue, el bufoso y el anillo
pa' comprarme tus vicios yo empeñé

Y dejé sin vento, ni pal' morfe
a mis hijos, a mi jermu, pobrecita
a mi tía, a mi prima la enfermita
si por vos, a mi vieja yo curré

Desde el fondo del ropero, desolada
arropada en tu tapado petigrí
mi guitarra, sin cuerdas, arrumbada
como con pena, también me habla de tí.

Hoy maldigo ser taita y cuchillero
macerado en vinos y en ginebra
y maldigo esa noche turbia y negra
que borracho, descuidado, te pinché

No sabía muñequita delicada
ni creo haber leído en el prospecto
que un rasguño tuviera tanto efecto
pa' acabar con tu vida de mujer.

Y hoy que sos sólo plástico arrugado
papirusa pretenciosa de nilón
yo daría mi vida por un parche
todavía me dura el metejón.

Chan chan...

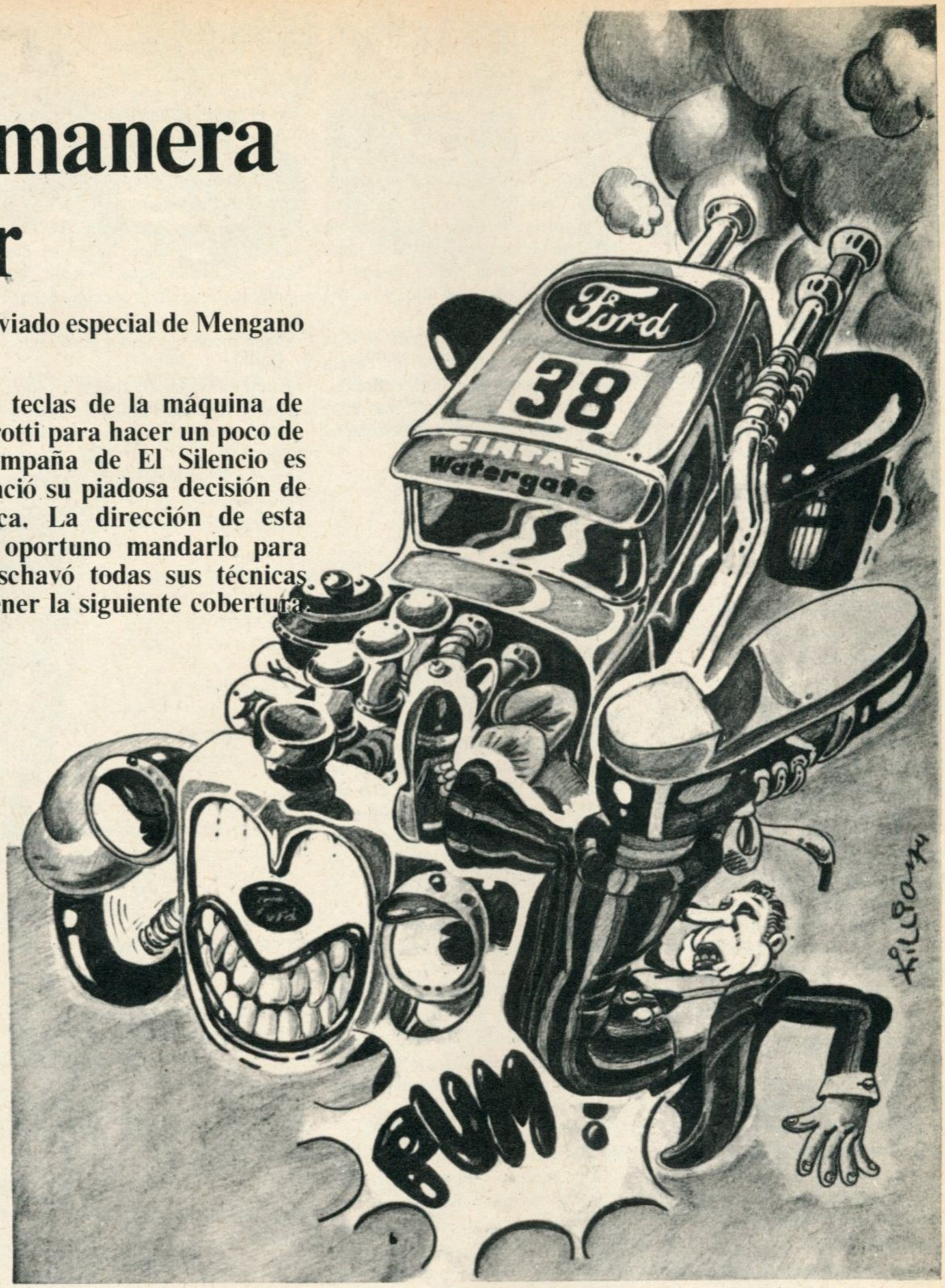
AMENGUAL 74

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ford, la gran manera de llegar

Escribe Max Ferrarotti, enviado especial de Mengano a los Estados Unidos.

Todavía estaban tibias las teclas de la máquina de escribir que pulsara Ferrarotti para hacer un poco de ruido alrededor de la campaña de El Silencio es Salud, cuando Nixon anunció su piadosa decisión de abandonar la Casa Blanca. La dirección de esta revista creyó sumamente oportuno mandarlo para allá, donde Ferrarotti deschavó todas sus técnicas tercermundistas para obtener la siguiente cobertura. Y bue...



Nixon en el excusado.

Washington DC.– Cuando bajé del avión, a toda carrera, el embajador Alejandro Orfila me estaba esperando en el aeropuerto.

–Apúrese –me dijo– *Dicky* está por abandonar la Casa Blanca.

Mostré la vacuna y el pasaporte, retiré mi valija y corrí hasta el Torino de la embajada argentina. Orfila me dejó en la esquina de la Casa Blanca.

–No quiero comprometerme en esto– se disculpó.

Por lo menos me alivió la valija. Caminé por la calle que da a los fondos, trepé la pared y caí en el gallinero de Pat Nixon. Anduve unos metros por el patio y por fin salté al interior de la casa por una ventana abierta. Adentro, los salones hervían de asesores y guardaespaldas.

Desde que Nixon anunció su renuncia la Casa Blanca estaba atestada. Los obreros amontonaban los bártulos de la familia en cajones y los cerraban a martillazos antes de despacharlos a la finca de San Clemente, en California. Pregunté por el ex presidente,

–Está llorando en el excusado –me dijo un asesor. Golpeé la puerta y entré. Richard estaba sentado en el water. Los lagrimones le caían como cataratas. Me miró.

–Tráigame café –balbuceó.

–Usted ya no manda aquí –le contesté–; si quiere café hágaselo.

Lloró un poco más fuerte. Yo me senté en el bidet.

–No es para tanto –dije, no muy convencido–; por lo menos ya no hay peligro de que sufra un infarto.

La pesadilla terminó.

–¿De dónde es usted? musito pasándose la lengua por las lágrimas.

–De Buenos Aires, Argentina –y mostré la credencial de *Mengano*.

–Ustedes firmaron el tratado de extradición?– preguntó.

–Claro –repliqué–, no somos ningunos salvajes. Delincuente que cae por allá, lo mandamos de vuelta.

–Mierda –gimió– ¿Dónde iré?

Pensé un rato, fui hasta el espejo y me apreté un par de barritos. Ya que estaba me limpié los dientes con el cepillo eléctrico. Por fin, tuve una idea.

–Secuestre un avión y pida asilo en Cuba –dije.

Por un momento, Nixon lo pensó. Luego puso cara de deprimido.

–Fui demasiado duro con Fidel –contestó.

–Es cierto –admití–. Bueno, le queda la oportunidad de ganarse la vida con el póquer. Se dice que en la Marina era un as.

–Hasta que me descubrieron el juego –contestó–. No; ahora sólo me queda la posibilidad de administrar alguna empresa en América latina.

–¿Usted pensaba que esto iba a terminar así? –pregunté con tono de corresponsal.

–Claro que no, –contestó–. Lo de las cintas magnetofónicas fue idea de Frank Sinatra: él me impulsó a cantar hula-hula. No soy bueno para eso... si las entregaba al Congreso sería el hazmerreir de todo el mundo.

–Cómo –me sorprendí–, ¿no está grabadas allí las instrucciones para el espionaje de Watergate?

–No. –dijo Nixon–. Ese fue un invento del Washington Post para vender más diarios.

....Aunque también había una cinta pornográfica... Con Pat nos gustaba escucharla antes de... usted me entiende. No es fácil excitarse después de una jornada dando órdenes de invasión a Camboya... bombardeos en Vietnam... envío de armas a Israel... OK para Pinochet...

–Comprendo –dije.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Lo ayudé a ponerse de pie y le enjuagué la cara en el lavatorio. Lo peiné, le arreglé la corbata y cuando estuvo presentable lo llevé al salón donde esperaba Kissinger. Me acerqué al Secretario de Estado.

–¿Usted lo convenció para que renunciara? –pregunté.–Claro –me dijo–.

Kissinger se sirvió un vaso de whisky. Parecía orgulloso.

–A Richard se le fue la mano –sacudió la cabeza–. El mes pasado me pidió prestados quinientos dólares y una corbata de seda inglesa. Nunca me los devolvió. Anoche hablamos de eso. ''Tenés que irte'', le dije, o se lo contaré a Ted Smith.

–¿Quién es Smith? –pregunté.

–El innombrable. El hermano del presidente asesinado. Es uno de los mufas más temidos del país. Nixon había prohibido que se lo nombre aquí, de modo que lo llamamos Smith. Usted sabe a quién me refiero.

–Sí –dije y metí la mano en un bolsillo del pantalón–, no me diga más, quiero seguir vivo.

–Hace bien. Creo que ahora estamos a salvo. Gerald Ford es un buen muchacho. Nunca faltó a la iglesia; no le gustan los negros y paga sus impuestos. Es cierto que no lo eligió el público, pero viene apoyado por el lema de la marca: ''Ford, la gran manera de llegar''.

Me serví un martini y caminé hasta un extremo del salón. Un hombre duro, cara aceitosa, de casi dos metros de alto, dormitaba sobre un diván, con una ametralladora aferrada entre sus manos. Cuando pasé junto a él, despertó bruscamente, se puso de pie y gritó.

–¡Negros sucios! ¡Chicanos de mierda!

Di un salto y me protegí tras William Colby, director de la CIA, que estaba manipulando un grabador.

–¿Quién es? –pregunté, alarmado.

–Boogie, un tipo peligroso. Ford lo contrató para asegurar que Nixon no haga trampas y se vaya hoy mismo para California.

Volví junto a Nixon. Estaba un poco más vivaz.

–Hágame de campana –me susurró al oído–, voy a achacarme esos cubiertos de plata. Los tenedores para usted, las cucharas y los cuchillos para mí.

Llenó los enormes bolsillos de su saco. Luego me guiñó un ojo y rápido como un rayo despojó de su reloj de oro a Hugh Scott, el líder de los republicanos en el Senado. Hugh sólo sintió una picazón en la muñeca; se rascó y siguió mascando chicle.

Al anochecer la gente empezó a abandonar la Casa Blanca. Saludaban a Nixon y trataban de poner caras compungidas, pero estaban contentos los tipos. El ex presidente se había puesto un piyama rojo y blanco y una gorra azul con estrellas. En el ambiente sonaba la música de ''Es un buen amigo'', que su esposa Pat había puesto en un pequeño tocadiscos. Después me enteré que el combinado estereofónico de la Casa Blanca había sido vendido por la familia en un momento de apuro económico. Al pasar junto a Nixon le deseé buena suerte.

–Gracias, amigo –me dijo, y me dio un abrazo.

Cuando tomé un taxi para ir a la embajada argentina, me di cuenta que me faltaba la billetera. Sonreí. ''Este es un gran país'', me dije. ''Los malos siempre son derrotados por los buenos''.

Los huevos duros de Ford.

Washington DC – El flamante presidente norteamericano Gerald Ford. primero en la historia que no ha sido elegido por votación, vive en una modesta casita pintada de blanco, en las afueras de la ciudad. A las cuatro de la mañana me senté en la vereda a esperar que le llegara el periódico. Cuando un chico tiró el *Washington Post* en el jardín, a las seis de la mañana, lo levanté y toqué el timbre. El propio Ford salió en camiseta a buscarlo. Levantó la botella de leche y me recibió el diario.

–Soy un periodista argentino –le dije–, ¿me deja entrar?

–Si, hijo –contestó–, pero apúrese porque tengo que ir a la Iglesia a las siete.

Entré. La familia dormía. Me senté en una silla de la cocina mientras Ford preparaba jamón con huevos y jugo de tomate.

–¿Cómo anda Boumedienne? –preguntó, alegre.

–No sé, –le aclaré– soy argentino. no argelino.

–Ah... perdone –ahora me miró–. Tenemos los ojos puestos allí, Velazco Alvarado se ha puesto pesado.

–Eso es en el Perú –rectifiqué.–Caramba –se inquietó Ford–, ¿de dónde cuernos me dijo que era?

–De la Argentina, de Buenos Aires.

–Bueno, de por ahí –dijo Ford.– ¿Qué quiere saber?

–¿Piensa enterrar el caso Watergate?

–Claro, Nixon es mi amigo. El me nombró vicepresidente, ¿no?

–¿Designará vice a Goldwater o a Rockefeller?

–¡Qué sé yo! Necesito un intelectual. Alguien que sepa dónde está su país por ejemplo.

–¿Usted es un hombre de la ITT?

–Yo no lo diría... Nos hemos cambiado favores, eso es todo... para un norteamericano no hay nada mejor que otro...

–¿Qué opina de los negros y la integración racial?

–¿Los negros? ¿Qué negros? Me llevo bien con el Baby Duvalier...

–¿Usted es hijo natural?

–Natural. Mi madre tuvo un desliz con el entonces presidente Woodrow Wilson y luego se casó con Gerald Ford, quien me dio su nombre... Estoy bautizado... –murmuró mientras se persignaba–.

Comimos abundantemente. El Presidente leyó el diario y no me dio bola por media hora. Por fin, levantó sus ojos de la sección deportes.

–Jugué mucho al fútbol americano, ¿sabe?

–Estoy enterado. El finado Lyndon Johnson dijo que lo hizo sin casco y recibió demasiados golpes en la cabeza...

–Es cierto, pero siempre confié en Dios.

–¿Qué hará con Vietnam?

–¡No sea grosero! Estamos tomando el desayuno.

–Perdone. ¿Seguirá ayudando a Israel?

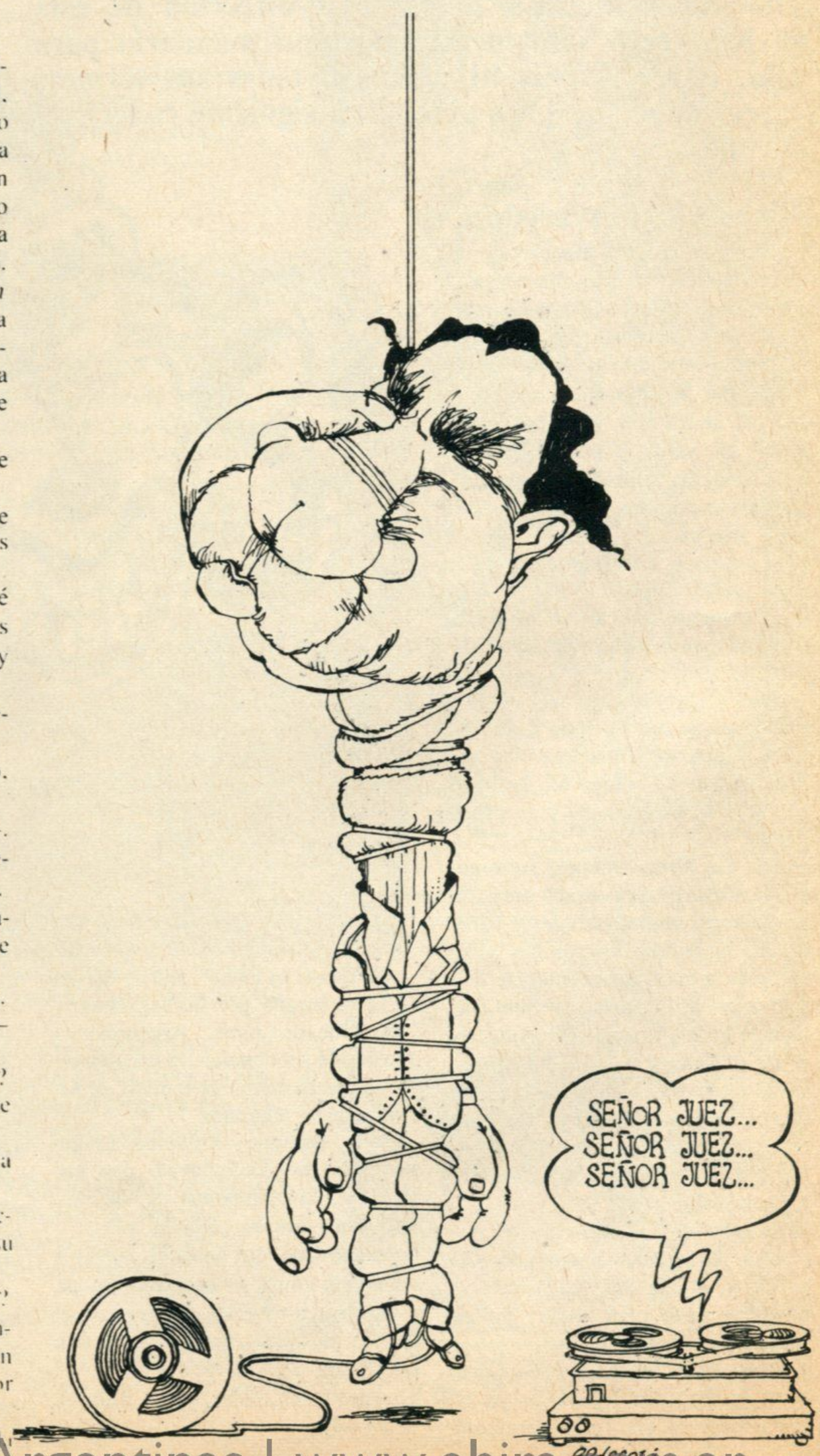
–Por supuesto. No quiero echarme a Dios encima –se puso de pie–. Bueno hijo, tengo que salir para la Iglesia. Alguna vez visitaré su país. ¿Quieren a los norteamericanos por allá?

–¡Claro! –dije antes de irme– No podríamos vivir sin ustedes.

–Bueno –suspiró–, no todo está perdido en el mundo occidental. Rezaré por su país. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

–Argentina.

–Eso. Pobrecitos... le diré a Kissinger que les dé una mano. No permitiré que vivan alejados de la mano de Dios.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BASURA

Recolector de turno: Carlos Marcucci.

Ojalá todas las mujeres fueran unas yeguas.
(Un caballo)

El inventor del supositorio tuvo que vivir en la clandestinidad toda su vida.

A los avicultores las incubadoras descompuestas les rompen los huevos.

Si no existiera el chisme, Valentina y Lucho Avilés trabajarían en una peluquería.

Mis momentos más felices fueron cuando hice la colimba.
(Coccinelle)

El rincón de Edmundo Rivero.

Edmundo Rivero toca las castañuelas con tapas de inodoro.

Edmundo Rivero caza moscas con el entrecejo.

Cuando Edmundo Rivero se casó, le hizo los anillos un bicicletero.

Si te he visto no me acuerdo.
(La mujer del Hombre Invisible)

¿Dónde va Clark Kent tan apurado?

Los caballeros no las prefieren rubias, las prefieren fáciles.

La mayoría silenciosa hace el mismo ruido que la minoría silenciosa.

La palabra "violencia" es un barbarismo.

A los argentinos no les dimos mucha pelota en el mundial.
(Johann Cruyff)

Dijo Lucas Demare: Yo no me llamo mil pesos.

Que Lázaro Costa tiene un buen servicio es de cajón.

–Me puede traer un pedazo de pan negro?
–Cómo no, negra.

James Bond tira las cenizas de sus cigarrillos en el cenicero cero siete.

Al mundo le faltan varios tornillos y Juliovich se los quiere poner.

En Chile está absolutamente prohibido conjugar el Futuro Perfecto.

–Las Islas Malvinas son argentinas. Alguien lo duda?
–Yes.

Los epilépticos están totalmente identificados con el movimiento.

De todas las operaciones, la que menos duele es la autopsia.

Se fue para arriba como eructo de buzo.

Johann Strauss estaba medio tocame un vals.

Es increíble, pero los taxistas concertaron un convenio colectivo.

¿Quién hizo el estatuto del peón? ¿Najdorf?

La enema es una especie de mate, pero al revés.

Lo que más le revienta a María de los Angeles Medrano es que la corten en Rivadavia.

Lo malo de Larrea es que pasa los tangos rapidísimo.

El problema de Umberto Eco es que se reitera, era, era, era...

Después de profundos estudios se ha podido comprobar que la Madre María era soltera.

Ja Ja Jaunarena.

Quien mal anda, tiene callos (Dr. Scholl).

No hay peor sordo que el que no tiene audífono.

A la vicuña nadie le pisa el poncho.

No hay animal más apegado al hombre que la sanguijuela.

Hay que ponerle seso al sexo (Sigmund Freud).

En vez de Sacco y Vanzetti ahora viene Donizetti.

A las mujeres es lindo descubrirles el busto mientras están vivas.

Los onanistas son todos agitadores.

Hay mujeres que merecerían figurar en un anario.

A Rosa y Margarita la desfloración las tiene sin cuidado.

Cuando la relación de una pareja corre peligro de deterioro, hay que ponerle coito.

Para enseñar senos no hace falta saber Trigonometría.

Luis XV tenía un estilo bárbaro para los muebles.

Quien siembra ventosidades recoge quejas.

Los carniceros que tienen problemas de riñón son los que serruchan de parado.

La mujer del carnicero le mueve la cola al marido.

Yo vivo porque el aire es barato.

Una buena manera de evitar las caídas es usar corpiño.

En Siberia no se puede jugar al billar porque a los jugadores se les enfrían las bolas.

A veces siento impulsos de sacar la viola y ponerme a violar.

El onanista es capaz de decirle un piropo a una mano.

El bidet es la piscina de la lombriz solitaria.

Los hábitos no se hacen a medida. Se compran de confesión.

En las comisarías tienen estufas a gas lacrimógeno.

A Villa Cariño se puede llegar en primera, segunda o tercera; jamás en marcha atrás.

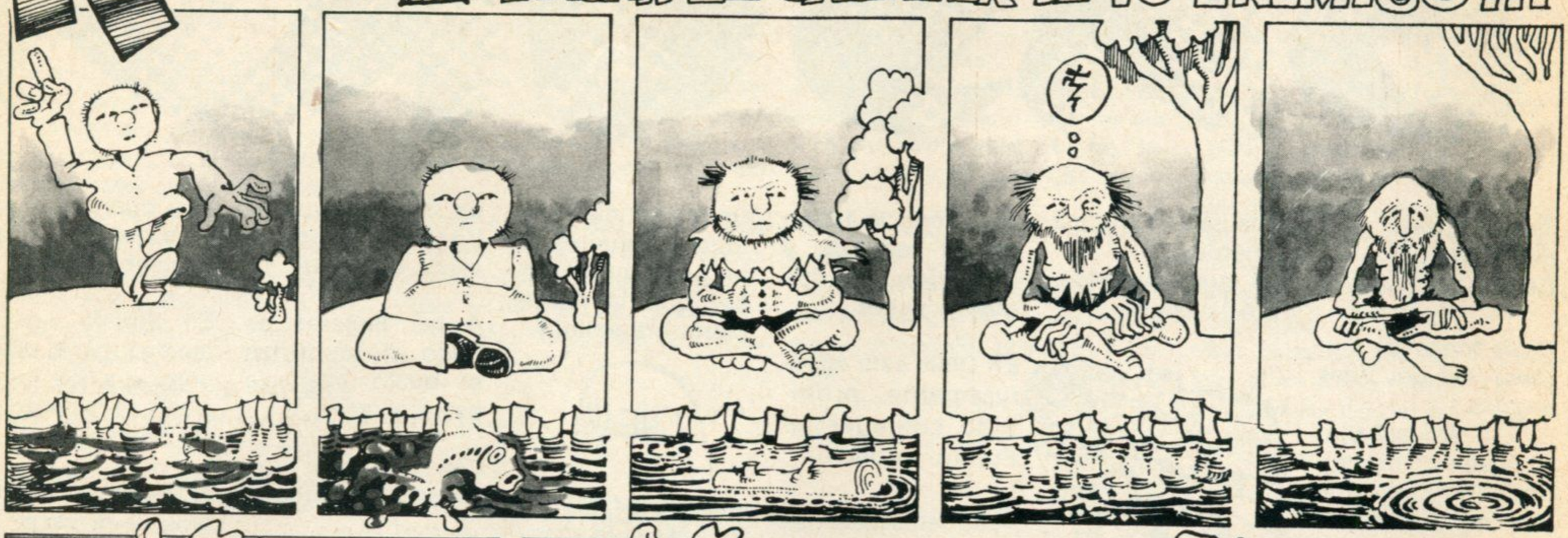
Comi y Pini están locos de remate.

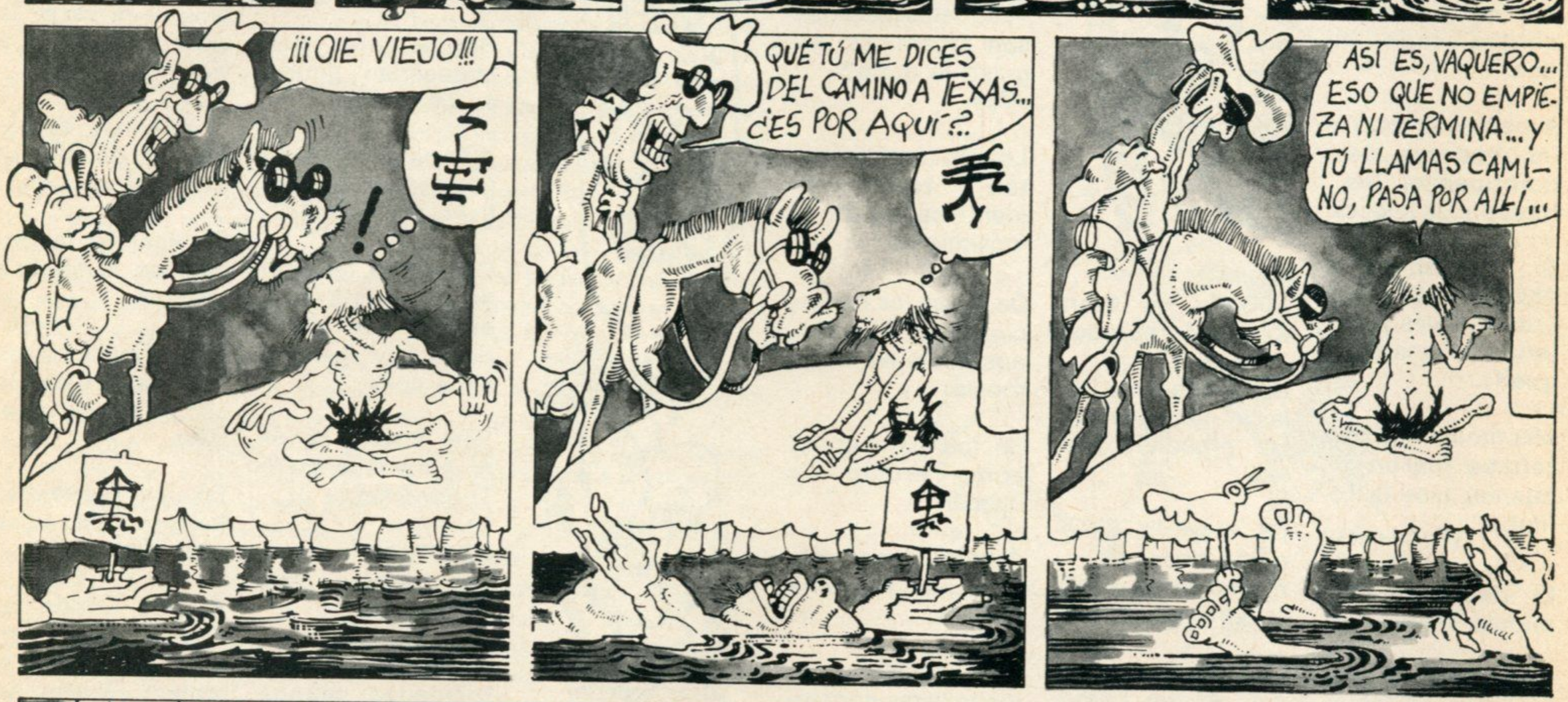
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

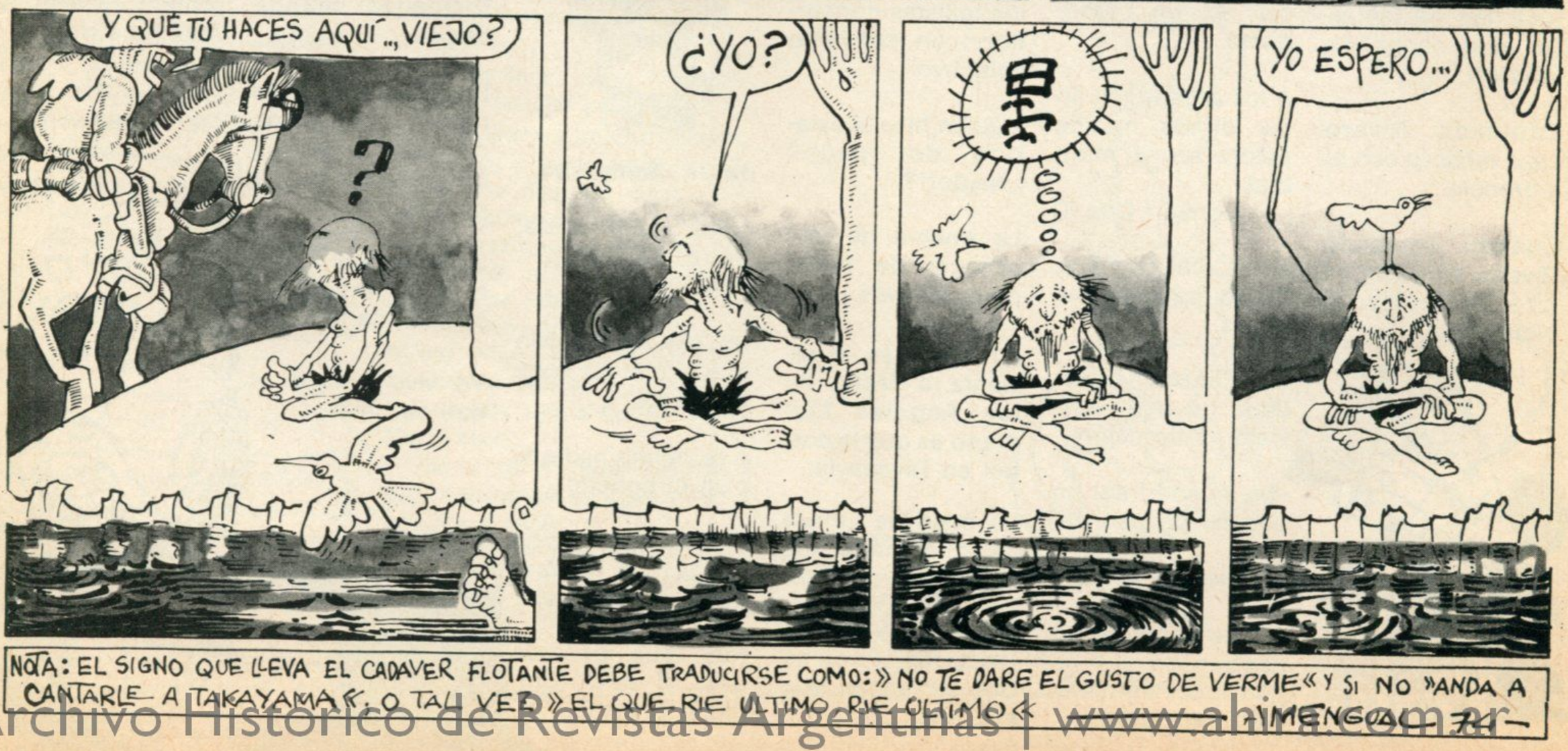
SOBRE UNA IDEA DE PIER CARPI – DIBUJO DE AMENGUAL

KUNG FU

CAPITULO DE HOY: SIENTATE A LA ORILLA DEL RIO, ESPERA, Y TARDE O TEMPRANO VERAS PASAR EL CADAVER DE TU ENEMIGO...







NOTA: EL SIGNO QUE LLEVA EL CADAVER FLOTANTE DEBE TRADUCIRSE COMO: »NO TE DARE EL GUSTO DE VERME« Y SI NO »ANDA A CANTARLE A TAKAYAMA«. O TAL VEZ »EL QUE RIE ULTIMO RIE ULTIMO« – AMENGUAL 74 –

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

menganoshow

Vuelve Hollywood

1) El verdadero origen de El gran Gatsby me importa un pito.

En su libro París era una fiesta, Ernest Hemingway narra un curioso episodio: Francis Scott Fitzgerald, autor de El gran Gatsby, le corta la inspiración mientras escribe uno de sus célebres cuentos, para decirle pavadas tales como "tengo el pito corto". Este complejo sería la verdadera causa de que Scott Fitzgerald escribiera una obra tan enorme como El gran Gatsby.
Cincuenta años más tarde, el memorioso periodista argentino Osvaldo Soriano revela en exclusividad mundial cómo sucedieron realmente los hechos.

Hacia 1924, Francis Scott Fitzgerald le mostró el pito a Hemingway.

Fue en un bar de París, mientras Ernest ensuciaba carillas con tinta negra tratando de resolver el final de un cuento. Por la ventana entraba la luz de un sol tenue y el mozo sabía que mientras Hemingway escribía no había que joder. El autor de **Fiesta** estaba enfrascado, con el pelo caído sobre la cara; frente a él, una taza vacía de café con leche y un plato con algunas migas. Sigilosamente Scott Fitzgerald apareció por detrás –el rostro demudado–, y se plantó delante de Hemingway.

–Tengo el pito corto –le dijo.

Ernest levantó la vista, molesto por la interrupción. El cuento tardaba en resolverse y la llegada de su amigo no lo ayudaría.

–¿Qué? –preguntó.

–Que tengo el pito corto.

–¿Muy corto? –se interesó Hemingway.

Fitzgerald hizo una mueca de disgusto, chasqueó la lengua, y dijo con voz débil:

–Me parece que sí.

Ernest dejó la pluma, dio vuelta sus papeles para que Francis no le robara la idea, lo junó con el rabillo del ojo y sonrió.

–No hay una medida justa, viejo. Cada cual tiene lo que Dios le da.

–A mí me dio mal.

–¿Cuánto? –Se interesó Hemingway.

–No sé; me deprime mirarlo.

–Entonces cómo sabés...

–Me lo dijo Zelda. Anoche.

Hemingway lo miró a la cara y no pudo impedir que sus ojos cayeran hasta el pantalón de su amigo. Se estremeció.

–Hace dos años que vivís con Zelda. ¿Recién se acordó anoche?

–Fue brutal –replicó Francis.

–¿Antes o después?

–Después.

–Una joda –concluyó Hemingway.

–No. No es joda. Me lo dijo en serio. Se vistió enseguida.

Ernest se puso la lapicera en la boca, frunció la trompa, y exigió secamente:

–Mostrame.

No había demasiada gente en el bar. Un par de viejos tomaban el té cerca de la otra ventana. Una muchacha sola perdía la mirada en la máquina de café, dos choferes de taxi discutían en voz alta. El mozo, apoyado en el mostrador, aprovechaba la tregua para prender un cigarrillo. Entonces Fitzgerald sacó.

Hemingway lo miró lentamente. Lo hizo cambiar de ángulo y movió la cabeza.

–Es el frío –dijo.

–No, no –se desesperó Francis–; anoche estaba la estufa prendida.

Se abrochó la bragueta y se dejó caer sobre la silla. Hemingway parecía incómodo.

–¿Qué hiciste después?

–Después?

–Cuando Zelda se vistió.

–Me puse a escribir. ¿Qué iba a hacer?

–¿Va bien?

–Bien. Creo que muy bien. Será una buena novela.

–¿Ya tiene título?

–Sí: **El gran Gatsby.**

–¿Cuánto hace que no comés?

–Nada. Comí ayer. ¡Entendéme, Ernest! ¡No puedo vivir así!

–¿Así cómo?

–Con el pito corto. No toda la vida.

–No es corto, hermano. Es normal.

–Mostrame el tuyo, –desafió.

El cazador de elefantes lo miró dudoso. Se llevó la mano a la bragueta y buscó. Francis seguía sus movimientos con inquietud.

–¡Vamos, vamos! –alentó.

Hemingway echó la silla hacia atrás y levantó el rostro severo, como listo a tomar una decisión. Desabrochó lentamente los botones de su pantalón hasta el último. Buscó con los dedos y sacó con suavidad.

Fitzgerald observó atentamente, absorto por la escena.

–¡Es más grande! ¡Es enorme! –gritó.

–No –contestó Hemingway–, del árbol caído no hay que hacer leña.

Sacó un cigarrillo y lo acercó a su extremidad. Luego lo corrió: Un cigarrillo y medio.

–Sin hacer trampa –dijo Francis en voz baja.

–Acercate –invitó Heningway.

La muchacha que estaba sola se puso de pie, los miró y salió a la calle.

–Nos desprecia –suspiró Scott Fitzgerald.

Hemingway estaba demasiado ocupado midiendo a su amigo y no lo escuchó. Cuidadosamente apoyó el cigarrillo una y otra vez. Por fin concluyó:

–Uno y un tercio. Pero se estira.

Su amigo se dejó caer sobre la silla, abatido.

–Claro que se estira –suspiró–; pero medirlo después será una guasada.

Pidió dos cafés mientras se abrochaba la bragueta. Se quedaron largamente en silencio. El mozo dejó los pocillos y volvió al mostrador. Entonces Francis dijo.

–Esta es la causa.

–¿La causa de qué? –preguntó Hemingway.

–De la novela. Gatsby lucha y llega tan alto simplemente por esto. Su pito es chico.

–No jodás –contestó Hemingway–, esos son bolazos del austríaco. Lo cagaron a tomatazos por decir eso.

–No sé. Mientras escribía no dejé de pensarlo. Zelda no hizo más que decir la verdad. –hizo una pausa–. Soy un defectuoso.

–Algún día escribiré sobre tus manías –dijo Ernest–, algún día diré que París era una fiesta.

Pagó y salieron al boulevard. El sol se escapaba detrás de los edificios.

Caminaron sin hablar. Cerca de la esquina varios carteles mostraban la cabeza engominada de un hombre sonriente.

Francis se detuvo. Leyó: "El morocho del abasto". "Esta noche, presentación en el Pigalle".

–¡Qué pinta tiene ese tipo! –dijo Scott Fitzgerald–; éste no debe tener problemas.

Hemingway lo miró un rato.

–¿Qué será "el abasto"? –dijo en voz baja, como para sí mismo.

–No sé –contestó Francis– ¿Y si vamos a verlo?

–Vamos –dijo Hemingway con desgano–. Por ahí canta bien.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

2) Capítulo dedicado a explicar brevemente eso de que el cine yanqui no se muere nunca.

El Hollywood Boulevard es hoy una avenida ancha, fría, impersonal. Ya no tiene el brillo de las fastuosas décadas de los años 20 y 30, que hoy evocan nostálgicamente sus films. Ya no se ven las largas colas de aspirantes a estrellas que eran comunes en la época dorada. El distrito de Hollywood – en realidad un barrio de Los Angeles – parece un chato cementerio de ilusiones. Sin embargo, en sus estudios se está revitalizando un cine que alguna vez creció desde los rollos de tres minutos hasta las superproducciones de Cecil B. De Mille. De sus entrañas, de sus podridas tripas, han salido el último año algunos de los films que más hicieron por las taquillas de los cines de todo el mundo.

El Hollywood de hoy apela, como demuestran las últimas películas de éxito, a la remanida industria de la nostalgia.

The great Gatsby recuerda los bulliciosos y locos años veinte, cuando Henry Ford ya había inundado de autos al país, la ley seca era burlada merced a los patrióticos esfuerzos de los muchachos de Al Capone, Francis Scott Fitzgerald se convertía en millonario gracias a un par de novelas, Henry Miller ladraba por las calles de Nueva York bajándole la caña a cuanta mina encontraba por el camino, la justicia norteamericana ejecutaba a Sacco y Vanzetti, y los empresarios cruzaban a La Habana en aviones propios para tentar suerte y gustar de negras limpias. Nada de eso está en **El gran Gatsby,** pero evocar esos años es hermoso, no?

Después de todo, los grandes éxitos de Hollywood siempre miraron hacia atrás: **Lo que el viento se llevó** evoca la guerra de secesión, las grandes películas de la divina Greta se remontan a convulsionados reinos europeos y los westerns recuerdan la colonización del oeste.

Así que no es de ahora eso de lagrimear por los tiempos idos. Se dirá que la nostalgia se remite hoy al "pasado inmediato", al tiempo que han vivido los maduros y los viejos, nada más. Es cierto, pero hay que convenir que **El golpe,** con la pinta de Paul Newman más la de Robert Redford, habría tenido el mismo éxito si se ubicara en este tiempo. Si no, recordemos **Bullit** o **The Cincinnati Kid.**

En verdad, la "vuelta de Hollywood" debe observarse más a través de un **estilo.** Ese de la narración lineal y eficaz, el gusto por la aventura y el romance, que está presente también en casi toda la gran literatura norteamericana. En este cine importan más los prototipos que los actores. De otra manera hubiera sido imposible concebir a un Víctor Mature o un Robert Taylor. Interesan más las acciones que la sicología de los personajes, y eso no es porque todos los norteamericanos sean iguales o sientan de la misma forma.

Una película sin luminarias, como **El asalto genial,** pero plena de acción, suspenso y trampas, sólo se concibe así de limpia en el cine de Hollywood. **El gran Gatsby** – quizá para muchos un plomo – tiene dos garantías de sustentación: Robert Redford y el lujo con que sueña cualquier señora gorda (o no tanto) de Estados Unidos o la Argentina. Lo demás, oficio.

No es del caso ponerse a analizar una cosa tan frágil como la ideología hollywoodense, que nunca se alejó del sistema. A tal punto que alguien se apresuró en mandar a más de trescientos trabajadores del celuloide a una lista negra cuando Joe Mac Carthy metió las narices en Los Angeles. Pero hay que rescatar una cierta rebeldía en los jóvenes, y ese entusiasmo por narrar algo de la mucha podredumbre que hay en USA.

Hollywood vuelve en momentos en que Europa retrocede. Bergman empieza a parecer tedioso y no tan "profundo" a muchos; Antonioni y Fellini se hacen cargosos. Justamente un francés de la hoy no tan nueva ola, Francois Truffaut, ha rendido hace poco su gran homenaje a Hollywood con **La noche americana.**

Tal vez una crisis de conciencia se abate sobre el cine de Europa occidental (fijarse en Godard); desde esa brecha resurge Hollywood, que nunca tuvo culpas por lo que hacía. Y si bien parece que **Gatsby** no tuvo éxito en Estados Unidos, al menos impuso una moda. Y seguramente Hollywood va prendido en esto. Porque, como sus héroes, nunca pierde, aunque de vez en cuando diga que se muere para tomarse un respiro y volver con todo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3) Donde el marido de la Coca reflexiona acerca del Gasbi ese.

Vo sabé que la Coca quiso ir al trocén a ver la cinta esa de onda pa juná la pilcha y la joya, decía. Yo me avivé que también quería vé al oxidao ése, uno que laburó anten **El golpe.** Cómo se yama el punto? Relfor, propiamente. Bueno, me tiré tre luca en el Metro y me comí el plomo más largo de mai laife, como dice el Linguafone.

No agarré nada, Negro, pero qué lujo e locos! Uy Dió, cuánta guita! Yo sabía que hay gorila con mosca, pero el Gasbi ese me parece que se podía comprá el casino de Mar del Plata con la tela que yevaba en el grilo, nomá. Mirá, la casa donde vive el punto parece la cancha de Boca, pero blanquiada de cal. Pa él solo. La usa de bulín y se manda unas festicholas que son joda, che. Ación la película no tiene, la verdá, pero es porque lo bacane esto no se levantan ni para ir al ñoba. Entonce te podé aburrí más quen misa e gayo.

El Relfor tiene como sei coche, desas cafeteras de antes, pero usa uno amariyo marca RR con goma blanca. En ese envase se levanta las mina. Así quién no. Vo sabé que yo con la picú del puesto me cargo alguna morocha de vez en cuando. Que la Coca me perdone si me está escuchando, pero con la picú mato.

Lo que me gustó es eso de que los tipo sea tuti cornuti. El gorila jovato se pianta la nami del ciruja del tayé mecánico. Pero la jermu del gorilón tira la chancleta con el Relfor, y meno mal quel perro sale denseguida del papel, si no la liga de ojito. El otro pibe, gomía del Relfor, me pareció un giliberto, mirá. Hay una morocha que lo juna del principio, pero el punto no se apiola nunca. Le gusta relojiar a los demá. Por ahí era medio degenerado, que sé yo. Bueno, te sigo chamuyando, total no va ir vo, Negro, que te gustan las del Gordo Porcel del sanatorio con música o las de la Coca Sarli. Lo que má me hizo matarme de risa é cuando bailan el tango. ¡Qué mala figura, che, qué papelón! Toca una desa orquesta que parece la del Horacio Malvicino con diarrea. Los gile que bailan son uno almidonado que no hacen un ocho ni pisando un pucho en pata, que no hacen.

Lo que no me piache es que las mina en vez de sacarse la pilcha se la andan poniendo siempre. Ni una gamba se ve, che. Apena una cuando baila arriba la rodiya... Pa mí que la hicieron los cura a la cinta. No pasa naranja. No sé, por ahí é pa que se vendan pilcha, porque desnudo no se vé niente. Y que lo tipo son piola te avivá por la joda, porque lo que é a la catrera no van ni pa sacá las miguita.

El Gasbi ese pa mí que le faltaba algo, porque mirá que da má vuelta que calesita pa chapar con la nami. Otro pelandrún que me dio bronca es el chabón del surtidor de nasta. Ese que es mecánico, pero de parola, porque pa variar no labura nunca. El gorilón le morfa la jermu, y el coso este se va volviendo tísico porque no liga una mina ni de casuali. Y no se apiola. Todo el tiempo le está queriendo comprá el auto al oligarcón y vo no sabé con qué. Pa pior, la nasta está tan barata que pone un tanque yeno por cuarenta guita.

Vo sabé que yo no soy ningún salame, y a la Coca no la dejo andá sola por la yeca. Pero me vino la noche cuando juné quel gorilón se yevaba la jermu del mecánico pal trocén. Pa más, se daban la biaba loca, y le regalaba perro con coyar de oro, fiesta con manjare raro y escabio padre. No es por nada, Negro, pero con la mujer de uno mismo hay que andá con cuatro ojo. Mejor tenerla contenta a la patrona; que ni pedí quieran, así no tiene ganas con otro, flaco. Si no, no te podé ir a laburá tranquilo. Es la justa, te juro.

Los bacane eso no respetan nada, che. Pelan lo biyete y vo te quedá amurao en lo mejor del partido. Meno mal que al fin el croto caza el bufoso, y entonces revienta al pobre Relfor.

Lástima que le erró el palo al gato... No era el oxidao el que le mató a la jermu con el auto amariyo. Pero igual: por lo meno baja un bacán. Yo por una mina desas no me doy el plomo ni que vengan degoyando.

Lo colore son lindo, vivo, refulgente. La cosa es pal verano, y vo vé más agua quen recreo e Quilmes, que no voy desde marzo, entre paréntesis. Me dan gana de agarrá la picú y rajarme sin vendé el pescau. Quel trompa se vaya a fangulo, que se vaya...!

Como te decía, la cinta e medio plomo, como dijo el Almada por la tele. ¡Pero que tapín tiene el Relfor, hermano! Parece Arnaldo André, pero oxigenao. La Coca estaba que no la tenías cuando sale en maya, con una camiseta a rayas muy polenta. La mina nada, che. Tapada como monja. Pa desquitarme voy a ir a vé **La colegiala se confiesan,** que vo sabé las máquina que deben circular. O si no una que juné en el diario. Perá... una que dice "los hombre no bastaban pa saciar su extraño deseo". Vos sabé que soy medio eróstico, Negro.

Bueno, dejá de bostezá, y vamo a laburá un rato, que si no ¿con qué garpamo el alquiler de la zapie? Vo sabé que la cinta son puro bolazo. Yo lo quisiera ver al Relfor en invierno con la picú. Sin vidrio ni ventaniya vamo a vé que mina se agencia el chanta.

Osvaldo Soriano

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Se van, se van, se van... Y nunca volverán?

(Requiem para la TV privada en la Argentina)

Cuando se conoció la noticia de la restitución de los canales privados al Estado, un vagón de gente tuvo ganas de ir a hacer cola a la puerta de las emisoras para ver salir –aunque fuera en video tape– a los actores de la pantalla chica y, al grito de Fueeeerte ese aplauso!, encajarles un estruendoso boleo en el orticón. Pero todos nos quedamos en el molde, porque se corrió la bola de que a estos ñatos les iban a cubrir la retirada los matones a sueldos Kung Fu, Mannix, Elliot Ness, reforzados por Los Agentes de Cipol. Y ya se sabe que con la CIA, el FBI, los chinos y los detectives privados no hay que meterse porque son Intocables. Cosa que supimos aprender en estos cuarenta y un años de televisión privada (catorce del 9, trece del 11, y otros catorce del 13).

Por eso quiero dedicar este respetuoso requiem a todos aquellos que, desde ese maravilloso mundo de la TV, se dedicaron –lenta, pero minuciosamente– a jorobarnos la paciencia. Cosa que tanto nos gusta, aunque... ¡lástima que no sea en colores!

Memoria y balance
por Ricardo Parrota,
ése de la tele que la vivió de cerca

Con toda propiedad (privada) se puede decir que la TV (privada) nos ha dado una vida de perros. Son testigos Lassie, Rin-tin-tín, Boneco de Lolo y otros galanes.

Esta canina experiencia nos ha capacitado para: a) mandar definitivamente a la cucha a todas las gansadas de la TV, y b) saber cómo se puede entrar en el repechaje.

Cualquiera sea el destino que se le dé a la televisión en los próximos meses, es indudable que le llegó *La hora de cierre* y el *Vamos a la cama que hay que descansar* a la paparruchada.

Se va a acabar, se va a acabar, se va a acabar, se va ...

Esa televisión que ¿se va a acabar? aseguraba –solemne y desafiante– que prestaba un servicio a la comunidad. Y era verdad: el servicio lo prestaba, porque después había que devolver algo. Uno lo devolvía comprando vinos, pantalones, cigarrillos o automóviles que prometían una vida mejor.

Para hacernos creer que éramos socios en este negocio –uno podía pensar que tenía participación en las ganancias– inventaron la tanga de invitarnos a almorzar.

Claro que los que comían todos los mediodías eran ellos, mientras los que poníamos la sal de fruta éramos nosotros. Y esa sal de fruta era de primera, porque ellos se la pasaban eructando toda la tarde en esos programas-ómnibus que fletaban después de los almuerzos. Omnibus que no iban –obviamente– a ninguna parte.

Esa televisión solía poner en el aire a un animador que hacía pucheros. Entonces uno pensaba que los responsables de ese engendro tenían remordimientos. Pero la cosa era muy otra: los pucheros los hacían no porque estuvieran compungidos, sino porque era lo más parecido a una olla podrida. Porque los programas que esa televisión ponía en el aire eran una olla podrida. Allí todo se mezclaba, todo adquiría el mismo gusto después que se lo dejaba hervir durante toda una tarde.

También estaban los otros animadores... Esos simpáticos latifundistas del diente que para todo tenían una sonrisa. Claro que la misma ante muertes, inundaciones, terremotos o Miss Pandereta 1969, porque ya se sabe que el sol sale para todos, y cuanto más se sepa de vinos, mejor.

En caso de que la olla podrida y el vino nos cayesen como la mona (de Daktari, por supuesto), había un tropel de médicos que la TV ponía a nuestra disposición.

Esos médicos nos enseñaron cómo curarnos el resfrío con una aspirina, la tos con ciertas pastillitas milagrosas, y la lucidez con un buen casamiento por televisión (que siempre estimula y sienta bien).

Esa televisión inventó también la tanga de la gran familia artística. Por eso lanzó a los niñitos prodigio y a las abuelas de ciento veinte años que contestaban a todo con un insuperable *Mnnnjjjhhllkgjjhdnnn*, que el entrevistador de turno traducía por *La abuela quiso decir que conoció a Mitre y que era muy buen mozo*.

En esa gran familia artística, los padres autoritarios –y por suerte, castradores– eran

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los que tenían a su cargo la tarea de formar opinión. Ellos, como buenos padres, nos contaron todos los cuentos.

Pero el cuento del tío nos lo hicieron los cómicos de esa televisión. Como buenos tíos, aparecieron despreocupados y dicharacheros. Aunque, en lugar de tocarle la cola a la mucama, como suelen hacer los tíos, se la tocaban a otros cómicos. Y en pantalla, desde luego.

Los otros cómicos –los que no eran groseros como un buen tío– parecían mucho más chanchos porque no decían nada clarito, pero te la mandaban a guardar con la onomatopeya. Cosa que a uno le daba un cierto aire de infradotado cuando, al encontrarse con un amigo en el subte, saludaba diciendo: *Cheeeee!*, *Patapúfete!* o *Pratraslafra!*

Inventario

Los que hicieron el inventario de los bienes de tanto canal olvidaron –casualmente– incluir en la lista sus males. De otra forma no se hubiesen animado a pedir –como dicen los habituales chamuyantes– algo así como treinta mil millones de mangos por todo el paquete.

Detallamos a continuación la nómina completa de estos males para que sean descontados a la hora de los bollos:

–Catorce (14) fiestas-aniversario ya televisadas. Vienen con entrega del número del canal en oro, comida con todo el personal y discurso del máximo ejecutivo. Qué te puedo cobrar por eso?

–Una (1) receta con todos los ingredientes para hacer un show musical. Viene con una (1) Beatriz Ferrari al dorso. Muy útil para animar fiestas infantiles en el hogar.

–Siete millones novecientas mil ochenta y siete (7.900.087) boletas de rating del canal 11. Todas tienen un sello que dice: *Le ganamos al 13 y al 9.*

–Siete millones novecientas mil ochenta y siete (7.900.087) boletas del rating del canal 9. Todas tienen un sello que dice: *Le ganamos al 11 y al 13.*

–Siete millones novecientas mil ochenta y siete (7.900.087) boletas de rating del canal 13. Todas tienen un sello que dice: *Le ganamos al 11 y al 9.*

–Un (1) teléfono para escuchar los llamados del cronista destacado en Casa de Gobierno. (Tasación: no vale dos guitas).

–Mil ochocientos setenta y seis (1.876) rollos de video-tape conteniendo telenovelas varias.

–Catorce (14) rollos de video-tape conteniendo programas especiales cultos. (A razón de uno por año).

–Ochocientos noventa mil setecientos sesenta y cinco (890.765) cartones con la inscripción: *"Nosotros siempre primero"*, *"Primicia exclusiva"*, *"Exclusiva"* y *"Primicia"*.

–Dos (2) bolsas repletas de mala fe. (Muy buen estado).

–Diecinueve (19) bolsas repletas de menti-ras. (Vienen en polietileno transparente, así que se nota todo).

–Numerosos (9.879.765.000.566.453.890.879.543.000) cortos comerciales.

–Un (1) chimentero de la farándula. (Tiene un tornillo flojo y habla continuamente. No hay repuestos del tornillo).

–Setecientos ochenta y nueve (789) galanes en desuso. (Importante: casi todos ellos fueron famosos alguna vez).

–Una (1) ecónoma... no?

–Una (1) ayudante de la ecónoma. Tiene algunas raspaduras y está visiblemente acomplejada.

–Una (1) escenografía tipo para telenovelas. Está compuesta por living con chimenea, pieza de la chica pobre, pieza del muchacho rico, interior de confitería, exterior de calle con parada de ómnibus y un (1) teléfono público con su respectivo cartelito.

–Una (1) escenografía tipo para show musical, compuesta por escalera, telón con lentejuelas y orquesta de seis (6) integrantes. Pésimo estado.

–Una (1) vedette. Muy vestida, sabe dos (2) pasos de baile.

–Un (1) cantante de tangos. (Sabe *Malena* y *Uno*, pero más o menos).

–Una (1) familia tipo, compuesta por un (1) padre italiano, una (1) madre y varios hijos de diversas y pintorescas personalidades. Están alrededor de una mesa, comiendo fideos.

–Una (1) colección completa de temas modernos de ínfima calidad. Fueron usados como cortina musical en muchos programas. Ideales para romper en fiestas familiares o para ser utilizados por los niños como platillos voladores. De catorce (14) años a esta parte, están todos.

–Ciento noventa (190) actores de carácter. Ideales para el hogar. Vivieron y cuentan muy bien toda la historia del espectáculo en la Argentina. Varios de ellos son capaces de referir como animaron las fiestas mayas de 1810.

–Dos (2) astrólogos. Uno viene con turbante, el otro con esposa. Están para tirarlos a la basura, aunque uno de ellos puede servir de velador en algún hogar humilde, ya que poniéndole una lamparita en la boca, suele encenderla.

–Una (1) caja conteniendo premios consuelo. Hay un dedal en buen estado y dos cepillos de dientes utilizables. Lo demás...

–Un (1) taxista. Es reaccionario y las mujeres hacen de él lo que quieren. Jamás rompió punta de eje ni cambió gomas, y no levanta pasajeras con menos de tres apellidos.

–Cuatro (4) depósitos repletos de latas de películas filmadas antes de la Primera Guerra Mundial. Dos de estas cintas presentan un estado impecable. Un chiche.

–Dos (2) camiones conteniendo golpes bajos y estridencias.

–Dos (2) coronas de utilería. Fueron utilizadas en un programa espectacular que se realizó durante el velatorio de un cantante folklórico.

–Una (1) actriz dramática sentada en un escritorio, dando consejos a las almas solitarias. Sabe cantar *Madreselva* a la perfección.

–Un (1) cartel con la inscripción *Aplausos*.

–Un (1) cartel con la inscripción *Risas*.

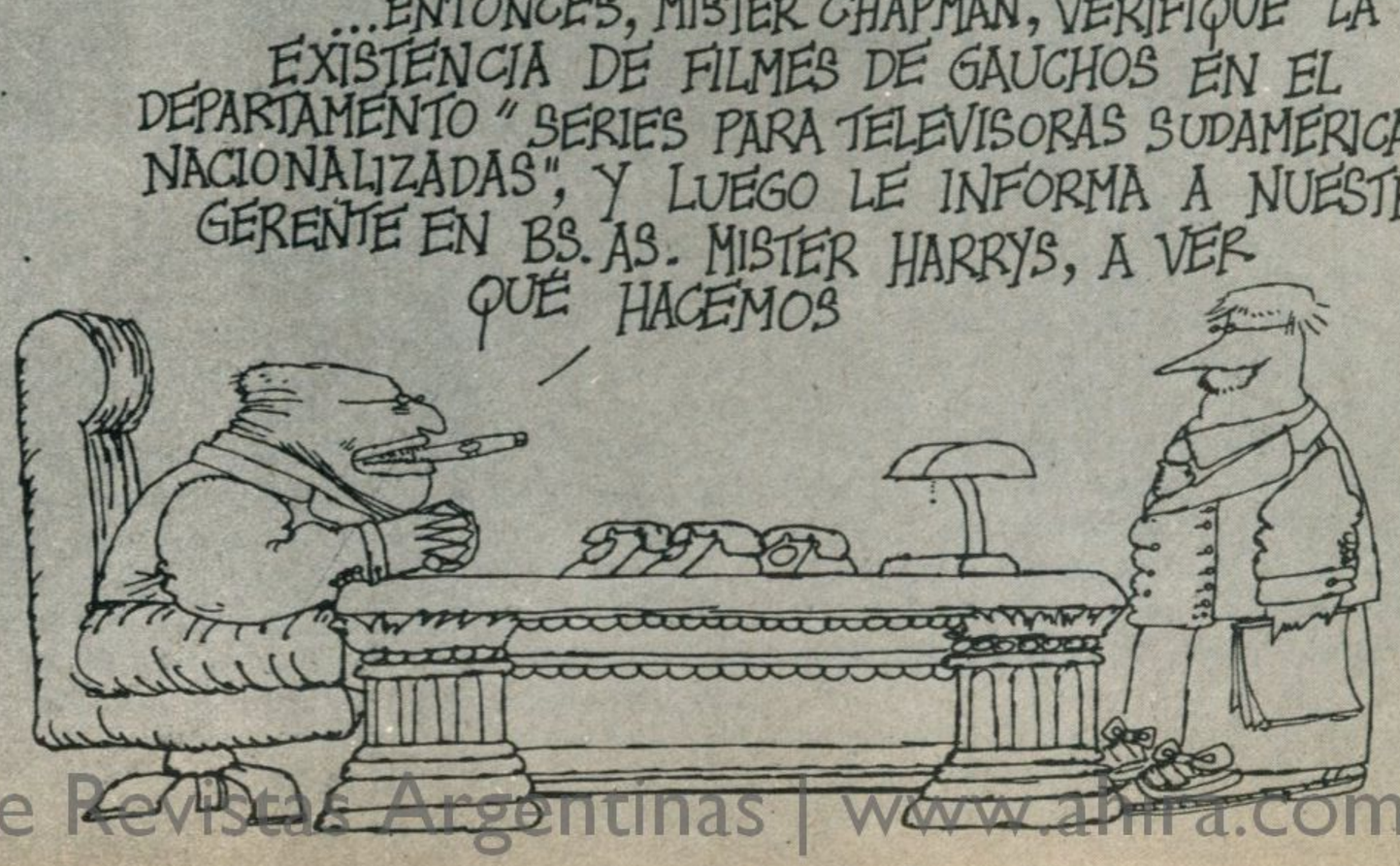
–Un (1) cartel con la inscripción *Vaia por Dios, niño Raúl, qué cosas dize usté*.

–Un (1) cartel con la inscripción *Están todos despedidos*.

–Un (1) cartel con la inscripción *La Empresa comunica al personal que recién el día 25 pagará los haberes de marzo de 1971. Diciembre 7 de 1973*.

Señor director, disponga de las cámaras.

Quienes se hagan cargo, de ahora en adelante, de la televisión argentina, querrán quizá utilizar este inventario de porquerías. A lo mejor van a poder lanzar la frase *Señor Director, disponga de las cámaras... pero bien*.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Che, Monzón, no le des tregua a la Mary

Por el doctor Arturo Frondizi

El equipo creativo de Mengano envió al doctor Arturo Frondizi a ver y comentar los estrenos de La tregua y La Mary, dos películas que venían precedidas de una propaganda de padre y señor nuestro. El jefe del MID nos entregó la nota que sigue. Los que laburamos día y noche en la redacción, pero nos parece que ahí hay algo raro. Como si el doctor Frondizi no fuera muy seguido al biógrafo. No obstante, él no renunció a la idea y cuando le expresamos nuestras dudas no se suicidó ni se fue hacemos la revista no vimos las películas porque del país.

Me dijeron que el cine argentino estaba haciendo un boom, así que me fui a ver las últimas películas. Debo confesar que desde **Apenas un delincuente** no volví a ver cintas locales, lo cual –según los directores de esta revista– me presentaba como un tipo virgen para observar la evolución del cinematógrafo nacional.

Asistí a dos vistas: **La tregua** y **La Mary. La tregua,** célebre novela del uruguayo Emilio Perina, es un tema dramático, para hacer llorar a las piedras. El gancho de la cosa está en la presentación del púgil Carlos Mozón como actor, junto a esta piba bizca que tenía cara de buena hasta que se metió a vedette: la Susana Giménez.

Lo bueno del asunto es que a Monzón lo han caracterizado tan bárbaro, que hasta parece un oficinista jovato repodrido de ir todos los días a una oficina en la que todos juegan al Prode con la misma suerte que yo. Al fin, Mozón conoce a la Susana, que es una lástima porque la hacen aparecer como una piba recatada que se enamora del jovato este, que es más aburrido que tirar argollas al agua.

El asunto es que se enamoran y se meten en concubinato.

Gran trabajo de Alberto Argibay –teñido de rubio, con lentes de contacto celestes–, que hace de hijo de Monzón, y al que el director Daniel Tinayre –que viene a ser el marido de esta chica Nélida Lobato, la que hacía los almuerzos– le tiró un papelito piola en el que lo único que hace es leer el diario.

Por fin se viene el dramón, porque la Susana Giménez empieza a toser –como en las películas que yo veía en mi época–, y después se muere, se muere. Gran escena final entre la madre de ella, que la hace Olga Zubarry (ahora está morocha) y Carlitos Monzón, frente al retrato de Susana Giménez. Llora todo el mundo. Al final la gente aplaude a rabiar y sale hablando de Sergio Renán, que ni siquiera trabaja en la película.

Una de las escenas más buenas de la cinta es cuando Monzón descubre –atribulado– que su hijo es medio manflorón, aunque todavía no pecó. Se quiere morir el santafecino; avejentado y medio pelado como lo dejaron, igual se le nota una bronca parecida a la de aquella vez que Benny Briscoe casi le saca la cabeza de una piña. Se le va al humo. Al hijo lo hace Ubaldo Martínez, que de afectadito está bien, porque mire que le han tenido que sacar años para hacer de pibe, ¿eh?

Después me fui corriendo a ver **La Mary.** ¡Qué oficio tiene Sergio Renán! Muy bien dirigido el libro del veterano periodista Mario Benedetti. Claro que Aída Bortnik, la chica que hizo el libreto, trabajó con la ventaja de contar con un elenco bárbaro. Pero –qué quiere que le diga–, a mí Héctor Alterio no me gustó mucho. Nada que ver con el trabajo de **La Patagonia rebelde.** Acá, en **La Mary,** lo tiñeron de morocho, le cortaron el pelo a la navaja, y se quedó como almidonado. Parece un boxeador, y esa escena de la pelea en el club la hace bien. Yo ni me imaginaba que Alterio tenía ese físico. La que está para morder las butacas es Ana María Picchio. ¡Qué sexy, mi Dios! La parte en que Alterio la voltea en la cama y le quiere sacar las íntimas, se me pararon los pelos. Después muestra todo, todo, todo, todo. ¡Las cosas que escondía la Picchio!.

El argumento es medio bravo, porque la mina al punto que nombra lo manda a mirar las raíces de los rabanitos. Hace de mufa la Ana María. También está polenta Luis Brandoni haciendo de padre de la mina. Sobrio, barrigón, se ve que tuvo que adaptarse al personaje y darse una biaba para parecer más viejo.

De hermanos de Alterio –que trabaja en un frigorífico con el camioncito propio– hacen Diego Varzi y Walter Vidarte, que se desempeñan bien trabajando de muchachos de barrio en los años cuarenta. Muy sobria Cipe Lincovsky de hermana que no la traga a la Picchio porque ésta le mata el marido con sólo nombrarlo.

Pero me quiero detener en las escenas de los zaguanes y las de la cama. Creo –realmente– que Alterio no es un actor para hacer de supermacho, por más que lo tiñan y qué se yo. Cada vez que se le sube a la Picchio la hace gritar y sufrir. Perder la virginidad así, en público, en manos de Alterio, debe haber sido bravo.

Pero todo sea por este **boom** que hizo que el cine argentino se nos vaya para arriba. Tanto Tinayre con **La tregua** como Renán con **La Mary** –parecía más intelectual este mozo– se anotan buenos porotos. Le viene bien a la industria todo esto.

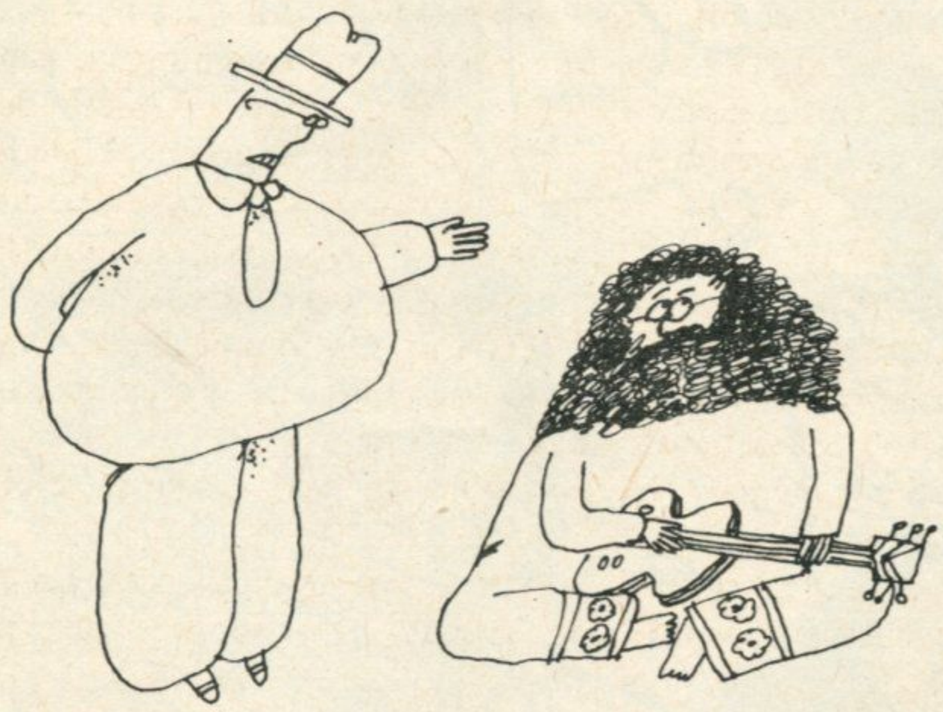
Escuché por ahí que Rodolfo Kuhn va a hacer **Nazareno Cruz y el lobo,** y el Leonardo Favio se larga nomás con **El Chacho Peñaloza.** ¡Bien!

Porque en este país donde todo andaba al revés es hora de que alguien –aunque seá en el cine– vaya poniendo cada cosa en su lugar. Porque el sexo no mata a nadie, los dramas hacen llorar con ganas y por fin cada uno hace lo que quiere, porque –como dicen los yanquis en sus películas– **éste es un país libre.**–

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"¿QUÉ COSA?": TU ROPA, TU COMPORTAMIENTO... ¡TODO!



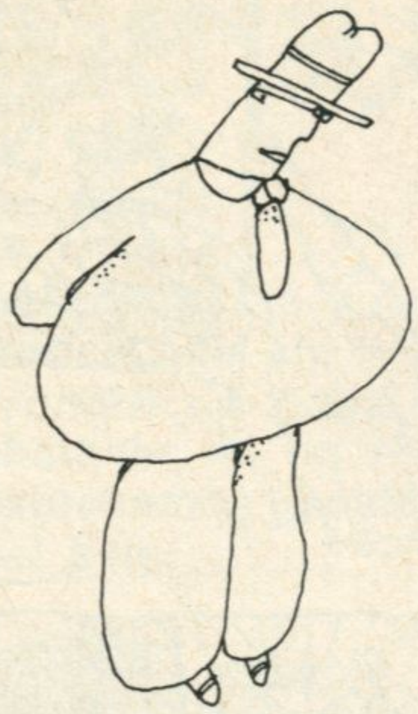
¡¿Y PORQUÉ?! A VER... ¡DECIME PORQUÉ!

PORQUE IGUAL NO ENTENDERÍAS, ¡PORQUE PERTENECÉS A OTRA GENERACIÓN!

¡¿Y PORQUÉ?! A VER... ¡DECIME PORQUÉ!

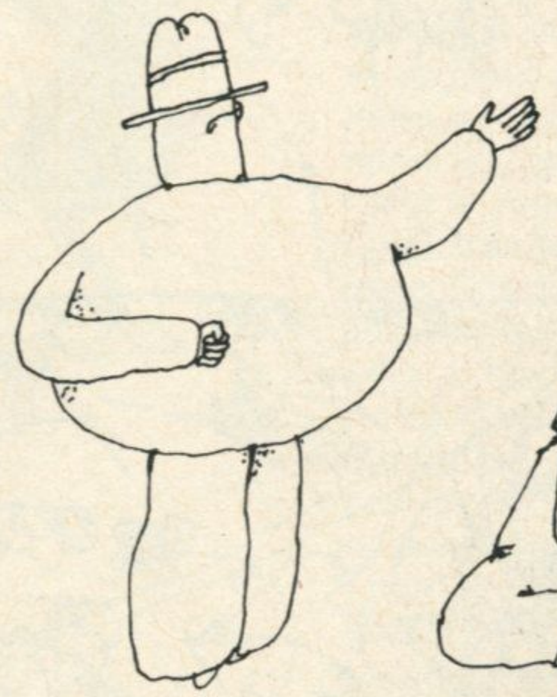
PORQUE IGUAL NO ENTENDERÍAS, ¡PORQUE PERTENECÉS A OTRA GENERACIÓN!

SINCERAMENTE NO TE ENTIENDO



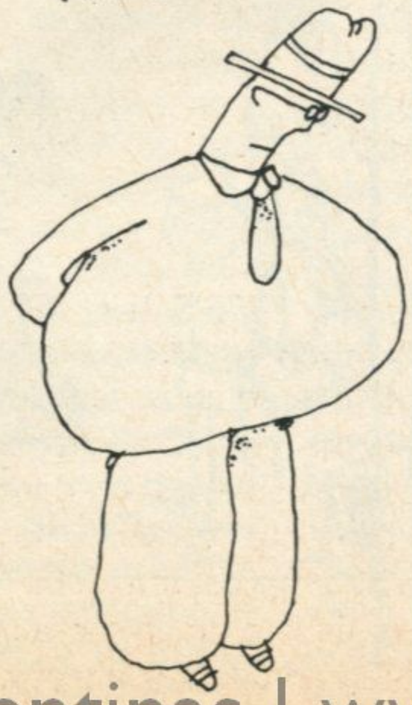
¿QUÉ COSA?

... SI AL MENOS PUDIERAS EXPLICÁRMELO



¿PARA QUÉ? SERÍA EN VANO...

TALVEZ TENGAS RAZÓN, PAPÁ...



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Con la pistola en la mano

Acababa de bajar del avión, y ya la lluvia siempre igual de París empapaba mi cara. Es cierto que no era tan densa como para poder dejar de ver al hombre de pelo anaranjado que no me sacaba los ojos de encima, pero tampoco tan suave como para no castigar sus ridículas gafas oscuras. Me detuve un instante en el descanso, retoqué el rouge de mis labios, y pude reconocerlo. Mi contacto en Francia:boca torcida, gabán de ocasión. El temporal arreciaba (quizá azotara París y Francia toda) mientras sentía la extraña sensación de acercarme a un verdugo. Ajusté la hebilla dorada del impermeable –arma que me había sacado de tantos apuros–, y aparté a un torpe napolitano que me ofrecía no sé qué cosas. Otra misión execrable –pensé–. Un nuevo pagaré en blanco que me entregan, y que tal vez se llene con el precio de mi muerte. Acaricié mi maleta de piel. Mi mano caliente cayó sobre la culata de la Magnum 44 que llevaba en el bolsillo derecho. Aspirando el insoportable olor a lavanda barata que exhalaba el tipejo, caminé a su lado. Se apresuró al llegar a la puerta del hall, abriéndome paso con una sonrisa untuosa. Vocación de botones –me dije–, y aferré la pistola con la mano ardiente. Un coche estaba estacionado poco más allá. Comprendí que era el nuestro. Estupendo Citroën –murmuré.

–Prefieres manejar, muñeca, o lo hago yo? –quiso saber el colorado con voz gangosa.

–No desearía morir en un tonto accidente de tránsito. En todo caso, no en París –contesté con frialdad–... Y suprime ese ''muñeca'', imbécil.

Apretando el volante enfilé hacia la Rue du Chateâu. Algo no me gustaba en ese tipo que llevaba ahora una petaca de vodka a su boca torcida. Necesitaba ordenar rápidamente mis sensaciones. Mi nariz reconoció el bouquet de la vodka rusa Verushka. Debía recordarlo.

–Cómo están las cosas por París? Cuénteme todo lo que sepa– inquirí ansiosa.

–Lo de Henry es un hecho –escupió– y....

–Y lo del agente Robert también?

–Fue un accidente. Un lamentable accidente.

Su aliento asqueroso se acercó. Pero debía sacarle más, y lo miré seductora a través de mis pestañas todavía mojadas por la lluvia.

–Ustedes suponen siempre que morir con cuatro balas adentro es un accidente, no? –susurré con voz acariciante.

–En cierto modo. Recibió dos balazos en la cabeza; los otros dos le perforaron el corazón. Un treinta y ocho...

–Comprendo: una faena profesional. Con la simetría perfecta de un mercenario, por supuesto –analicé con voz muerta.

–Pero el Servicio tiene indicios..– masculló el gorila.

–Acaso dijo algo antes de morir?

–Sí.

–Qué?

–Ay!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

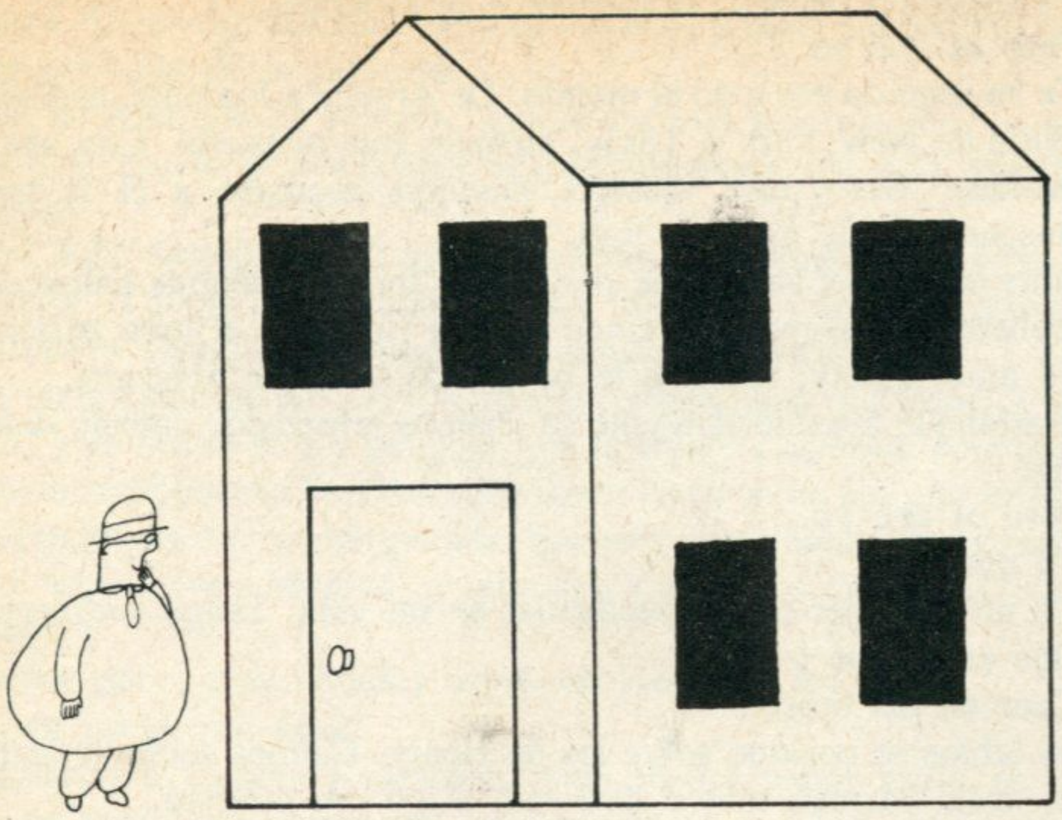
La cara roja se deformó en una carcajada, mientras una mano rozaba mi falda. Un coche golpeó contra el nuestro, y sentí nuevamente el asqueroso vaho de la lavanda.
–Basta de estupideces –exigí–, quiero toda la información.
Aceleré al tomar el Boulevard de Montparnasse. El tipo pareció despertar.
–Usted debe reemplazar al agente muerto. El cumplía una misión reservada. Todos los recaudos están tomados. Recibirá mayor información cuando Washington lo considere oportuno.
Hubo un silencio largo. Lo interrumpió una bocina que parecía no acabar, y de nuevo la voz gangosa que tarareaba *Las hojas muertas*. La lluvia insoportable borraba edificios y París ya no era una fiesta.
El colorado pareció no comprender que mis oídos habían escuchado alguna vez a Ives Montad, y atacaba los versos poniendo ojos perrunos.
–Necesito saber más detalles sobre mi misión –casi gruñí.
–Conoce usted esta área?
Mi insistencia parecía molestarle. Una piedra verde brilló en el meñique gordo del anaranjado, que escarbaba su oreja izquierda.
–Conozco todos los lugares del mundo. Diez años trabajando en misiones imposibles. En cuanto a París... Presenté mi tesis sobre etnografía americana en la Sorbona, guié estúpidos turistas por los vericuetos de Versailles, tomé mil cafés en la Rue de la Paix. Algo más?
–Optimo. Una argentina potente. Ya lo sabía todo, desde luego.
El tono de su voz era ahora viscoso. Los ojos de roedor recorrían mis piernas. Un jadeo intermitente lastimaba mis oídos.
–Más datos– apuré.
–Confíe en nosotros: la paz mundial depende de usted.
–La paz mundial no depende de nadie –corté con enojo, mojando mis labios resecos.
–Y por qué está en esto? –murmuró con tono almibarado.
Su mirada tocaba mis pechos demasiado insinuados por el vestido mojado.
–Es mi vida. No se meta, cerdo.
Se acarició el pelo ondulado, mientras su boca se torcía hacia mi lado. Enderezó sus gordos hombros. Parecía dispuesto a vomitar algo importante.
–Nuestros agentes han detectado un complot para matar a Henry Kissinger...
El anuncio solemne se unió al olor apestoso a lavandas.
–Ya sé todo, idiota. Y mantén tus sucias manos apartadas. Esperaba un tipo más listo.
La lluvia había amainado. El colorado se excitaba cada vez más. Su cara blanda se estremecía lamentablemente.
–Perdóneme, Micaela. Jamás conocí una mujer como usted. Me enloquecen sus cabellos color de trigo maduro, su boca turgente, su cuerpo que parece estallar.
–Basta de cursilerías. Además, estoy sin espoleta. Debes explicarme de una buena vez que hay detrás de todo esto. Sospecho que se trata de esas malditas multinacionales. Petróleo, tal vez?
–Sí. Los fabricantes de *Espíritu de Petróleo Cabral* están muy preocupados. Lo mismo pasa con los elaboradores de pulpa para papel higiénico. Este año el consumo ha sido fabuloso.
Su dedo meñique recorría ahora el cráter derecho de su nariz. Acercó su boca a mi oído y se puso confidencial.
–Con tanta guerra y atentado, el consumo llegó a los tres millones y medio de metros de papel higiénico por cabeza.
Lancé una carcajada corta. El pelirrojo pareció agrandarse, Pero yo ya medía al enemigo.
–Concreta, zanahoria; qué pasa con Henry?
–Kissinger tiene una conferencia secreta el jueves a las diez de la noche en Tanzania. Más exactamente, en Dar-Es-Salaam. Un grupo de mercenarios dinamitará la ciudad. Lo intentarán todo ... Circulábamos por la Avenue Bosquet. Mientras el microbio vomitaba información –en su tono advertí un algo eslavo– pensaba en mis viejos tiempos del Barrio Latino. Cuando la letanía terminó, pedí al plomo las llaves del coche, mis documentos falsos, los salvoconductos y la dirección particular de Delon. No me quedaban dudas de su estupidez, pero el colorado hacía lo posible para confirmarla.
–Recuerde: hoy es martes trece –dio cuerda a su enorme reloj–. El atentado será el jueves quince. Ese mismo día Kissinger estará en París. Memorice la hora: 8 p.m. No olvide nuestro santo y seña: Anclado en París.
–Okey– respondí más animada. El peligro comenzaba a excitarme.La respuesta del gorila fue un prolongado suspiro que empañó los cristales del Citroen. Tras una última mirada a mis piernas, el olor a lavandas descendió en Saint Germain y se perdió dentro de un bar de mala muerte. Estacioné el coche cien metros más adelante, y entré al hotel más repugnante que me habían destinado en los últimos tiempos. Un cartel desvencijado rezaba un *Goya* casi borroneado por la lluvia. Entré. Un recepcionista medio dormido me indicó cuál era mi cuarto.
Atravesé un corredor alumbrado por luces mortecinas. Quizá hubiera sido un lugar agradable en otra época. Cerré la puerta de mi habitación con el hombro. En la pared, una lamentable maja desnuda ofrecía una antología del dibujo pornográfico. Debía controlar el equipo de trabajo. Saqué mi camisón rojo de transparencia mortal, la trusa a control remoto –tan pequeña como mi pubis–, y los ruleros transistorizados. Ordené sobre una cómoda desvencijada las armas: pastillas anticonceptivas explosivas, rouge lanzagranadas, tampones con TNT, diafragma contráctil con gusto a menta, supositorios de gelinita, Chanel Nº 5 con curare al cloroformo.
Me pegué una ducha. Prendí la radio y me tendí en la cama. Abrí el portaretratos que llevo siempre en la maleta. Desde la mesa sonreía mi madre, mientras Ceferino Namuncurá aseguraba mi suerte.
Una melodía baja y suave –ese condenado Sinatra– acarició mi piel. Sentí el calor de la pistola en la mano derecha. Sólo entonces me invadió un sueño lento y profundo.
El primer golpe me llegó con un sonido seco y lento. Una mano enguantada volvía una y otra vez sobre mi cuerpo. Un impacto sobre mi mandíbula me arrojó contra el espejo, y un ruido de vidrios astillados perforó mis oídos. La piel de foca recorría amenazadora mi columna vertebral, buscando el punto justo donde daría el golpe mortal. Era difícil ubicar al condenado en la habitación oscura. Por un instante lamenté no haber podido ver los últimos Kung Fu.
Una nueva andanada me encontró tendida en el piso. Traté de aferrar la muñeca que venía detrás de cada golpe, pero mi mano resbaló sobre la maldita piel. Caí de rodillas, agazapada, tratando de concentrarme en un solo punto. Los pasos cautelosos se acercaban, y un conocido olor a vodka invadía el cuarto. Mi mano extendida tocó un objeto metálico. La bendita hebilla. Encerré el metal en mi puño, y lo lancé con todo el peso de mi brazo, mi cuerpo y mi bronca. Algo cayó hacia adelante. Me aparté rápidamente, y la mole se estrelló contra la pared. No lamenté que la horrible maja desnuda se hiciera anicos. Entonces prendí la luz.
Ese sucio pelirrojo estaba en el suelo, ahorcado por el alambre que sostenía al falso Goya. Sus guantes de foca no se movían. Tenía cara de saber que estaba muerto. Su enorme pañuelo todavía conservaba aquel espantoso olor a lavanda.
Traté entonces de comunicarme con la Junta Asesora para los Asuntos del Medio Oriente Turno Mañana. Debía dirigirme a los agentes de la Oficina de Reconocimiento –fue la respuesta. Intenté la instancia última, pidiendo una comunicación con la Central Unica de Inteligentzia, cuando el sonido imperceptible de un sobre deslizado por debajo de la puerta me tranquilizó. El papel rosado decía: ''Para M.S., con amor''. Cuando lo abrí comprobé que allí estaba todo: el plan combinado del Sector de Ingeniería y Actividades Secretas, los diez mil dólares que enviaba el Departamento de Finanzas, la protección que ponía a mi disposición la Comisión de Vigilancia Vía Satélite, y –por fin– las indicaciones de la O.O.C. (Oficina de Operaciones Cancheras).
En ese momento logré la llamada persona a persona con el Servicio de Inteligencia Unica. Una voz fría me conmovió.
–Santo y seña.
–M.S. en misión *Anclado en París*.

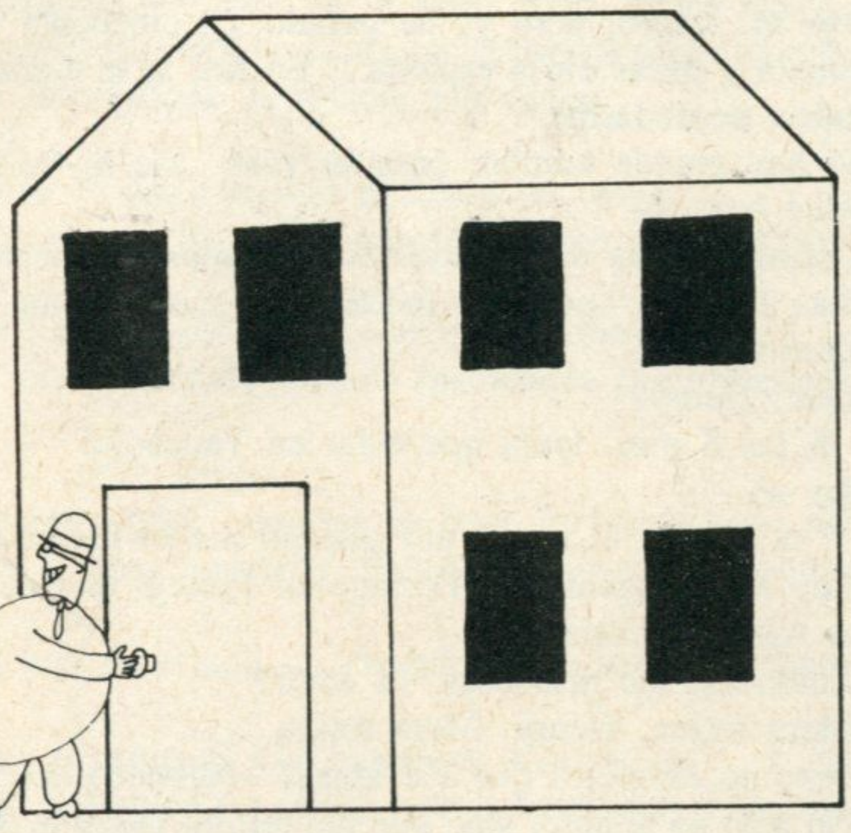
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

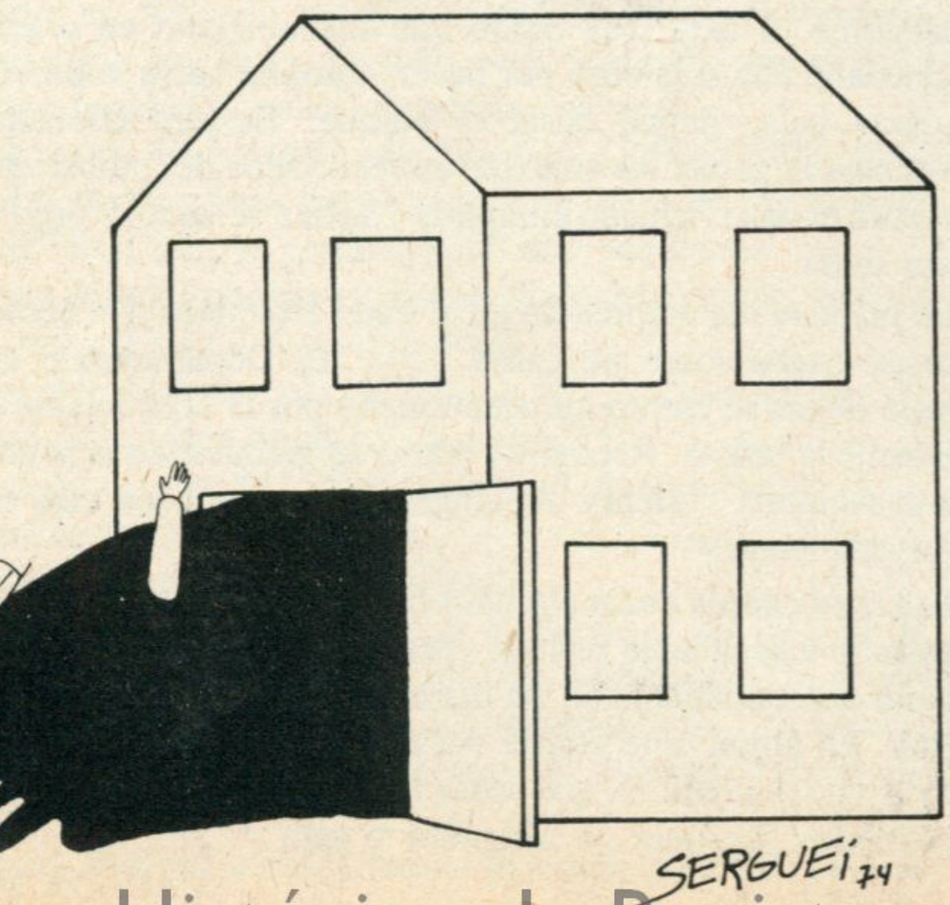
–No es suficiente.
–Está bien... dos más dos?
–Ocho.
–Frío, frío....
–Seis.
–Frío.
–Cinco.
–Caliente, caliente.
–Ya sé, cuatro.
–Bien, se quemó. Basta de pavadas, bestia –repliqué cortante.
–Aquí el Servicio de Inteligencia Única.
–Aquí Alemania.
–Muñoz?
–No, imbécil, aquí París.
–Ah, comprendo...
–Escúcheme, pedazo de bestia. Estoy harto de sus contactos, de sus indicaciones y de su idiotez.
–Pero hemos tratado de darle el mayor apoyo, M.S.
–Gracias a ese maravilloso apoyo tengo cinco moretones en el cuerpo y un cadáver en el cuarto de mi hotel. En adelante, asumo el manejo de la misión.
–Por favor, escuche...
Corté y decidí tomar un baño de inmersión. El vapor de las algas me reconfortó. Al salir tropecé con el cadáver. Debía alejarme. Me vestí con cierto pudor; era el primer muerto que me contemplaba desnuda.
Cuando pedí la cuenta dejé mil dólares a un costado. El dueño del hotel palideció.
–Perdón, mademoiselle, me da mil dólares de más –susurró.
–No crea –respondí– las funerarias son caras en cualquier parte del mundo.
Al salir encontré al Citroën en el mismo lugar que lo dejara. Preferí llamar un taxi. Había recordado una vieja recomendación de mi madre: donde anduvieron pelirrojos, mala suerte. Debí levantar mi voz para indicar al taxista el paraje del Bois de Boulogne adonde me dirigía, porque el ruido de la explosión de mi coche hizo temblar la zona.
–Apúrese –ordené secamente al chofer.
Los jardines del Bois me ayudaron a serenar mis ideas. Los informes habían sido totalmente falsos. Agentes dobles infectaban París. Debía extremar las precauciones y operar con seguridad.
–Acérquese al castillo –ordené al chofer
Recorria el camino que conducía al castillo. Nadie a la vista, aunque me sabía observada por mil ojos. Al llegar a la enorme puerta de roble, tres golpes de aldabón –según lo convenido– que nadie respondió. Un nuevo inconveniente. Saqué mi ganzúa electrónica binaria sistema V T O L 502, abrí la puerta con doce giros perfectos, y escuché el ruido sordo que produjo al cerrarse. Mi suerte estaba echada. La planta baja estaba habitada sólo por viejos muebles, detrás de los cuales adiviné un sistema de televisión ambiental. El operativo marcha –reflexioné. En ese momento el aroma del perfume *Watergate Brut* se expandió por el corredor que conducía a los dormitorios.
Al llegar al cuarto principal desplegué mis tácticas preferidas.
Lucía más excitante que nunca. Me tiré sobre la cama de plumas, controlando en el espejo los posibles ángulos de observación, y leí algunas páginas de mi libro de cabecera. ''Así hablaba Kamasutra''.
Hice unos minutos de gimnasia pre-operativa especial, y saturé el ambiente con una bruma de ''cola de quirquincho'', el excitante té cordobés en aerosol que no falla jamás.
Todo vibró de pronto, y enérgicos pasos se acercaron. A la hora señalada Kissinger se hacía presente. Por fin se abrió la puerta. El cerebro de la Casa Blanca, la materia gris de Washington, el Don Juan más absurdo, el azafato más político del mundo, Henry. Todo eso delante mío.
Al verme empalideció. Habitual reacción grado ocho mil setenta en escala Mercali que –desde luego- pude controlar profesionalmente. En un segundo borré los recuerdos de Samantha Eggar, Claire Bloom, Jill St. John, y hásta de la mismísima Jackie.
–Qué hace usted aquí? preguntó tomándose la barbilla.
–Te esperaba, Henry, simplemente te esperaba...
–Pero es que yo...
–Te he seguido por todo el mundo. De Argelia a Jordania, de Egipto a Siria de New York a Tokio, siempre tras tu huella. Esta vez he triunfado. Serás mío –susurré, mientras acercaba a él la tenue transparencia de mi baby-doll.
Henry secaba el sudor que perlaba su frente, mientras balbuceaba incoherentes palabras en cinco idioma (incluído el toba básico)
–Te amo, Henry, siempre te he amado. Déjame abrazarte.
Le arranqué apasionadamente su chaleco reforzado. Intentó defenderse.
–Pero es que yo...
–Tú que?
–Yo no vi mujer más espectacular en mi vida. Tengo vergüenza.
–Qué es lo que temes?
–Caer en tus brazos.
Mis labios se posaron sobre los de Henry. Caímos sobre la cama.
La escala Mercali marcó diez mil. Algo me molestó.
–Henry, qué mal aliento que tienes –musité.
–Son las pilas del radiotransmisor que me instalaron en un diente; se me han sulfatado.
–Qué te pasa?
–Soy pudoroso. Tengo miedo.
–No te cohibas. Soy toda tuya.
–No sé, tesoro, pero ya he pasado los cincuenta y tengo rollitos, pancita y pecas en la espalda... En fin, si te dieras vuelta, tal vez podría desnudarme.
No hay grande hombre para su valet. Me di vuelta y esperé.
–Qué hora es?
Kissinger había despertado. Sus anteojos temblaban preocupados.
–Las 10 p.m. –contesté indiferente, mientras me desperezaba.
–Qué terrible!
–Qué, Henry?
– A las 8 p.m. tenía que estar en Tanzania!
–Lo sé.
–Y si estabas al tanto, por qué no me lo recordaste? –gritó.
–Soy M.S., agente del Pentágono. Protegí tu vida, simplemente. En Africa morirías.
–Entonces, tus promesas, tu amor?
–Mera rutina, Henry. Mera rutina....
–Pero no es cierto que me amas? –balbuceó desesperado.
–No sólo no te amo, sino que me resultó bastante difícil hacer esto. Los hombres regordetes con anteojos me resultan insoportables. Además, tres veces me llamaste Quique ¿Nixon, tal vez? –pregunté burlona.
–Es que yo... Es que yo te amo, Micaela.
Y Kissinger se arrodilló llorando. Lamenté que humedeciera mi Saint Laurent, que quedó empapado. No podía escucharlo. Al alejarme lo dejé más tirado que mahometano en oración.
Quedaba una sola cosa por hacer. Caminé hacia la puerta, recorrí la planta baja, llegué hasta el parque. Respiré aliviada. Desde la ventana llegaban los sollozos entrecortados del probrecito de Henry. Apuré el paso. Misión cumplida ; Soifer se sentirá orgulloso de mí, sin duda.
La mañana me sorprendió en el hotel Excelsior. Un enorme ramo de rosas estaba sobre mi cama. Leí: ''El Departamento de Estado le hace llegar su eterno agradecimiento por la feliz misión cumplida''. Estrujé la tarjeta. Recogí un diario de grandes letras negras. Su título me asombró: ''Henry Kissinger contrajo enlace con su secretaria privada Nancy''.
Esa burda copia de *La Opinión* llamada *Le Monde* le daba demasiado espacio a semejante pavada –pensé. Miré a través de la ventana. Un cielo exactamente azul, un día más. Busqué la sección cinematográfica. En algún cine podría ver *Las grandes maniobras*. Recordé el rostro de la novia. A qué cosas horribles puede llegar un hombre por despecho. Enfundé la Magnum y salí.

CARLOS MARCUCCI

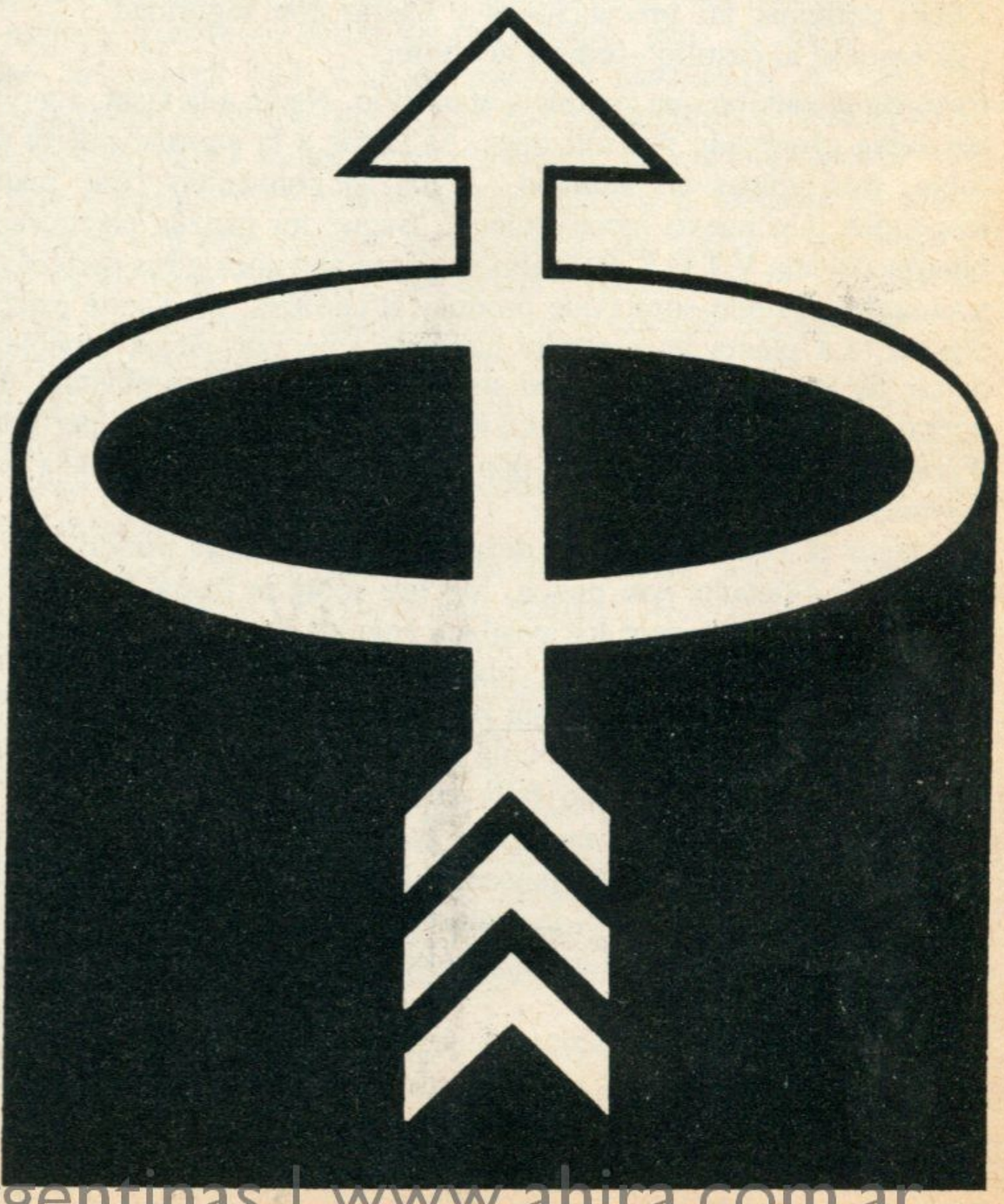
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar







Solo el mejor puede permitirse cosas mejores

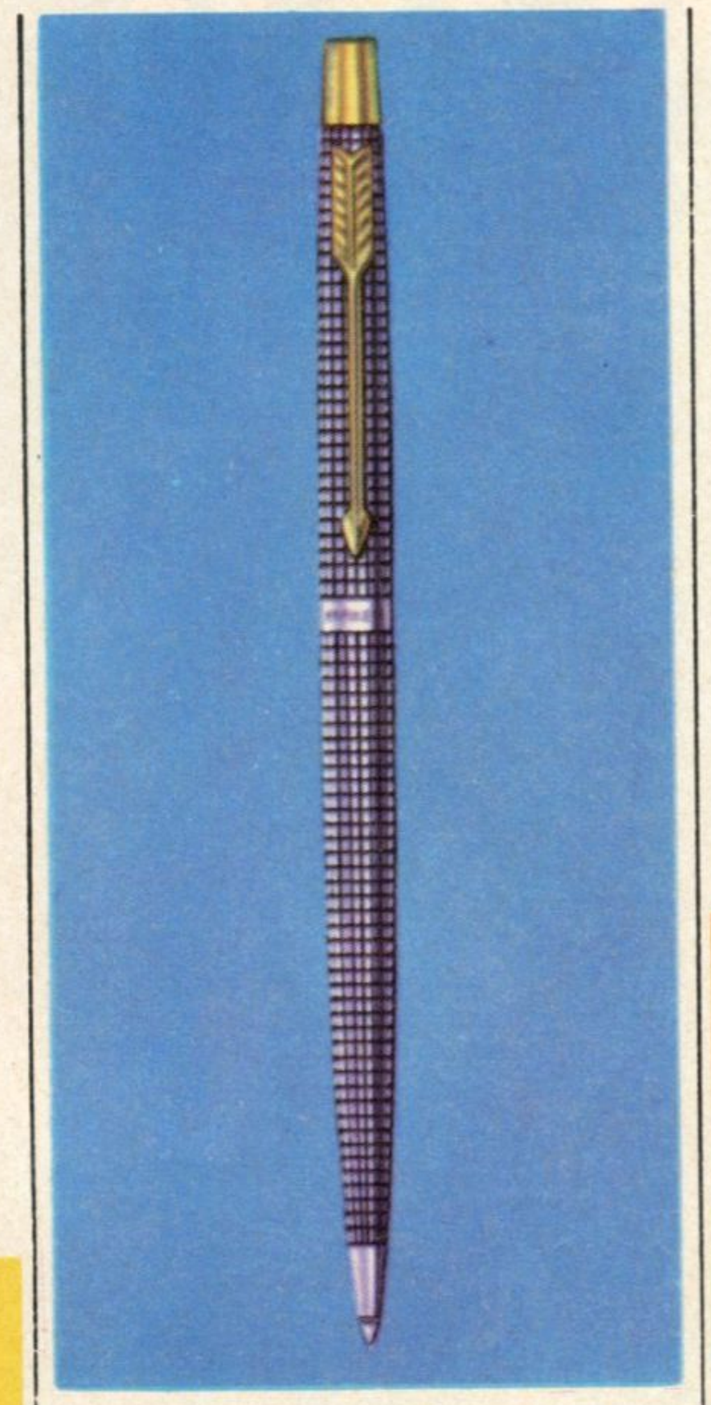


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por eso en PARKER siempre hay algo nuevo

PORTA *Classic*

Algo nuevo para escribir
o regalar a quien escribe.
Según sea el estilo
o forma de escribir.
Para quienes trabajan,
estudian y necesitan tener
su CLASSIC a mano, en su
escritorio: PORTACLASSIC.
Una CLASSIC presentada
en su estuche que hace
las veces de porta-lapicera.
Cada cosa en su lugar
y CLASSIC en su
PORTACLASSIC.



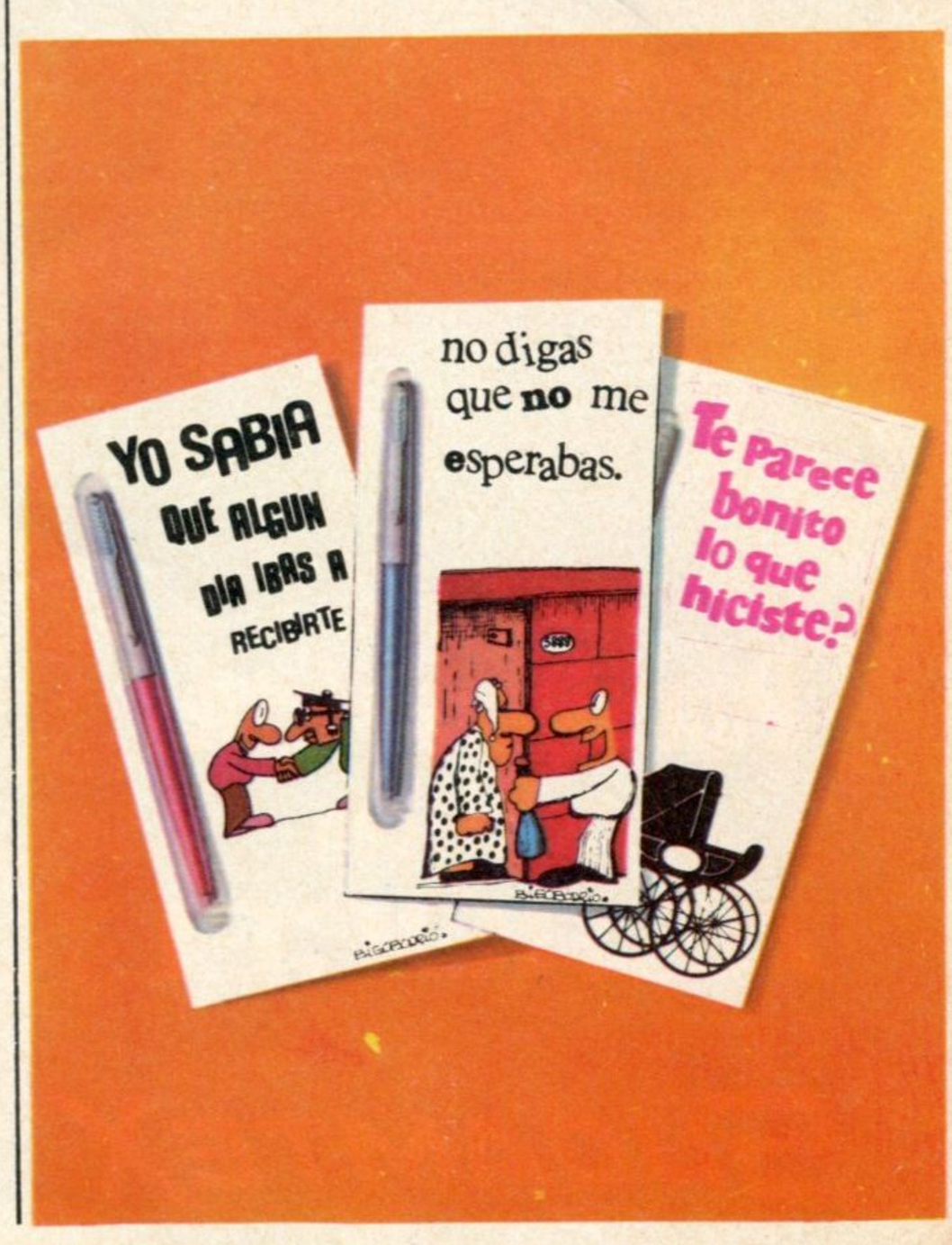
Classic V.P.

Y para quienes gustan de
escribir con personalidad:
CLASSIC V.P.
Un diseño estudiado
por estilistas.
Una verdadera pieza de
arte hecha bolígrafo.

PARKER gramas®

Bueno... Resulta que termina de leer
este mensaje y debe realizar una visita.
Lleve PARKER-GRAMAS.
Un regalo con sonrisas. Un bolígrafo
adosado a una tarjeta humorística.
Una gran variedad de motivos para
distintas oportunidades (casamientos,
cumpleaños, viajes, etc.).
Una nueva forma de regalar PARKER.
Personalmente o enviándola por correo.

MURILLO, KERN & Co.



Ahora las novedades ya están presentadas. PARKER sigue pensando.

PARKER PEN ARGENTINA S.A.I.C.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A todas partes vaya con ACROCEL pero cuidado...

la admiración de "ellas" puede traer consecuencias. Claro... consecuencias muy agradables.

Pantalones y trajes en tela con ACROCEL fibra poliester de SUDAMTEX

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar